



PUENTE SOBRE EL RÍO JALÓN
(Archivo Naturateca. Original propiedad de
doña Vicenta Sánchez)

ATECA

N.º 4 - 1998



ATECA

N.º 4 - 1998

REVISTA DE TEMAS ATECANOS

Edita: Asociación Cultural Naturateca
Impreso en papel ecológico
N.º Depósito Legal: Z-3.120-98
Portada: Puente de tablas sobre el río Jalón
(Archivo Naturateca. Original propiedad de
doña Vicenta Sánchez)
Imprime: Imprenta Provincial

ÍNDICE

	<i>Páginas</i>
Prólogos	5
Presentación	9
Historia:	
<i>Las puertas de la muralla de Ateca</i> , por Francisco J. Martínez García ...	15
<i>Pervivencias benéfico-sociales en la Cofradía de la Soledad de Ateca</i> , por Antonio J. Martínez Mendizábal.....	41
<i>Retazos históricos sobre la Banda de Música de Ateca</i> , por José Campos Inogés	49
<i>Ateca en el Anuario General de España (Bailly-Baillière-Riera) de 1933</i> , por Jesús Martín Monge.....	63
<i>Antiguos oficios atecanos</i> , por María Blasco Lázaro	75
Geografía y Medio Ambiente:	
<i>Reseña biográfica de un científico naturalista nacido en Ateca:</i> <i>Florentino Azpeitia Moros (1859-1934)</i> , por Ramón M. Álvavez Hal- cón	93
<i>El clima de Ateca y su repercusión en la agricultura</i> , por Jesús Blasco Sánchez	119
<i>Cuaderno de campo. Excursión a Borbojón</i> , por Joaquín Florén Cristó- bal y Ana Isabel Pascual Duce	127
Narrativa histórica:	
<i>Dos viajeros en Ateca</i> , por Francisco Tobajas Gallego	137
<i>Dulce destierro</i> , por Antonio J. Martínez Mendizábal	155
<i>Cuando Calero, con su toreo, hizo quitarse el sombrero</i> , por Francisco J. Martínez García	163
<i>Cuento de otoño</i> , por Fernando Juberías Calvo	181

PRÓLOGO

La historia de un pueblo y de sus personajes no siempre suscita la debida atención de la propia población. Por ello, a veces, suele interpretarse como una excepción la publicación de trabajos que tienen como fin mostrar los temas y los contenidos relacionados con el municipio.

Cualquier proyecto que nazca para romper con esa excepcionalidad y hacer habitual la puesta en marcha de iniciativas que den a conocer la historia, y también el presente y las perspectivas de futuro, debe ser conocido e impulsado por todos los vecinos. La razón es muy sencilla: en la historia hay una parte que observamos, otra que imaginamos y otra que realmente vivimos.

Ateca tiene una posibilidad más de reconocerse a través de la revista del mismo nombre. Este número nos vuelve a mostrar esos temas inter-nos, diversos y de gran interés que tienen como protagonista a la localidad atecana. Historia, Medio Ambiente y Narrativa son cabeceras de las que nacen numerosos y singulares trabajos realizados por distintos autores, todos ellos vinculados con Ateca. La revista se convierte así en un ejemplo vivo de la realidad municipal, y en la que podemos sentir la belleza de sus parajes y la emoción de sus leyendas. Se construyen así retratos de personas, descripciones de actos y de costumbres, junto a retazos históricos que emocionan porque son escritos y redactados por quienes aman y sienten su localidad.

Como presidente de la Diputación de Zaragoza reitero mi compromiso institucional y también personal de apoyar estos proyectos editoriales porque nos permiten poner en conocimiento, no sólo de la población de Ateca sino de todos los zaragozanos, esos acontecimientos

que a veces han sido olvidados por los historiadores o por los cronistas oficiales.

Espero que sigamos siendo testigos de la continuidad de la revista porque no somos ajenos a sus contenidos, sino que los sentimos como propios y muy cercanos.

Bienvenido sea, pues, este cuarto número que, fiel al compromiso que se impusieron sus promotores, logra avivarnos importantes legados de la memoria histórica de la localidad.

Ateca nunca pasa desapercibida y en su quehacer diario cuenta con una población enérgica en sus trabajos, generosa en sus sentimientos y hospitalaria en su forma de ser.

La revista es sobre Ateca, pero su influencia nos llega a todos. Leer estos trabajos supone reflexionar sobre los mismos porque están contruidos de forma positiva y objetiva, y en los que la crítica refuerza el esfuerzo y el empeño que han puesto sus autores.

José Ignacio SENA GÓMEZ
Presidente de la Excma. Diputación de Zaragoza

PRÓLOGO

El sacar adelante una publicación de estas características supone siempre una aventura apasionante, pero llena de dificultades incluso para instituciones científicas de solvencia. Cuando, como es este caso, estamos ante el cuarto número, manteniendo e incluso incrementando la calidad y cantidad de sus artículos y autores, y todo ello gracias al tesón y esfuerzo de una asociación como Naturateca y sus colaboradores, la meta conseguida debe de llenarnos de satisfacción.

La identidad de un pueblo no sólo la conforman sus gentes y actuaciones del presente y los planes de futuro, sino su memoria histórica, sus costumbres y tradiciones ancestrales, su legado arquitectónico, que conforman el Patrimonio colectivo que estamos obligados a conservar para transmitirlo a nuestros hijos, y esta revista es un magnífico vehículo para conseguirlo.

Si la aventura de la publicación de los tres números precedentes fue posible por el riesgo de Naturateca con el apoyo, como no podía ser de otra forma, del Ayuntamiento, este número 4 ha sido editado por la Diputación Provincial de Zaragoza, que acogió esta idea, nada más presentársela, a través de su diputada de Cultura doña Dolores Campos. Por último, quiero agradecer, en nombre de Ateca, a todos los que han hecho posible esta magnífica publicación: Naturateca, autores de los artículos, y a la Diputación de Zaragoza en la persona de su Presidente. El esfuerzo merecía la pena.

Javier SADA BELTRÁN
Alcalde de Ateca

PRESENTACIÓN

*... Este reloj que
sigue y mide la carrera
del veloz tiempo y fugaz
en su alcance dará fin
los dos en la eternidad...*

Reflexionando sobre lo escrito por Echecoin en los versos que mandó grabar en la maquinaria del reloj que se le encargara para la buena administración horaria del vecindario atecano, se nos plantea realmente el problema de la fugacidad del tiempo.

Fijense, no está tan lejano el día en que vio la luz el tercer número de nuestra revista ATECA y ya han transcurrido dos años desde entonces. Por ello, cumpliendo con nuestro compromiso bianual de dar a conocer temas relacionados con nuestra localidad, presentamos en sociedad el número cuatro con la esperanza de que despierte interés y alcance el respeto de todos sus lectores, meta que nos marcamos como ilusionado objetivo.

Para la cubierta hemos escogido, de nuevo, una fotografía de la colección particular de doña Vicenta Sánchez, cedida para nuestro archivo de material gráfico antiguo de Naturateca. Gracias de nuevo.

En ella se plasma una vista del «puente de tablas» sobre el río Jalón, tantas y tantas veces arrastrado en sus crecidas, como ejemplo de eslabón perdido en los sucesivos intentos realizados por los hombres y mujeres de Ateca para poder comunicar el núcleo urbano de la parroquia de Santa María y el barrio de San Martín.

Como se ve, mantenemos la costumbre que iniciamos con nuestro número uno, en el año 1992, seleccionando instantáneas de puentes como homenaje póstumo a la desaparecida Pasarela.

La estructura de la Revista se articula en tres secciones: Historia, Medio Ambiente y Narrativa histórica, todas ellas con Ateca como referencia.

Dentro del primer apartado encontramos un documentado y denso artículo de Francisco J. Martínez García sobre «Las puertas de la muralla»,

que nos traslada a un sugerente pasado donde los elementos de apertura y cierre de la población serán de extraordinaria importancia para la vida en el interior de la misma.

Seguidamente, Antonio J. Martínez Mendizábal retoma el tema de la Cofradía de la Soledad para poner de relieve, con erudición pulcrà, el tejido económico que sustentaba la Hermandad organizadora de la Semana Santa atecana.

A continuación, José Campos Inogés confecciona un trabajo sobre las Bandas de Música de Ateca, plagado de aspectos novedosos en lo referente a los datos reseñados sobre los diferentes directores que han regido sus destinos. Todo ello consecuencia de la recopilación de información oral obtenida gracias a la colaboración de antiguos músicos que pertenecieron a la Banda en el pasado. El conjunto se ilustra con excelentes fotografías de antaño.

Más adelante, Jesús Martín Monge, basándose en un informe publicado en 1933, elabora un minucioso estudio comparativo en el que explica dónde están ubicados actualmente los inmuebles referenciados en el año mencionado, aparte de divulgar información fundamental para conocer la realidad del municipio en aquel año.

Cierra sección un trabajo de María Blasco Lázaro, galardonado con el primer premio del Certamen celebrado sobre temática atecana (apartado Historia) en el año 1997, en el que resalta la importancia de dos oficios tradicionales, uno desaparecido como es la botería, y otro en peligro de extinción —si nadie pone remedio— como es la alfarería. Todo ello con información de primera mano por dos razones: con Jerónimo Martínez, «nuestro vajillero», a quien algún día habría que homenajearle como se merece, ha invertido muchas horas de formación, y Francisco Lázaro, el botero, era su abuelo.

La segunda sección de nuestra Revista va dedicada a temas de Geografía y Medio Ambiente en general, y se compone de tres trabajos: uno de Jesús Blasco Sánchez, autor habitual en temas de erudición histórica, relacionando, con la dificultad que entraña la sencillez, clima y agricultura.

Un segundo trabajo, firmado por Joaquín Florén Cristóbal y Ana Isabel Pascual Duce, nos propone un sugerente recorrido por los parajes de Borbojón (limes entre Ateca y Moros), con amena información sobre su fauna y su flora.

Concluye capítulo un magnífico estudio de Álvarez Halcón dándonos a conocer la figura del naturalista atecano Florentino Azpeitia Moros, con datos que sorprenderán agradablemente a más de uno, puesto que, desgraciadamente, la figura de Azpeitia no ha sido muy divulgada entre nosotros, ignorándose, incluso, su lugar de nacimiento, puesto que en muchas de las biografías publicadas sobre su persona lo convierten en oriundo de Madrid.

Finaliza la Revista con una sección nueva dedicada a la narrativa, en la que tendrán cabida trabajos históricos novelados, es decir, con fondo real pero contados imaginariamente. Para ello se han elegido cuatro temas presentados al Certamen de Narrativa sobre Temática Atecana del año 1998.

Abre espacio una recreación de Francisco Tobajas Gallego, de Saviñán, quien, mediante recurso literario del viajero ilustrado que conoce Ateca, le va explicando a su amigo, ignorante en la materia, nociones de historia local. Este trabajo fue galardonado con el primer premio del Certamen.

Seguidamente, Antonio J. Martínez Mendizábal, atecano adoptivo y de corazón, pone de manifiesto sus conocimientos sobre la estancia de Rodrigo Díaz en la zona, no en vano participó en las excavaciones del yacimiento Torrecid. En su escrito nos traslada a la Teca del siglo XI que conociera el Campeador, plasmando sensaciones y sentimientos del mundo musulmán.

A continuación, Francisco J. Martínez García ambienta su narración en la época en que el zaragozano Calerito reinaugura la octogonal Plaza de Toros de Ateca, semiabandonada desde que, alrededor del año 1860, hiciese en ella el paseíllo, por primera vez en la historia local, Currito, el hijo del señor Cúchares.

Para el relato, el autor utilizará el pretexto del mundo de los toros para sacar a la luz personajes de existencia real en Ateca y dar a conocer variados aspectos gastronómicos y costumbristas de la localidad.

Por último, Fernando Juberías plasma sobre el papel una serie de vivencias relacionadas con la pasada Guerra Civil española, que por su claridad expositiva y transparente velo no dificultará al lector su ubicación en los espacios reales en los que transcurrieron.

Y esto ha sido todo. A partir de ahora sólo resta el seguir trabajando más y mejor para darle forma a la Revista del año 2000. Así nos despedimos, no sin antes haber manifestado nuestro sincero agradecimiento al M.I. Ayuntamiento de Ateca y a la Excma. Diputación de Zaragoza por su imprescindible apoyo institucional, así como a los autores de los trabajos por su desinteresada colaboración.

Diviértanse leyendo las páginas que vienen a continuación y échenle un poco de imaginación para situarse mentalmente en cada momento histórico reflejado.

Disfruten con su lectura, ese es nuestro deseo.

Natureteca, 1998

HISTORIA

LAS PUERTAS DE LA MURALLA DE ATECA

Francisco José MARTÍNEZ GARCÍA



PRESENTACIÓN

ES complicado poder realizar el estudio evolutivo del urbanismo de un lugar como Ateca en el que la arqueología todavía no ha tenido la posibilidad de expresar su opinión, ya que únicamente se ha realizado una campaña de excavación y tuvo lugar dentro del recinto fortificado del castillo¹, quedando inédito todavía el subsuelo que permanece bajo sus cascos históricos, situados a ambas orillas del río Jalón.

A pesar de todo, interpretando los restos inmuebles que han llegado hasta nuestros días, Francisco Ortega² esboza, en su estudio del año 1924, el posible trazado del casco urbano medieval siguiendo las calles Arial Alto, algo del Arial Bajo, San Miguel, Carralmazán, plaza de Jesús y parte de Santa Bárbara. Ya en nuestros días, Agustín Sanmiguel³ estudia de nuevo el urbanismo de nuestra villa y propone un asentamiento musulmán que coincide básicamente con el marcado por Ortega años antes, haciendo, además, especial hincapié en la conservación hasta nuestros días de numerosas adarves o calles sin salida y callizos o cubiertos realizados con materiales y estructuras de planteamientos claramente islámicos.

Más recientemente, José Luis Corral⁴, en un sugerente trabajo, plantea una nueva hipótesis en la que aprecia dos fases muy diferenciadas en

¹ BAQUEDANO PÉREZ, Enrique, y MARTÍNEZ GARCÍA, Francisco, *Memoria de excavación en el Castillo de Ateca*, Arqueología Aragonesa 1994, pp. 187-190.

² ORTEGA, Francisco, *Breve reseña histórica de la villa de Ateca*, Calatayud, 1924, p. 10.

³ SANMIGUEL MATEO, Agustín, *Elementos urbanos de tradición islámica en Ateca*, Rev. ATECA, n.º 1, 1992, pp. 61-70.

⁴ CORRAL LAFUENTE, José Luis, *Ateca y su entorno en la época musulmana (siglos VIII-XII)*, Rev. ATECA, n.º 3, 1996, pp. 17-19.

la evolución urbanística del lugar: un primer recinto conformado entre los siglos IX y X que comprendería el perímetro marcado por las calles Santa Bárbara, Real, Abadía, Carralmazán y plaza de Jesús, y una ampliación del mismo durante el siglo XI que abarcaría los Ariales Alto y Bajo y la calle y Arco de San Miguel.

Ambos conjuntos unidos coinciden con las propuestas de Ortega y San Miguel con la diferencia de que Corral acepta como conjunto urbano la Puerta de Ariza y su entorno, mientras que sus predecesores cortan el casco medieval desde el callejón de Morlanes hasta el inicio de la calle de Santa Bárbara.

Así pues, siguiendo las tesis elaboradas por los anteriores autores, podemos decir, sin aventurarnos demasiado, que Ateca, independientemente que sea o no la Attacum celtíbero-romana, parece tener unas raíces urbanísticas de clara procedencia musulmana, pues, a pesar de que todavía no ha aparecido ningún resto mueble o inmueble que lo confirme, sí es cierto que documentalmente ibn Hayyan la menciona como «el fuerte de Ateca»⁵ y posteriormente alcanza notable protagonismo en época taifal con las andanzas en la zona de Rodrigo Díaz «El Cid Campeador»⁶.

Posteriormente, una vez conquistada Calatayud y su comarca por el rey cristiano Alfonso I en el año 1120, Ateca debió vivir momentos especialmente complicados en el transcurso de los siglos XIV y XV al surgir los conocidos conflictos con la vecina Castilla, al ser nuestra villa tierra enclavada en la extremadura aragonesa.

Por ello, la población comprimía su caserío en el espacio interior que era defendido por un conjunto amurallado, posiblemente de tierra en época musulmana, al que se accedía por cuatro puertas principales y varios portillos, que debían ser cerrados al anochecer para volver a abrirse con las primeras luces del amanecer cuando los agricultores emprendían sus labores cotidianas en monte y hortal.

⁵ IBN HAYYAN, *Crónica del califa 'Abdarrahman III an – Nasir entre los años 912-942 (al-Muqtabis V)*, Zaragoza, 1981.

⁶ VV.AA., «Simposio Internacional sobre el Cid en el valle del Jalón», C.E.B., 1991.

Así, con las miras puestas en el interior de la muralla, debió permanecer la población ubicada en la orilla izquierda del río Jalón hasta prácticamente el siglo XVII, cuando el Concejo del lugar, siguiendo conceptos espaciales más aperturistas, decide construir una nueva Casa Consistorial con la entrada principal orientada hacia el exterior del antiguo municipio medieval con la idea de crear un nuevo espacio público o plaza abandonando el constreñimiento obligado del caserío medieval.

Por el contrario, el barrio de San Martín plantea una problemática distinta. En principio parece que, dada la rectitud de sus calles, pudiera haberse creado como arrabal en el siglo XII, una vez conquistada la población musulmana al haberse producido un ensanche de la urbe sobre terrenos ubicados en la margen derecha del río Jalón, puesto que «los nuevos barrios que se creen a partir del S. XII, tanto en la zona cristiana como en la recién conquistada a los musulmanes, se planificarán de nueva planta, creando unos espacios mucho más regulares, con calles rectas que tienden a cruzarse perpendicularmente o bien con calles que siguen el trazado de los caminos más importantes que llegan a cada población»⁷.

Es más, dado el trazado y la conformación de alguna de sus calles, por ejemplo Las Bodeguillas, no descartaría que todo el barrio de San Martín, con iglesia dedicada al santo francés ubicada en la actual plaza de los Templarios⁸ incluida, estuviese rodeado por un sencillo muro defensivo de tierra compactada.

EL RECINTO AMURALLADO

Por lo referido con anterioridad, parece confirmarse que la Ateca de la margen izquierda del río Jalón tuvo, durante la Edad Media, cuatro puertas principales: Arial en el norte, Carralmazán en el oeste, Ariza en el suroeste y Las Fraguas en el sureste, al igual que sucedía con ciudades de mayor envergadura y de fundación romana, como es el caso de Zaragoza, que solían tener orientados sus accesos hacia los cuatro puntos cardinales.

⁷ CORRAL LAFUENTE, José Luis, *El desarrollo urbano de las Cinco Villas en la Edad Media*, Actas II Jornadas de Estudios de las Cinco Villas, H.^a Medieval, Ejea, 1986.

⁸ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Los frailes en Ateca*, Rev. ATECA, n.º 1, 1992, pp. 79-80.

Pero, además de las mencionadas puertas principales fortificadas, parece ser que en el recinto amurallado se encontraban otros torreones secundarios pero con personalidad propia, como la Torre Nueva⁹, la Torre Romana¹⁰ o la Torre de Miguel Abat¹¹, las cuales servían de refuerzo al resto del muro, el cual, a finales de la Edad Media, era «visitado» por los oficiales de la Comunidad para comprobar el estado de conservación y evitar posibles percances en caso de reanudarse las hostilidades con Castilla¹².

LA PUERTA DEL ARIAL

Según Ortega, este enclave urbano supone la entrada a la villa desde su parte norte, en cuyo punto superior se localiza un torreón defensivo integrado dentro del conjunto amurallado. Lo que entonces (1924) se llamaba Arco de San Miguel es la entrada y salida al/del lugar, y la casa que descansaba sobre él es en realidad un torreón medieval. Posteriormente, a todo el entorno se le denominó El Castillejo, y por eso a la calle Ariel Alto así se la conoció hasta mitad del siglo XIX¹³.

⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro Actas Municipales, año 1463, fols. 108 y 109.
Torre Nueva: — El cogedor paga de tablas, clavos y agujas 5 sueldos y 6 dineros.
— De una llave, anillas, cerrojo y clavos se paga 1 sueldo y 2 dineros.
— Por la revisión de la obra se pagan 2 sueldos.

¹⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas Municipales. Torre Romana.
Año 1463, fol. 107 v.º. El cogedor paga al judío Cisbo de cuatro jornales 10 sueldos.
Año 1464, fol. 128. Se dan 70 sueldos a Benito Labrador para pagar al maestro su salario, las vigas y otras cosas para cubrir esta torre.

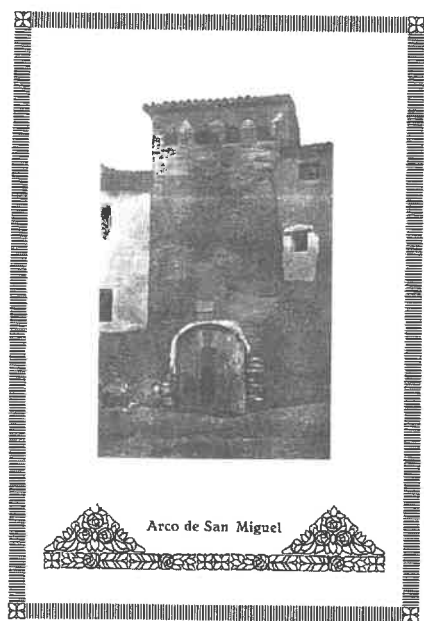
Año 1465, fol. 134 v.º; año 1466, fol. 147, y año 1467, fol. 167. El Concejo incluye la torre en la partida de Alcabalas y Ganancias, y la arrienda a particulares obteniendo por ello entre 11 y 15 sueldos anuales.

¹¹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas Municipales. Torre de Miguel Abat.
Año 1460, fols. 83 y 96. Se realizan obras en las que trabaja Juan Fustero, el mismo oficial que lo hace en el castillo.

Año 1465, fol. 141 v.º. Juan Fustero, joven, obra en la torre dos días y percibe 4 sueldos por su trabajo.

¹² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas Municipales. Muro.
Año 1455, fol. 12 v.º. Se hace una visita al muro.
Año 1468, fol. 170. Vinieron a visitar el muro.

¹³ ORTEGA, *Op. cit.*, p. 10.



Puerta del Arial. Fotografía publicada por Francisco Ortega en su «Breve reseña histórica sobre la villa de Ateca», en el año 1924.

Las noticias más antiguas que nos hablan del inmueble se remontan al año 1466, cuando «el herrero percibía 6 dineros por una libra de clavos para la escalera»¹⁴. Posteriormente, en 1484, Mastre Pedro hace «clavos y gorriones» nuevos por valor de 4 sueldos y 1 dinero¹⁵.

Ante el deterioro sufrido, el Concejo del lugar decide, en el año 1564, sustituir las puertas antiguas por otras nuevas. En estos trabajos participa Mase Cristóbal como oficial de albañilería, quien se encarga de realizar la obra colocando las puertas y asentando las mismas, percibiendo por ello 86 sueldos, siendo ayudado por Juan Agustín, quien cobra por ello 4 sueldos. Para el mismo proyecto Mastre Martín forja los clavos, gorrioneras, cerraja y otros enseres menores por valor de 196 sueldos y 8 dineros, y García Cintero aporta tres vigas que costaron 31 sueldos. A todo ello

hay que sumarle dos fanegas de algez (yeso) por las que se pagaron 2 sueldos. En total, la colocación de las nuevas puertas supuso un gasto para el Concejo de 319 sueldos y 8 dineros¹⁶.

Como se ha expuesto, la Puerta del Arial conformaba el barrio de El Castillejo, posiblemente porque esa zona amurallada fue reforzada por un emplazamiento militar de mayor consistencia que el resto del recinto,

¹⁴ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1466, fol. 150.

¹⁵ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1484, fol. 103.

¹⁶ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1564, fols. 475 v.º, 476, 476 v.º, 477 v.º, 478, 478 v.º, 495.

y con tal denominación se le conoce documentalmente, al menos, desde el año 1455¹⁷. Alrededor suyo se crea un barrio con personalidad y caserío propio que debía comprender la Puerta y casi toda la calle del Arial Alto, dejando la calle de San Miguel a sus espaldas¹⁸.

Próximo a su caserío, la Puerta del Arial disfrutaría de la cercana huerta del río Manubles, ya extramuros, y de numerosas dependencias auxiliares como eras, corrales, pajares y bodegas¹⁹.

Su emplazamiento en la zona baja del caserío y muy próxima al desagüe natural del barranco con el río Manubles, ha traído consigo problemas de inundaciones en momentos de lluvias torrenciales en espacios cortos de tiempo; por ello, en el año 1553, Juan Rubio tiene que colocar dos vigas para reforzar las puertas e impedir que el barranco de La Camarona penetrase en el caserío²⁰.

A pesar de todo, es evidente que la Puerta del Arial se construye con fines militares para custodiar el casco urbano y servir de acceso a la población. No obstante, una vez finalizadas las guerras con Castilla y ya sin sentido los recintos militares en la España unificada del siglo XVI, el Concejo del lugar, propietario del recinto, decide buscar el beneficio municipal y arrienda a Martín Asensio el mencionado acceso, junto con la Puerta del Monte, por 250 sueldos²¹.

Posteriormente, en 1609, un matrimonio tiene a treudo (en alquiler) una torre en la Puerta del Arial²², en 1638 se arrienda en 180 sueldos²³ y en 1763 el Concejo seguía teniendo la casa a treudo²⁴.

¹⁷ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1455, fol. 13 v.º.

¹⁸ Archivo Protocolos Notariales de Ateca. a) Notario Pedro Gálvez, menor, año 1628, fols. 20 v.º y 21: «Se venden unas casas en El Castillejo, barrio de Ateca, que confrontan con callizo que sale al Arial Alto».

b) Notario Joseph Ferrer, año 1630, fol. 97 v.º: «Una casa en El Castillejo que confronta con casa de Miguel Menés, con casa de Martín Pardo, con barrio sin salida por la frontera y por las espaldas con calle de La Tajada».

¹⁹ Archivo Protocolos Notariales de Ateca. Notario Miguel Garcez, año 1588, fols. 43, 146, 210 v.º; y año 1595, fol. 123.

²⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1553, fol. 167 v.º

²¹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1563, fol. 423 v.º.

²² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1609, fol. 146 v.º.

²³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1638, fol. 170 v.º.

²⁴ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1763, fol. 21.



Almenas y merlones del interior de la Puerta del Ariel. (Foto: F. Martínez).

En la actualidad la Puerta del Ariel es de propiedad privada, y tanto desde el interior de la muralla como desde dentro del torreón, todavía son perceptibles las almenas y merlones con saeteras que le caracterizaron en otro tiempo.

En nuestros días se encuentra bajo la advocación de San Miguel, de cuyo titular existe un cuadro colgado en el interior del arco, muy deteriorado y repintado en época no muy lejana, que había que hacer un esfuerzo y recuperar, incluso a instancias de la cofradía de la Ascensión, cuya sede patronal se ubica en el mencionado barrio, y más cuando es norma y tradición, desde antiguo, que los castillos humanos de tres pisos, característicos de la citada cofradía, se formen extramuros y pasen agachados por debajo del arco de San Miguel, además de como demostración de fuerza, en señal de sumisión y devoción hacia el referido arcángel, centinela y conductor de los muertos hacia el paraíso.



El «castillo» de la Ascensión pasando por debajo de la Puerta del Arial.
(Foto: F. Martínez).

LA PUERTA DE CARRALMAZÁN

Este desaparecido acceso al interior del casco urbano desde su punto oeste era también conocido como Puerta de Carradeza²⁵, sin duda porque desde aquí partía el camino que conducía a las mencionadas localidades sorianas y al resto de parajes castellanos.

A pesar de que sólo sabemos de ella que lindaba con el muro (muralla)²⁶, por deducción lógica pensamos que debería ubicarse al final de la calle Carralmazán, entre la plaza de Jesús y la calle de La Tajada²⁷, en cuyo exterior se ubicarían eras con pajares y corrales. No obstante, si el notario que firmó el documento citado por Blasco²⁸ no se equivocó, parece que el actual callejón de Morlanes, que desemboca en la calle Real, era conocido también como calle Carralmazán hasta que cambió de denominación en el siglo XIX.

²⁵ «Casas con bodega en Puerta de Carradeza». Archivo de Protocolos Notariales de Ateca. Notario Miguel Garcez, año 1595, fol. 148 v.º.

²⁶ Archivo de Protocolos Notariales de Ateca. Notario Miguel Garcez, año 1514, fol. 4 v.º.

²⁷ Archivo de Protocolos Notariales de Ateca. Notario Miguel Garcez, año 1595, fol. 52.

²⁸ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Toponimia urbana*, Rev. ATECA, n.º 3, año 1996.

Esta vía pública, que finalizaría en la calle de Santa Bárbara, puede obligarnos a replantear el asiento de la Puerta que nos ocupa más hacia el actual Barrio Nuevo, o, a pensar que como calle Carralmazán era conocido todo el trayecto que comprende los actuales callejón de Morlanes, calle de Santa Bárbara, plaza de Jesús y la Carralmazán que inerva con la calle del Pilar.

Su nombre esta compuesto del prefijo Carra, simplificación de carretera (camino), y Almazán, población de mayor prestigio a la que conducía el camino (actual de San Gregorio) que partía de la Puerta de la muralla que nos ocupa.

La noticia más antigua que nos habla de ella nos lleva hasta el año 1466, cuando el Concejo invierte 50 sueldos en la compra del casar (grupo de casas) de la Puerta de Carralmazán²⁹. En 1486 recibe una pequeña reparación por valor de 2 sueldos³⁰ y ya en 1548 Maestre Domingo, uno de los componentes del trío de oficiales que levantó la Torre del Reloj, y su mozo la asientan (colocan ladrillos en la obra)³¹. Posteriormente, en 1564, se encarcela una viga nueva, que cuesta 5 sueldos, y se instala una cerraja por idéntico precio³².

Como ocurriera con la Puerta del Ariel, en el siglo XVI el Concejo la arrienda a particulares para obtener un ingreso añadido en la cuenta municipal³³. Más adelante, en 1763, Manuel Guillén paga al erario público 28 sueldos por el arriendo del fiemo de la misma Puerta³⁴.

Nada más sabemos de ella, puesto que en algún momento de nuestra historia alguien debió pensar que tal acceso constreñía el urbanismo de la zona y puso a trabajar la piqueta en aras de su demolición, privándonos actualmente de su presencia.

²⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1466, fol. 150.

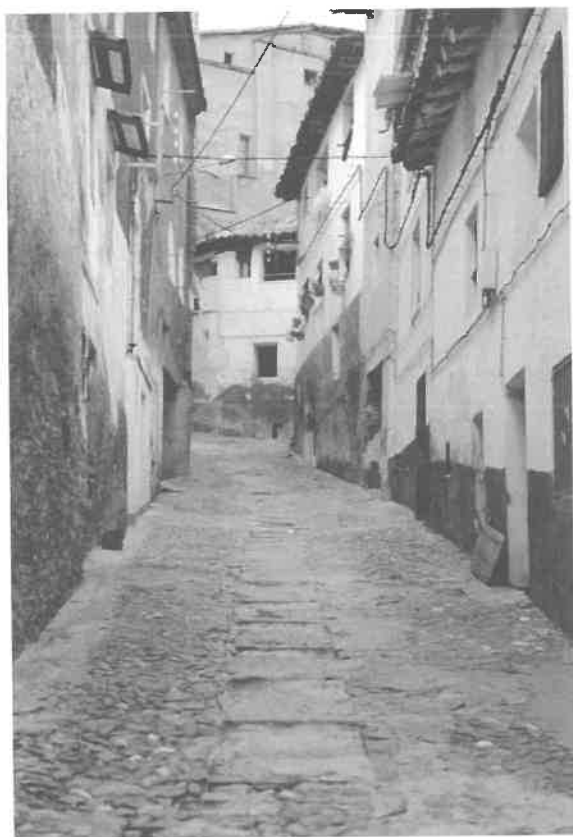
³⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1486, fol. 122.

³¹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1548, fol. 42 v.º.

³² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1564, fols. 478 y 488.

³³ «Domingo Pariente y Domingo Ximeno, menor, arriendan la Puerta de Carralmazán en 150 sueldos». Archivo Municipal de Ateca, Libro de Actas, año 1564, fol. 457.

³⁴ Archivo Municipal de Ateca, Libro de Actas, año 1763 (legajo 6 b), fol. 20 v.º.



Calle de Carralmazán, 20-IV-1989. (Foto: F. Martínez).

LA PUERTA DE ARIZA

La primitiva

Originalmente constituía la entrada suroeste a la población y así era denominada porque desde ella partía el camino que conducía a la mencionada localidad de Ariza, la más importante de la comarca durante la Edad Media.

En un principio su estructura obedecía a la requerida militarmente en el Medievo: acceso en la muralla que se podía cerrar mediante puertas de madera sobre el que se asentaba una torre desde la cual se protegía el in-

terior y se vigilaban las entradas y las salidas a la población³⁵. Conformación muy similar a la referida para la Puerta del Arial.

La noticia más antigua que nos habla de ella nos traslada, una vez más, al año 1455, cuando el Concejo entregue 3 sueldos a Martín Rubio por una viga para la mencionada Puerta³⁶. Posteriormente se realizan obras menores en ella provocando un gasto de 21 sueldos entre mano de obra, una viga nueva y preparación de una sogá³⁷. Unas nuevas reparaciones sencillas tendrán lugar en el año 1461 en las cuales se invierten nueve días de mano de obra por valor de 25 sueldos y se colocan unos cabrios (maderos escuadrados de la estructura de una cubierta) para cubrir la torre³⁸.

Ya en 1548, al igual que ocurriera con la Puerta de Carralmazán, es asentada (reparada con ladrillos) por el prestigioso alarife Maestre Domingo y su mozo³⁹, quienes en 1554 la empiedran (refuerzan, posiblemente) con «piedras y algez», lo que ocasiona unos gastos al Concejo de 41 sueldos⁴⁰, y en 1630 se vuelven a asentar las puertas (supongo que las jambas)⁴¹ consecuencia de su deterioro.

La Puerta de Ariza, con su propia personalidad dentro del núcleo urbano, «presta» su nombre a la barriada de casas que partiendo de ella ascienden la cuesta que conduce a la iglesia de Santa María, lo que hoy sería calle de Santa Bárbara⁴².

En sus alrededores existe algún corral⁴³ perteneciente al concejo y sobre todo una preciosa huerta junto a la acequia del molino de La Sola-

³⁵ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1461, fol. 95: «De cabrios para cubrir la torre de la Puerta de Ariza, 10 sueldos».

³⁶ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1455, fol. 13 v.º.

³⁷ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1457, fols. 35, 35 v.º y 36.

³⁸ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1461, fols. 95, 96 y 96 v.º.

³⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1548, fol. 42 v.º.

⁴⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1554, fols. 188 y 188 v.º.

⁴¹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1630, fol. 9.

⁴² Archivo de Protocolos Notariales de Ateca. Notario Bonifacio Navarro, año 1631, fol. 222 v.º.: «Unas casas en la subida de la cuesta de la Puerta de Ariza».

⁴³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1547, fol. 7 v.º.

na⁴⁴ sobre la cual se hace un puente, en el año 1553, que costó 40 sueldos⁴⁵.

Junto a ella, en el año 1567 se levantan unas tapias de cal y piedra para evitar que las crecidas del río afectasen al caserío asentado en la parte más baja de la localidad, y más próxima al río Jalón; más vulnerable, por tanto, a la acción devastadora de las aguas⁴⁶.

Como ocurriera con las otras Puertas, una vez consolidada la paz con Castilla, el Concejo decide obtener rentabilidad de las mismas; por esto, en 1604 arrienda sus casas con torre en la Puerta de Ariza⁴⁷, situación que se repite en 1638, gracias a lo cual se obtienen 180 sueldos anuales para las arcas comunales⁴⁸. La situación se repite en 1763 cuando el Concejo siga manteniendo el arriendo de sus bienes inmuebles en este lugar⁴⁹.

Las entradas y salidas a las urbes son puntos clave para la vida en comunidad; por eso, una vez superadas las cuestiones específicas de defensa y seguridad, encontramos un componente religioso importante, ya que estos lugares se adscribirán al patrocinio de un personaje de contrastado prestigio espiritual, en nuestro caso a la Madre de Dios del Rosario, en cuyo asiento (casi con seguridad dentro de una hornacina) se mantenía una lamparilla de aceite con las contribuciones personales de los fieles que quedaban bajo su protección una vez se atravesaba la puerta⁵⁰.

⁴⁴ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1619, fol. 325, y Libro Cambra (legajo n.º 5 b), fol. 140 v.º.

⁴⁵ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1553, fol. 152 v.º.

⁴⁶ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1567, fol. 570.

⁴⁷ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1604, fol. 6.

⁴⁸ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1638, fol. 170 v.º.

⁴⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1763 (legajo 6 b), fol. 21.

⁵⁰ Archivo de Protocolos Notariales de Ateca. a) Notario Bonifacio Navarro, año 1628, fol. 125 v.º. Se cita la lámpara de la Madre de Dios del Rosario de la Puerta de Ariza.

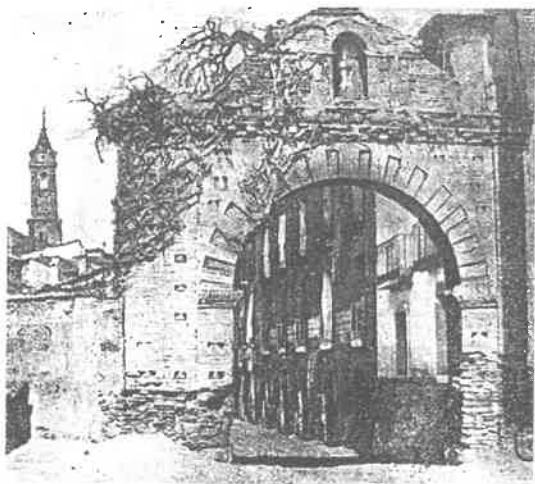
b) Notario Bonifacio Navarro, año 1630, fol. 91: Jerónimo García, presbítero beneficiado de la parroquia de Sta. M.ª de Ateca, deja en su testamento una libra de aceite a la Madre de Dios de la Puerta de Ariza.

La Puerta nueva

Por razones que desconocemos parece que en el último tercio del siglo XVIII se demolió la primitiva Puerta, puesto que, si damos por bueno lo aportado por Ortega⁵¹, en el año 1794 se construyeron, a cuenta del caudal de propios, el Arco llamado de Ariza y la Posada del Mesón (realmente este edificio se finalizó en el año 1791, según reza en una placa de piedra negra colocada en su fachada).

Esta nueva edificación se componía de un arco de medio punto enmarcado por alfiz, con el dovelaje rehundido alternativamente y apoyado en unas jambas sobre las que destaca una línea de impostas muy resaltada. Posiblemente cerrara con puertas de madera.

En la parte superior, tras un entablamento en el que resalta el juego del ladrillo, encontramos una especie de ático con una hornacina central en la que se ubicaba la Virgen del Rosario, escoltada a ambos lados por sendos pináculos muy robustos.



Puerta de Ariza. Fotografía publicada por Francisco Ortega en su «Breve reseña histórica sobre la villa de Ateca», en el año 1924.

⁵¹ ORTEGA, F., *Op. cit.*, pp. 55 y 56.

Toda la obra es de ladrillo y destaca sobre su superficie la labor del mismo colocado en retacado de esquinillas, de tradición mudéjar, resaltando la función óptica de las luces y las sombras. Puede ser que a partir de ahora deje de llamarse Puerta de Ariza para convertirse en Arco de Ariza o del Mesón.

Sin noticias sobre su existencia hasta nuestro siglo nos encontramos con la desagradable sorpresa surgida en el año 1902 cuando, debido al estado ruinoso que presenta el Arco de Ariza, «situado a la salida de la calle de La Libertad, junto a la plaza del Mesón», según informe emanado por el maestro alarife don Mariano Duce, y para evitar desgracias personales por su desprendimiento, el Ayuntamiento que preside don Vicente Bernal, por unanimidad acuerda su demolición, debiendo recogerse los materiales del derribo para aprovecharlos en sucesivas obras⁵².

No debió surtir efecto el mencionado acuerdo y el asunto se quedó sobre la mesa hasta que en el año 1906 don Juan Padilla, vecino del lugar, solicite de nuevo la demolición del Arco de Ariza por encontrarse en estado ruinoso y ofrecer peligro.

El Ayuntamiento, que seguía presidiendo don Vicente Bernal, vuelve a la carga y acuerda demoler «el medio punto» repasando los dos pilares, siempre que los gastos no superen las 30 pesetas⁵³.

Una vez más se salvó el Arco de la piqueta, pero en 1912, esta vez siendo alcalde don Eufemio Abad, el Ayuntamiento, por tercera vez, insiste «se vea la manera de ordenar la demolición del arco por ofrecer peligro»⁵⁴. Pero, cosas del destino, por tercera vez el Arco se salvó, y ya en 1916, en sesión presidida por don Manuel García García, primer teniente de alcalde, se acuerda la conveniencia de reconstruirlo debido a su mal estado de conservación. Para ello se acuerda avisar al albañil municipal don Julián Lozano para que reconozca el arco y presente un estudio presupuestado de las obras. Posteriormente, analizado el informe

⁵² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1902, fol. 97 v.º.

⁵³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1906, fols. 21 y 21 v.º.

⁵⁴ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1912, fol. 24.

del experto, el Concejo decide que den comienzo las tareas de reconstrucción del Arco por el sistema de administración, en todo lo concerniente al primer cuerpo de dicha edificación, «o sea, hasta la cubierta o bardilla», quedando encargados de la obra don Ramón Semper, segundo teniente de alcalde, y don Francisco Ortega⁵⁵, síndico del lugar, para que la obra resultase con «las condiciones y economía que el Ayuntamiento propone»⁵⁶.



Puerta de Ariza. Estado actual. (Foto: F. Martínez).

A pesar de todo, o las obras no se realizaron o resultaron insuficientes, ya que en 1919 el albañil, señor Lozano, informa de nuevo sobre el «Arco de la calle Mayor» advirtiendo del estado ruinoso en el que se encuentra al tener en su base un desnivel de 45 centímetros⁵⁷.

⁵⁵ Don Francisco Ortega es el autor de la *Breve reseña histórica sobre la villa de Ateca*, publicada en Calatayud en el año 1924. El único tratado histórico, como tal, que existe publicado sobre nuestra localidad.

⁵⁶ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1916, fols. 19 y 24 v.º.

⁵⁷ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1919, fol. 32.

Posiblemente sea en este momento cuando se derribe el ático, asentado sobre el arco, con la imagen de la Virgen del Rosario.

En la actualidad la salud del Arco de Ariza no es buena, pues a pesar de que se han reparado recientemente las jambas de la puerta, muy erosionadas por filtraciones y riadas, la parte superior del mismo sigue ofreciendo un desnivel más que preocupante, a lo que hay que sumar las notables grietas que resquebrajan su clave cuyo principal problema lo tiene en la yedra que se colocó como adorno y que hoy su tronco empuja inmisericordemente, aunque la parte superior del ramaje sujete la zona alta del inmueble impidiendo su caída.

Este aporte vegetal debe ser eliminado a la vez que se consolida la estructura del Arco, si es que verdaderamente existe voluntad de salvarlo.

PUERTA DE LAS FRAGUAS

Era habitual, hasta que la modernidad acabó con la costumbre, que nuestros antepasados utilizaran la tracción animal como medio de trabajo y de transporte. Por ello, en una de las entradas a la población se asentaban las herrerías con sus fraguas para poner a punto herraduras y aparejos de las caballerías.

Este espacio se localizaba en Ateca en la parte superior de la actual plaza de España y se encontraba delimitado por el río Manubles, actual carretera nacional y entrada a la calle Real; por eso, al acceso allí ubicado y que conducía al casco urbano se le denominaba Puerta de las Fraguas.

En un principio, al igual que ocurría con el resto de entradas, debía responder a un aspecto militar y defensivo; de ahí que tanto en el año 1457, cuando se realizan trabajos de sustitución de ocho vigas por valor de 28 sueldos⁵⁸, como dos años más tarde, cuando se vuelva a colocar otra viga nueva por valor de 2 sueldos⁵⁹, se le denomine Torre de las Fraguas.

⁵⁸ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1457.

⁵⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1459.



Puerta de las Fraguas. (Archivo F. Martínez).

Posteriormente, en el año 1560, perdido el miedo a una nueva refriega con Castilla y en plena actividad constructiva del municipio, el inefable Maestre Domingo realiza trabajos menores en la ya denominada Puerta, no Torre, de las Fraguas durante tres jornadas por un montante de 18 sueldos⁶⁰, es decir, 6 sueldos diarios, lo mismo que percibió ese mismo año mientras participó en la construcción de la Torre del Reloj⁶¹.

Llegado el espíritu barroco a la localidad, se decide ir saneando las principales calles del municipio para eliminar la suciedad que provocaban

⁶⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1560, fol. 341 v.º.

⁶¹ MARTÍNEZ GARCÍA, FRANCISCO, *Aportaciones documentales a la construcción de la Torre del Reloj de Ateca*, V Encuentros Estudios Bilbilitanos (en prensa).

los continuos barrizales típicos de épocas anteriores, y más en una zona frecuentada por caballerías en la que serían habituales las deposiciones animales con la consiguiente insalubridad que tal efecto provocaba. Por ello, en el año 1615 se empedra un pedazo de calle en la Puerta de las Fraguas⁶², uno de los «escaparates» del lugar, punto neurálgico donde se daban cita los comerciantes para llevar a cabo ferias y mercados.

Todo este espacio extramuros que hoy conocemos como plaza de España, durante esta época no estaría urbanizado, sino que se dedicaría al cultivo de huertas, como sucede en la actualidad con los terrenos comprendidos entre las viviendas del Ariel Bajo y el muro de contención del río Manubles; por eso todo ese lugar era conocido como El Hortal y a la puerta de acceso que en él se ubicaba además de como Puerta de las Fraguas se le conocía como Puerta del Hortal, junto a la cual se encontraba el peso municipal, lugar de arbitraje donde se encontraban los pesos y medidas patrón por los que se iba a regir todo el municipio (tiendas o botigas, almacenes, etc.).

Esta zona se adecenta en el año 1619 empedrando, de nuevo, la Puerta mientras se «repara y cubre el granerillo que está encima del Peso del Hortal», lo que ocasiona un gasto al Concejo de 188 sueldos y 4 dineros⁶³.

Posteriormente, y una vez finalizada la construcción de la flamante Casa Consistorial, el Concejo, en 1634, año en que finalizan las obras mencionadas, paga al empedrador Domingo Navarro la importante cantidad de 2.100 sueldos «por el estajo que se dio en la Plaza del Hortal»⁶⁴, lo que pone de manifiesto el interés mostrado por los responsables municipales en crear un espacio nuevo, fuera de las murallas, en torno a la casa de la villa.

La capilla de Nuestra Señora de los Ángeles del Hortal

Hemos comprobado en líneas anteriores cómo se sacralizan los accesos a la villa tras perder su función militar: la Puerta del Ariel estará pro-

⁶² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1615, fol. 268 v.^o.

⁶³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1619, fol. 328 v.^o.

⁶⁴ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1634, fol. 75.

tegida por San Miguel, la Puerta de Ariza por la Virgen del Rosario y ahora la Puerta de las Fraguas, más otras dependencias anexas, por la Virgen de los Ángeles.

La primera noticia documental que tenemos sobre ella nos traslada al año 1612, momento en que el Concejo costea un cajón para custodiar los ornamentos y colocarlo en la capilla, cuya cerraja y llave son realizados por Juan de las Heras. También se confeccionará un bastidor para el palio del Santísimo Sacramento que se lleva el día del Corpus⁶⁵ y que se guardará allí.

Con la capilla recién acondicionada, durante los años 1613 y 1614 se dirá misa en su interior el día de San Miguel⁶⁶, tras la cual se renovarán los miembros del Concejo procediendo después a la subasta de los arrendamientos de pastos, tiendas, fiemos, penas, etc.⁶⁷.

Por todo lo expuesto, la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles queda totalmente acondicionada como espacio religioso, por eso es trasladada a ella el retablo de San Blas en el año 1619⁶⁸ tras haberse hundido la ermita dedicada al referido santo un año antes⁶⁹.

Y bien que debió quedar la capilla, puesto que cuando en el año 1621 llegan los Padres de la Victoria a Ateca con la intención de asentarse, el Concejo les ofrece este espacio para el disfrute de los religiosos mientras se llevasen a cabo las obras conventuales⁷⁰. No obstante, para mejorar las instalaciones, ese mismo año el Concejo decide realizar obras para «aparejar los estribos» invirtiendo la importante suma de 882 sueldos y 4 dineros del común⁷¹. Un año más tarde se limpian los cuadros de San Pedro

⁶⁵ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1612, fol. 221.

⁶⁶ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1613, fol. 233, y 1614, fol. 249.

⁶⁷ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Toponimia urbana*, Rev. ATECA, n.º 3, año 1996, p. 153.

⁶⁸ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1619, fol. 328.

⁶⁹ MARTÍNEZ GARCÍA, FRANCISCO, *El culto a San Blas y la Máscara de Ateca*, C.E.B. de la I.F.C., Zaragoza, 1994, p. 8.

⁷⁰ BLASCO SÁNCHEZ, J., *Los frailes en Ateca*, Rev. ATECA, n.º 1, año 1992.

⁷¹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1621, fols. 357 y 357 v.º.

y San Pablo que se mostraban allí, costando el trabajo 4 sueldos⁷², y en 1623 se repara la entrada de la capilla cuyas obras ascienden a 11 sueldos y 6 dineros; de ellos, 8 sueldos que valen cuatro cargas de yeso, 2 sueldos y 6 dineros que cobra Lezcano como oficial y 1 sueldo que percibe Florén por su labor de peonaje⁷³.

Tres años duraron las disputas entre Padres de la Victoria y cabildo de Ateca quienes, finalmente, impidieron el asentamiento de los primeros, favoreciendo, por el contrario, la llegada de los capuchinos en el año 1624. De nuevo el Concejo corre con los gastos de reparación de la casa y capilla para los frailes invirtiendo otros 1.210 sueldos y 8 dineros⁷⁴.

Posteriormente, del erario público salieron los 307 sueldos y 8 dineros que costó la campana en el año 1625⁷⁵ y los 53 sueldos invertidos en confesionarios de madera de pino un año después⁷⁶.

No obstante, a pesar de que las dependencias estaban cedidas a los frailes, el Concejo sigue celebrando en ellas sus actos políticos de mayor relevancia, pues en marzo de 1629 allí se elige al lugarteniente de Jurado⁷⁷ y un año más tarde se celebra la misa matinal el día de San Miguel⁷⁸, tras la cual, es de suponer, se seguirían renovando los cargos concejiles.

A partir de ahora, y tras ser abandonada por los capuchinos, poca presencia municipal habrá en la capilla del Hortal, apenas una inversión en yeso de 1 sueldo y 4 dineros durante 1646 para asentar el cepillo de las limosnas⁷⁹ y unas nimias reparaciones costeadas en 1680⁸⁰. Quizá esta

⁷² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1622, fol. 366.

⁷³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1623, fol. 375 v.º.

⁷⁴ MARTÍNEZ GARCÍA, FRANCISCO, *Repercusiones en Ateca de la fundación del convento de capuchinos*, IV Encuentros de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 1997, pp. 421-433.

⁷⁵ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1625, fol. 398 v.º.

⁷⁶ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1626, fol. 412 v.º.

⁷⁷ Archivo de Protocolos Notariales de Ateca. Notario Silvestre Cebrián, año 1629, fol. 37 v.º.

⁷⁸ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1630, fol. 462 v.º.

⁷⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1646, fol. 422.

⁸⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1680 (legajo 9 a), fol. 68 v.º.

falta de noticias se deba a que desde 1671 la cofradía de la Virgen de la Asunción se afincó en el inmueble corriendo con los gastos de mantenimiento⁸¹, la cual es posible que perviviese hasta 1729, pues además de ser éste el último año contabilizado por la cofradía, sabemos que en 1730 el Concejo entrega de nuevo (con anterioridad a 1621 ya la tenía) al «maestro de niños la casa llamada Capilla de Nuestra Señora de los Angeles»⁸², donde, en 1763, Bartolomé Alcántara coloca «cerradura, tejillo y argolla» para la puerta por valor de 14 sueldos y 10 dineros⁸³, mientras que dos años más tarde el albañil Ignacio Menes efectúa reparaciones en capilla y tejado de la casa por valor de 40 sueldos y 10 dineros⁸⁴.

El entorno

Gracias al documento de concordia entre el Ayuntamiento y los frailes Mínimos, sabemos que en el año 1621 al lado de la Puerta de las Fraguas y formando un mismo núcleo urbano se hallaban la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles, la casa del maestro de niños y el granero del Concejo⁸⁵. Junto a estas dependencias encontramos el hospital de peregrinos, la fragua y la cárcel, las cuales fueron convertidas en cuartel en el año 1731, el cual es demolido en el año 1857⁸⁶.

De todo el grupo perteneciente al Concejo y siguiendo con la política puesta de manifiesto para otras Puertas, en 1560 se alquila en este lugar casa y corral⁸⁷. Posteriormente, Juan Penilla, menor, paga en 1563 por el arriendo y guarda de la Puerta 267 sueldos⁸⁸, y Domingo Pariente,

⁸¹ RUBIO SEMPER, Agustín, *Sesenta años de la cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles, patrona de la Iglesia Parroquial de Ateca*, en Rev. ATECA, n.º 3, pp. 41 a 53.

⁸² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1730, fol. 120.

⁸³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1763 (legajo 6 b), fols. 11 y 11 v.º.

⁸⁴ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1765, fol. 60.

⁸⁵ BLASCO SÁNCHEZ, J., *Los frailes en Ateca*, Rev. ATECA, n.º 1, año 1992.

⁸⁶ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *La Plaza pública*, Semanario *La Comarca*, Calatayud, 26 de abril de 1996.

⁸⁷ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1560, fol. 333.

⁸⁸ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1563, fol. 423.

un año más tarde, desembolsa la cantidad de 150 sueldos por el alquiler de la mencionada Puerta⁸⁹.

Durante el siglo XVII los responsables municipales deciden seguir rentabilizando la antigua parte militar del acceso, de ahí que se tengan a treudo (arriendo) unas casas y torre en la Puerta de las Fraguas⁹⁰ en el año 1606, noticia que se repetirá en 1638 ingresando el erario público 180 sueldos anuales⁹¹ por tal concepto.

Posteriormente, en el año 1763, el Concejo seguirá teniendo una casa a treudo⁹², posiblemente la misma por la que Roque Gómez paga 16 sueldos en 1769⁹³. Más adelante, en 1771, los herederos de Benito Cortés tienen a treudo del Concejo una casa con cueva por lo que pagan 62 sueldos⁹⁴.

Estas dependencias se encontraban en un lugar privilegiado urbanísticamente hablando, pero tenían el inconveniente de estar en la parte más baja del municipio y, por tanto, más vulnerable por las constantes crecidas de los ríos Jalón y Manubles en época primaveral y otoñal principalmente, por lo que, una vez retiradas las aguas, quedaba todo el entorno lleno de barro y material de arrastre de las riadas. Tal fenómeno debió tener especial importancia en los años centrales del siglo XVI, pues se limpia el tarquín que dejó el río en los años 1547, 1555, 1556 (la víspera de Pascua de mayo) y 1557 (con un coste de 6 sueldos)⁹⁵.

A principios del siglo XVII la situación volverá a repetirse, por lo que en 1612 se pagarán 40 sueldos por limpiar el tarquín que había dejado la crecida, desde la herrería hasta la Puerta de las Fraguas⁹⁶, y en 1623 se

⁸⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1564, fol. 457.

⁹⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1606, fol. 62 v.º.

⁹¹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1638, fol. 170 v.º.

⁹² Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1763 (legajo 6 b), fol. 21.

⁹³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1769, fol. 110 v.º.

⁹⁴ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1771, fol. 144 v.º.

⁹⁵ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1547, fol. 15; 1555, fol. 205; 1556, fol. 235, y 1557, fol. 257.

⁹⁶ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1612, fol. 218 v.º.



Puerta de las Fraguas inundada.
(Archivo F. Martínez).

pagan por el mismo concepto 100 sueldos a unos portugueses por el destajo realizado durante la semana de San Lucas (18 de octubre)⁹⁷.

Actualmente, en manos privadas, la Puerta de las Fraguas ha perdido su denominación original y es más conocida como Arco de la Plaza, como se le nombra ya en 1926⁹⁸ o Arco de la calle Real por ser acceso natural a la mencionada vía.

LAS OTRAS PUERTAS DE LA MURALLA

Además de las cuatro entradas principales ya referenciadas, celosamente guardadas durante la Edad Media⁹⁹, al interior del casco urbano se podía acceder mediante

puertas secundarias estratégicamente situadas y actualmente de difícil localización, posiblemente abiertas en período de paz, pues hasta el siglo XVI no se hace ninguna referencia a su existencia.

Así, en el año 1563 nos encontramos con la Puerta del Monte, la cual es arrendada por Martín Asensio, junto con la Puerta del Arial, por 250 sueldos¹⁰⁰, y un año más tarde se realizan pequeñas reparaciones en general, cerraja incluida, en la Puerta del Río¹⁰¹.

⁹⁷ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1623, fol. 374.

⁹⁸ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1926, fol. 40 v.º.

⁹⁹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1464, fol. 128: «Se pagan 10 sueldos a Antón Martínez porque guardó la Puerta del lugar».

¹⁰⁰ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1563, fol. 423 v.º.

¹⁰¹ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1564, fols. 464 y 478 v.º.

Más adelante se nombrará una casa en la Puerta de Carra de Cavarrio¹⁰², y nos encontramos con que por el arriendo de la Puerta de la Sierra se pagan en el año 1638, 180 sueldos anuales¹⁰³.

Y es que Ortega¹⁰⁴ ya referenciaba en el año 1924 la existencia de otras entradas secundarias en la muralla, de las cuales quedaban señales o vestigios: «Una en calle de Sta. Bárbara, otra en Subida a la Iglesia y otra por la parte de atrás, con restos de muralla, en una casa situada en el ángulo que forma la calle Pilar, debajo del propio castillo».

Por lo tanto, el destacado erudito atecano debió conocer la existencia del «portillo de la calle que da acceso a las eras por la espalda de la Plaza de Jesús», el cual fue levantado en el año 1940 por el sistema de administración quedando encargado Pablo Duce Bueno de hacerlo por 200 pesetas¹⁰⁵.

¹⁰² Archivo de Protocolos Notariales de Ateca. Notario Miguel Garcez, año 1595, fol. 153.

¹⁰³ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1563, fol. 170 v.º.

¹⁰⁴ ORTEGA, F., *Op. cit.*, p. 11.

¹⁰⁵ Archivo Municipal de Ateca. Libro de Actas, año 1940, fol. 26.

PERVIVENCIAS BENÉFICO-SOCIALES EN LA COFRADÍA DE LA SOLEDAD DE ATECA

Antonio MARTÍNEZ MENDIZÁBAL



LAS cofradías surgen en el siglo XIII con la intención de proporcionar a la población un modelo de vida cristiana seglar. Nacen, por otra parte, como ejemplo de vida asociativa municipal, pretendiendo proporcionar socorros mutuos, bien espirituales (sufragios), bien temporales (pósitos o prestaciones). Todo ello para prevenir infortunios o corregirlos en la medida de lo posible.

Durante la Edad Media van unidas a los gremios, mientras que en la Edad Moderna destaca el florecimiento de las no gremiales, como son en Aragón las del Santísimo Sacramento («Minervas») o las de Semana Santa, por citar algunas de las más destacadas. En la Edad Contemporánea, son las uniones de carácter benéfico-religioso las que se imponen.

A lo largo de la historia hubo cofradías gremiales de artesanos, nobles, médicos y cirujanos, mercaderes, ganaderos e incluso «ministros» de la Inquisición. Pero prácticamente todas incorporaron objetivos de tipo benéfico-social, especialmente a partir del siglo XVII.

Pretendemos rastrear en la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad y resaltar las pervivencias de estos aspectos en sus «ordinaciones» y en su desarrollo a lo largo del siglo XIX. Contamos para ello con el estudio del libro II de la Cofradía, custodiado en el Archivo Parroquial de Ateca y cuyo manejo ha sido fundamental para los trabajos realizados. Agradecemos al señor párroco y a la comunidad religiosa su colaboración.

La Hermandad de la Soledad de Ateca, como es común en otras de similares características, recibe donaciones en forma de limosnas (lana, corderos, vino, etc.), que sirven para el mantenimiento de la Cofradía y para los encargos artísticos excepcionales. A ello contribuyen también las rifas de cerdos comprados con las cantidades obtenidas en las limosnas.

En estos actos es todo el pueblo el que colabora benéficamente en favor de la Hermandad.



Cofrade pidiendo limosna para sustento de la Hermandad, en el pregón de Viernes Santo, año 1991. (Foto: F. Martínez).

Vamos a repasar los aspectos benéficos de la Soledad partiendo de sus «ordinaciones» e incorporando nuevos elementos en el transcurso del siglo XIX. Las «ordinaciones» aquí señaladas son copiadas en el siglo XIX de las originales del siglo XVII.

En la 1.^a ordenación puede leerse*: «Los Señores Sacerdotes, Esclavos de esta soberana Princesa, movidos de devoción han ofrecido decir cada uno en cada un año diez misas rezadas por los hermanos vivos, y difuntos, y por las Almas del Purgatorio y vien ecores de esta Santa Esclavitud...»¹.

La 3.^a dice: «... Fue instituido y Ordenado que todos los Esclavos tengan la obligación de asistir a los entierros de los Esclavos que murieren, y a los de los Pobres que murieren en el Ospital Vajo del lugar de Ateca y llevar las hachas

de la Esclavitud como fueren nombrados»². Si bien se disponen cláusulas penales previendo el incumplimiento de cada una de las ordinaciones: «... y el que no asistiere tenga de pena por cada un entierro que faltare un sueldo para aumento de la Cofradía y si no lo pagare sea vorrado»³.

* En las citas textuales reproduciremos la ortografía original.

¹ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1823. Fol. 1.^o bis v.^o.

² A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1823. Fol. 2.^o v.^o.

³ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1823. Fol. 2.^o v.^o.

En la 8.^a se señala que cada cofrade podrá enterrar a una persona con las hachas de la Esclavitud.

La 9.^a instituye el Día de las Ánimas como el señalado para hacer un oficio de difuntos por todos los esclavos vivos y fallecidos, así como por los bienhechores de la Cofradía.

Existen, fuera de las ordinationes primigenias, una serie de normas que hacen referencia al mismo tema. Así, como detalles benéficos, las viudas pagarán de entrada dos reales y tendrán los mismos derechos que los hermanos, que, a su vez, podrán enterrar a sus criadas con las hachas de la Hermandad.

Muerto el munidor, su esposa pasa a desempeñar las funciones propias del cargo (avisar a juntas, recoger limosnas, etc.), recibiendo por ello la cantidad de treinta reales que, sin duda, eran necesarios para su maltrecha economía familiar.

En 1831 se otorgan sesenta reales a la viuda de Alejos García por hacer la limosna del vino, demostrando también en esta ocasión una especial protección para con las viudas de la cilla.

En 1825 se acuerda que todos los años los domingos primero y último de mes se celebre una misa rezada por los hermanos difuntos en el altar de Nuestra Señora de la Soledad. Dichas misas serán celebradas por el señor prior o persona que él designe. En 1841 las misas quedan reservadas a los primeros domingos de mes. Sin duda con objeto de asegurar su celebración.

En 1849 los hermanos quedan obligados a conducir el cadáver con las luces de la Cofradía si se trata de un «pobre de solemnidad»⁴. Si el fallecido es miembro de la Junta, los regidores deberán acompañar y trasladar el cadáver al cementerio con las velas de la Hermandad.

El 8 de abril de 1833 se alquila la nevera de la Hermandad (denominada la nevera de San Martín) a Domingo Bartolomé, vecino del pueblo, obligándose éste a pagar el 8 de septiembre ciento cuarenta reales, pero

⁴ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1849. Fol. 79 r.º.

«por justas causas y contratiempos que tuvo contra sí el obligado con la nota anterior quedó reducida, a acuerdo y conformidad de todos los Señores Rexidores la cantidad anterior a la de ochenta reales vellón...»⁵, demostrando, una vez más, que la Cofradía intentaba compatibilizar la necesaria búsqueda de ingresos con que hacer frente a sus numerosos gastos, con un enfoque social de sus acciones.

No obstante, los altibajos de la Hermandad afectan, naturalmente, al desarrollo de sus actos benéficos, como señalan las fuentes: «En la villa de Ateca a 4 de abril de 1836... teniendo en consideración que se ha enfriado mucho el fervor con que se dio principio a esta Hermandad por cuyo motivo a cesado la asistencia a los Entierros de los Hermanos y no se pasa lista en ellos, de que resulta que la Hermandad por su escaso número leños de producir alguna utilidad son gravosos a la Hermandad porque disfrutan de sus sufragios y nada contribuyen para su sostenimiento... acordaron se nombre un cobrador... en recompensa de su trabajo se le asigne cuando menos un diez por ciento de lo que recaude»⁶.

En la misma línea, pero resumiendo los beneficios espirituales que otorga la Hermandad a los cofrades, es significativa la anotación hecha en la asamblea de 1840: «En la misma Junta se acordó en atención a la decadencia que se observa en esta Hermandad, y la frialdad de nuestros hermanos en concurrir a sus actos religiosos, que en lo sucesivo el hermano que quiera continuar en ella y participar de las gracias espirituales que le están concedidas; así como de que cuando llegue a morir luzcan en su entierro los cirios de la Cofradía, pague anualmente al fondo de esta un real vellón y concurra a la Procesión del Viernes Santo y a la Oración que se hace en la Yglesia Parroquial en el día segundo de Pascua de Resurrección, a cuyo acto se pasará lista y pintará en ocho dineros al que falte»⁷.

Otro beneficio espiritual consiste en sacar una docena de cirios de la Hermandad a la puerta del difunto o difunta y otra docena más para la misa de cuerpo presente. Se otorga por haber contribuido los hermanos con el «escote».

⁵ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1833. Fol. 47 r.º.

⁶ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1836. Fol. 52 v.º.

⁷ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1840. Fol. 68 r.º.

En ciertas ocasiones, los detalles caritativos denotan un interés en favorecer la artesanía local frente a la de la vecina Calatayud. Por ejemplo, cuando en 1841 se acuerda comprar la cera de la Cofradía al cerero de Ateca «... a igual precio que se hagan en Calatayud por parecerles en igual caso ser más hacreedor el del Pueblo»⁸.

En 1854 se acuerda un pago de cuatro reales de vellón por cada hermano para atender una deuda con el cerero, pero se excluye de ello a los pobres de solemnidad.

Mención especial merece el acuerdo de asistir en sus últimos momentos a un reo natural de la villa ejecutado por garrote vil el 12 de enero



Santo Cristo. Procesión del Santo Entierro.
(Foto: F. Martínez).

de 1863. El 9 de enero, los regidores y prior de la Esclavitud reunidos en junta «llevados dichos Señores Regidores del celo que les distingue y deseosos de hacer una obra de caridad a un desgraciado»⁹, acuerdan establecer un turno que asista al reo en la capilla día y noche, otro turno para que en los templos y calles se pida limosna por el descanso de su alma. Asimismo todos los regidores acompañarán con túnica negra al reo en la carrera. Se comprometen, además, a darle eclesiástica sepultura «si para ello no hubiere ningún inconveniente».

Pero las ayudas de la Cofradía se extienden también al brazo eclesiástico, donando una cantidad (de sesenta a ciento dos reales) a un destacado orador por el

⁸ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1849. Fol. 7 r.º.

⁹ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1863. Fol. 109 r.º.

Sermón de la Soledad («la caridad del sermón»). La nómina de éstos es larga y señalaremos algunos por ser significativa la participación de personajes de diferentes procedencias: Mosén Pedro Soriano, beneficiado de Moros; mosén Vicente Lafuente, beneficiado de Ibdes; mosén Vicente Reta; mosén Rafael Pascual y Cejador; el padre Francisco de los Olmos; el padre franciscano Serafín de Ateca; el padre franciscano Antonio de Villafeliche, guardián del convento de Capuchinos; mosén Antonio Salazar; mosén Vicente Cristóbal, presbítero de Ateca; el Reverendo Padre fray Blas de Obón, definidor de capuchinos y guardián del convento; fray Ramón Marín, lector de Artes en el convento de la Merced en Calatayud; fray Jacinto de Obón (capuchino); padre Antonio Lafuente, de Carenas; mosén Leonardo Gimeno, regente de Castejón de las Armas.

Asimismo, anualmente se gratificaba con una cantidad al prior por decir doce o veinticuatro misas por los hermanos vivos y difuntos. En ocasiones, como 1830 y en 1831, el pago por esta obra caritativa (la «caridad de las misas») se hizo en libras de chocolate (normalmente en cantidad de doce), demostrándose con ello la tradición chocolatera de nuestra villa.

Finalmente, y como notas significativas, señalaremos que la Cofradía acuerda en 1864 que el Domingo de Ramos la población pueda contemplar por las calles las estaciones del Vía Crucis. La Hermandad costeará todos los años el Sermón del Encuentro en la plaza. Reproducimos el texto que se hacía público el día de Viernes Santo, al mediodía, para publicitar la manifestación religiosa:

«Pregón que se publica en el día de Viernes Santo a las dos de la tarde para anunciar la Procesión del Santo Entierro de Cristo y encargar la asistencia a ella.

Almas piadosas que poseídas de una tierna y afectuosa devoción a María Santísima Señora nuestra os havéis consagrado por esclavos de sus angustias. Sabed que esta soberana Reina sola, angustiada y traspasada de dolor por la muerte de su preciosísimo hijo a quién han quitado atroz e inhumanamente la vida la embidia, la ira, y el odio de los pérfidos Judíos, se halla tan desamparada y necesitada que ni tiene con qué enterrar su santísimo cuerpo. Ymplora por tanto vuestra caridad, para que en consuelo, y alivio de su soledad le ayudéis a llorar con compasión, y darle sepultura.

Esta religiosa y piadosa función se ejecutará esta tarde a las cinco en la Yglesia Parroquial de este Pueblo. Y para que tanto mérito se logre hace su soledad a vuestra piedad, y humanidad el presente pregón en su nombre y en el de su amado Hijo Padre y Redentor Nuestro y Jesús Nazareno¹⁰.»

CONCLUSIONES

Podemos resumir, por lo tanto, que los aspectos benéfico-caritativos de la Hermandad entroncan con los de otras del mismo siglo y de diferentes localidades aragonesas. Que se trata de beneficios espirituales (acompañamientos, misas, sermones) y materiales (pagos en metálico, en especie, encargos, exenciones a viudas y pobres). Asimismo, estos beneficios afectan a todos los hermanos, ya seglares (entierros, exenciones) o eclesiásticos (pagos por sermones o misas) y que también alcanzan de una manera notable al resto del pueblo (encargos de obras artísticas, de cera, de telas, de trabajos, etc.).

Por otra parte, la villa al completo colabora también con sus limosnas caritativas, devolviendo generosamente a la Hermandad parte de sus donaciones. Y es todo el pueblo protagonista de la caridad de la Cofradía y fundamento de su existencia. Tal y como los últimos estudios y simposios históricos señalan, debemos valorar cada vez más la importancia de la vida y afanes de personas anónimas ahora, pero que, en su momento, fueron importantes para el desarrollo y crecimiento de cualquier población. Personajes como Mariano Blasco, carpintero; Melitón Antón y Antonio Trigo, cereros; La Munidora; Bernardo Montero; el campanero Ramón Muñoz; la tía Mena; Ramón Semper, el posadero; Fermina García, costurera; Agustín Ujedo, sastre, o Felipe Acero, tendero, configuran la microhistoria local de Ateca. De sus labores y apellidos podemos encontrar, todavía hoy, ecos en los que reconocer nuestros orígenes y explicaciones para aquellos elementos que nos identifican.

¹⁰ A.P.A. Libro II de la Cofradía. Año 1823. Fol. 125 r.º.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos generales de las diócesis aragonesas.

Archivos Parroquiales (en especial el Archivo Parroquial de Ateca).

Anuarios y guías diocesanas.

BOFARULL y SANS, *Gremios y Cofradías de la Antigua Corona de Aragón*, Colección de Documentos Inéditos de la Corona de Aragón, XLI.

MARTÍNEZ GARCÍA, F., y MARTÍNEZ MENDIZÁBAL, A., *Cofradía de los Esclavos de la Virgen de la Soledad y humildes cofrades del Entierro de Cristo*, en Rev. ATECA, número 3, septiembre 1996, pp. 55-96.

ROMEU, A., *Historia de la Previsión Social: Cofradías, Gremios, Hermandades y Montepíos*, Madrid, 1944.

RETAZOS HISTÓRICOS SOBRE LA BANDA DE MÚSICA DE ATECA

José CAMPOS INOGÉS



LAS primeras noticias que hacen referencia a la gestación de una Banda de Música en la villa de Ateca nos remontan al siglo XIX, cuando, allá por 1842, un grupo de vecinos, componentes todos de la Milicia Nacional Local, se dirigen al Ayuntamiento para presentar un memorial mediante el cual solicitan «se les proveyese de fondos públicos e instrumentos para asistir a la enseñanza de música y formar una orquesta». Llevadas a buen fin las gestiones para su creación, se encomendará a don Rafael Guasch, a la sazón organista de la parroquia de Santa María, la dirección de la Banda, cuyo propósito general será el de servir a la Milicia y asistir a los festejos públicos.

Una década después de su formación, la Banda mostrará su madurez artística al asistir y actuar, en 1852, en los actos que tuvieron lugar con motivo de la celebración del nacimiento de la princesa de Asturias y el «pronto restablecimiento de la Reina».

De los años posteriores apenas tenemos otras noticias que las relativas a su aparición en los diversos acontecimientos públicos de la localidad, y especialmente de su participación en las fiestas de San Blas y de Nuestra Señora de la Peana, patronos de la villa, suponiéndose que el cargo de director lo asumían los sucesivos organistas del coro parroquial¹.

En una época que comprende el final del siglo XIX y el inicio del XX aparece como director don Bernardo Ballenilla, natural de Soria, y a su

¹ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Bandas y orquestas de ayer (I y II)*, Semanario *La Comarca*, Calatayud, 21 y 28 de noviembre de 1993.

vez organista de la parroquia de Santa María de Ateca, quien permaneció en el cargo desde 1895 hasta 1914².



Banda Municipal de Ateca, año 1905. En el centro, con bombín, su director, don Bernardo Ballenilla. (Archivo José Ayerbe Carmona).

Sobre 1915 se hizo cargo de la Banda de Música don José Enguita Sabroso, natural de Ateca, el cual ya ejercía como subdirector, a la vez que tocaba el pícolo en la época en que fue director el señor Ballenilla. Desarrolló su labor hasta 1925³, año en que, ante la presencia del señor delegado del Gobierno, se persona una comisión compuesta por dos

² En una foto de 1905 de la Banda de Ateca, aparece don Bernardo Ballenilla como director.

³ Datos facilitados oralmente por don José Ayerbe Carmona.

concejales del Ayuntamiento, quienes se encargarían de informarle de las necesidades de la Banda, especialmente en lo relativo a la provisión de instrumental.

Ya en 1927, bajo la dirección de don Manuel Lechuz Pérez, se elabora un primer reglamento para el «buen funcionamiento de la Banda», donde se especifican las normas que la regirán y las relaciones de ésta con el Ayuntamiento de Ateca⁴.

Don Manuel Lechuz Pérez, nació en Puerto Real (Cádiz) el día 2 de noviembre de 1902.

Estudió Solfeo, Piano y Dirección Orquestal en Cádiz.

En 1927 fue en Ateca el director de la Banda Municipal.

Casó en 1929 con María Florén Lozano, nacida en Ateca el día 24 de marzo de 1909.

Desde Ateca pasó a Valencia del Ventoso (Badajoz), también como director de la Banda Municipal de esa localidad.

Finalmente se trasladó a Zaragoza en 1935, dejando la música como profesión

Falleció en Calatayud el día 21 de enero de 1959.

Dos bisnietos siguen estudiando música: uno guitarra española en Zaragoza y una segunda violín en Tenerife⁵.

A finales de 1927, siendo director de la Banda Municipal de la villa de Ateca el señor Lechuz, estando esta agrupación amenizando las fiestas patronales de Algar de Mesa (Guadalajara) se produjo una excisión en el seno de la misma que dio lugar al nacimiento de la Banda «Santa Cecilia», hecho que se narrará más adelante.



Don Manuel Lechuz, director de la Banda Municipal de Ateca entre 1927 y 1929.
(Foto anillo perteneciente a Rocío Lechuz).

⁴ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Op. cit.*

⁵ Dato facilitado por doña Rocío Lechuz Florén, hija de don Manuel Lechuz.

A don Manuel Lechuz le sucedió don Jesús Prada «El Pobre», músico militar, en el año 1929⁶, y a éste don Vicente Adán Hernández⁷ en 1931.



Banda Municipal de Ateca, año 1931. En el centro, con gafas y corbata, su director, don Vicente Adán Hernández. (Archivo José Ayerbe Carmona).

A continuación, don Gregorio Hernández Per ejerce como director de la Banda de Música de Ateca desde 1932 a 1936, mediante contrato firmado con el Ayuntamiento valedero para cinco años y con unos emolumentos de 5.000 pesetas anuales más 1.500 pesetas pagaderas mensualmente. Ahora la Banda toma el nombre de «Agrupación Musical Ateca»⁸.

⁶ Dato facilitado por don Emeterio Martínez, don Luis Enguita, don Benjamín Sánchez y don Perico Bernal.

⁷ Dato facilitado por don José Ayerbe Carmona.

⁸ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Op. cit.*

Finalizada la Guerra Civil española regresa a la villa de Ateca hasta 1944, fecha en que falleció.

Desde 1944 a 1946 la Banda de Música está sin director, por lo que se reúnen varios músicos, poniéndose al frente de los mismos don Segismundo Blanco, componente de la Agrupación Musical, fijando su lugar de ensayo en la calle de las Bodeguillas.

En esta época se formaron músicos de gran calidad profesional y artística⁹.

NACIMIENTO DE LA BANDA DE MÚSICA «SANTA CECILIA»

Éste se produjo a partir de los hechos ocurridos en las fiestas patronales de Algar de Mesa (Guadalajara) en el año 1927.

De esta nueva formación musical, que marchará en paralelo con la Banda del Ayuntamiento hasta la Guerra Civil, se hace cargo don José María Vilar «El Che».

Este director tenía un almacén de trapos en la plaza del Mesón, y en esta Agrupación se iniciarían como músicos sus hijos Luis y José María Vilar.

En el mismo año de 1927 recaería la dirección de «Santa Cecilia» en don Luis Aguilar Lozano, natural de Ateca y músico de la misma, quien al finalizar el año debe marchar a prestar el servicio militar. Durante este período regirá «Santa Cecilia» don Pedro Echevarría Bravo, natural de Galicia, organista de la parroquia con título de director y compositor, que compondría un tango denominado «Boga, boga, Marinela».

Tras cumplir sus obligaciones con la Patria, don Luis Aguilar se volvió a hacer cargo de «Santa Cecilia» y don Pedro Echevarría marchó como director a la Banda de Música de Palencia, desde donde partiría a dirigir la Banda de Música de La Coruña. Posteriormente fue director del Conser-

⁹ Dato facilitado por don Cándido Remartínez y don Miguel Bernal.

vatorio Superior de Madrid y más tarde fue nombrado miembro de la Real Academia de Bellas Artes, destacando como gran conferenciante musical.

Finalmente, «Santa Cecilia» se extinguiría el 11 de agosto de 1936.

LA REFUNDACIÓN DE LA BANDA DE MÚSICA

Todos los músicos que no habían sido movilizados, tanto de la Banda Municipal como de «Santa Cecilia», fueron convocados para formar una sola agrupación municipal durante la Guerra Civil, asignándoles como local de ensayo lo que era conocido como «Baile de la Maravilla», que a su vez era almacén de trigo (frente a la Posada del Mesón).

De esta fundación se hace cargo don Luis Aguilar¹⁰, antiguo director de «Santa Cecilia», que hizo una encomiable labor en tan duro período de transición.

Posteriormente tomaría la batuta don Gregorio Tejero Hernández en 1946. Comenzó con 18 músicos y en tres años preparó una Banda con 40 elementos¹¹.

Don Gregorio Tejero Hernández, natural de Aguarón (Zaragoza), sobre el año 1926 ingresó como músico en el Ejército y llegó a obtener la graduación de Sargento «2.ª flauta»; más tarde, por problemas dentales no podría tocar, por lo que estudió Composición, Dirección y Armonía, obteniendo la titulación correspondiente, optando por licenciarse como consecuencia del motivo indicado.

La primera Banda que dirigió fue la de Saviñán (Zaragoza), y en esta localidad conoció a doña Adela, la que sería su esposa.

Tras corta estancia en la localidad citada dirigió la Banda de Música de Épila (Zaragoza), donde permanecería varios años.

Posteriormente optó a una plaza de director en Molina de Aragón, y cuando viajaba para tomar posesión del cargo comprobó la dura climatología invernal del lugar y en el mismo autobús que iba se volvió y se quedó en Ateca.

¹⁰ Dirigiendo don Luis Aguilar «Santa Cecilia» en las Termas de Alhama de Aragón, se presentó el maestro Villa, quien dirigió una obra y les felicitó por su labor.

¹¹ Datos aportados por don Mariano Cristóbal Encontra.



Banda Municipal de Ateca durante las fiestas patronales. En el centro de la segunda fila, sentado, su director, don Gregorio Tejero Hernández (1947-1953).
(Archivo Margarita Aguilar).

En 1947 el Ayuntamiento compró todos los instrumentos de «Santa Cecilia» por cien mil pesetas. La proyección de la Banda iba en ascenso, pero en 1953 la plaza de director, clasificada hasta entonces como de 1.^a categoría, clase tercera, pasa a figurar como de 2.^a categoría, clase quinta, motivo por el que don Gregorio Tejero tuvo que dejar la Banda de Ateca, habiendo llevado a cabo una encomiable labor al frente de la misma, todavía hoy muy recordada¹².

Varios de sus alumnos salieron con grandes cualidades musicales, llegando uno de ellos a subdirector de Banda militar, don Segismundo Muñoz, hoy jubilado y residente en Mallorca.

Ante tales hechos todo el pueblo de Ateca apoyó a don Gregorio Tejero para que continuase ejerciendo su función docente, pero fue infruc-

¹² BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Op. cit.*

tuoso el esfuerzo, por lo que se marchó a dirigir la Banda de Música de Arnedo (Logroño).

En 1958 murió en la Facultad de Medicina de Zaragoza, habiendo recibido transfusión sanguínea de dos de sus discípulos atecanos, don Mariano Cristóbal Encontra y don Joaquín Blasco Domínguez, a requerimiento de su esposa doña Adela¹³.

A continuación ocupó el cargo de director de la Banda don Juan José Blasco Calderón, entre los años 1953 y 1961. De su estancia en Ateca, el narrador de este relato guarda un grato recuerdo por su insistencia pedagógica para poder llegar a ser brillantes profesionales, hasta el extremo de presentarnos a exámenes para obtener el carnet de músico, requisito necesario para poder actuar legalmente.

A este director se le debe agradecimiento por recopilar musicalmente la partitura del Dance de Ateca, haber compuesto el «Vals del Casino» por encargo de esta Sociedad para la Rondalla «San Blas» y la Diana denominada «Ateca».

Don Juan José Blasco Calderón. Natural de Almonacid de la Sierra (Zaragoza), se formó musicalmente en la Banda de Música de su lugar de nacimiento, que estaba considerada como una de las mejores de Aragón en aquella época.

Cumplió el servicio militar en África, integrándose en la Banda de Música militar durante la guerra con Marruecos.

En esta época estudia Armonía, Composición y Dirección. Una vez culminados sus estudios en estas especialidades ingresa en el Cuerpo Nacional de Directores de Bandas de Música Civiles.

Ya como director rige los destinos de la Banda de Música de Calamocha (Teruel) y la Academia de Formación Musical «Escuela de Música» hasta la Guerra Civil en el año 1936, fecha en que se disuelve al desaparecer una buena parte de los músicos e instrumentos.

Pasada la contienda dirigió las Bandas de Música de: Villamañán (León).

Ateca (Zaragoza), 1953-1961.

Guadix (Granada).

¹³ Dato facilitado por don Mariano Cristóbal Encontra.



Banda Municipal de Ateca en Cabolafuente. En el centro, cigarrillo en mano, su director, don Juan José Blasco Calderón (1953-1961).
(Archivo José Campos Inogés).

San Martín del Río Aurelio (Asturias), lugar en que se jubila, falleciendo en Calamocha (Teruel) a los pocos meses en el año 1968.

Fue objeto de un homenaje póstumo en la mencionada localidad turolense con entrega a sus hijos de una placa conmemorativa por parte del Ayuntamiento de la villa¹⁴.

Tampoco quisiera pasar por alto la estancia en Ateca durante esos ocho años de sus hijas Gloria y Alicia Blasco, que se integraron plenamente en la localidad logrando, por su simpatía, alcanzar el afecto de todos.

¹⁴ Datos aportados por don Ramón Blasco Trasobares, hijo de don Juan José Blasco.

También quisiera recordar a varios músicos de Almonacid de la Sierra que fueron parte importante en la consolidación de la Banda de Música de Ateca. Estos fueron: Octavio y Mariano Gálvez Ezquerro, trompeta y clarinete, respectivamente; Miguel Millán Gálvez, bombardino; Jesús Miguel Gálvez, bombo; José Martínez Villarmín «Puchericos», alfarero de Villafeliche y hermano de «nuestro» Jerónimo Martínez, que desarrolló la misma profesión en Ateca, ya jubilado, y Ángel Millán Esteban, de Villarroya de la Sierra, actual director de la Banda Sinfónica de Aragón.

En 1962, de la mano de la Dirección General de la Administración Local, se produce la supresión de la plaza de director, ocupada hasta ese momento por don Juan José Blasco Calderón¹⁵, y se hace cargo de la Banda, una vez más, don Luis Aguilar Lozano (Ateca, 1907-1986). En esta última andadura como director, desde 1962 hasta 1975, al frente de un grupo reducido de entusiastas, no más de dieciséis o dieciocho, hasta su retirada por razón de su avanzada edad, dejó constancia de su sabiduría y talento musical. Fue un gran director, tenía un gusto exquisito por lo musical y excepcional calidad humana como persona, además de gran bajista en el coro parroquial.

De esta etapa quisiera rendir un cariñoso recuerdo a varios músicos de Villalengua que colaboraron con su buen hacer en el desarrollo musical de la época. Estos son: Julián Serrano Carramiñana, trompeta; Justo Herrero Hernández, clarinete y saxo alto; Rafael Alejandro Nuño, tenor; Luis López López, bombo, y Blas Joven Asensio, trombón.

LA ETAPA MÁS RECIENTE

En 1983 se intenta revitalizar, como tantas otras veces, la Banda de Música de Ateca. Ahora se coloca al frente otro músico local, don Adrián Sánchez Sánchez, trompetista de la misma, denominándose «Agrupación Musical San Blas», cuya andadura se prolongaría hasta 1986 gracias a su esfuerzo y dedicación.

¹⁵ BLASCO SÁNCHEZ, Jesús, *Op. cit.*



Banda Municipal de Ateca, año 1973 aproximadamente.
 A la izquierda, su director, don Luis Aguilar Lozano.
 En el centro, con partitura en la mano, don Adrián Sánchez
 Sánchez, director desde 1983 a 1986.
 A la derecha, en segunda fila, don Carmelo López Sánchez,
 actual director de la Banda de Música desde el año 1993.
 (Archivo José Campos Inogés).

En esta época hubo un ingreso masivo de muchachos y muchachas muy jóvenes, circunstancia que albergaba un futuro prometedor. Pero este proyecto duró tres años finiquitado por una nueva crisis interna.

En 1988 se intenta reavivar el empeño y la dedicación por esta hermosa manifestación cultural, constituyéndose este mismo año la «Agrupación».

pación Musical Ateca» sobre los cimientos de la desaparecida «Agrupación Musical San Blas», proveyéndola de sabia nueva y una gran dosis de ilusión juvenil.

De este modo se legalizan los Estatutos y se forma una junta rectoral, que con el apoyo de la Diputación de Zaragoza y Ayuntamiento de Ateca consiguen arrancar con brío, lo que será una breve, por lo joven, pero brillante experiencia musical.

Para consolidar y dirigir la Banda se contrata como director a don Vicente Moll Soler. Este valenciano, suboficial músico de la Banda de la Academia General Militar de Zaragoza, contó siempre con la colaboración, dedicación y apoyo de don Carmelo López Sánchez como subdirector y varios veteranos de épocas anteriores, y conducirá nuestra Banda hasta finales de 1991 por el camino del éxito, trascendiendo fuera del ámbito local y obteniendo una crítica muy favorable en todas sus actuaciones.

En 1987 participa en el Certamen de Bandas de Pedrola, fuera de concurso, dentro del programa «Bandas en Marcha» de la Diputación de Zaragoza.

En 1990 aparece incluida dentro del mismo programa de Bandas en Marcha en el Certamen de Tauste (Zaragoza), dentro de la sección «B», obteniendo el primer premio compartido con la Banda de Música de Aguarón.

En 1990-1991 destaca en varios conciertos: «A Bombo y Platillo» y plaza de toros de La Misericordia, actuando en varios parques públicos de Zaragoza, palacio de Sástago y un verano completo en el Balneario de Sicilia, en Jaraba.

En el mismo tiempo se crea la Escuela de Educandos, atendida por profesores titulados. Finaliza la estancia de don Vicente Moll Soler por problemas de salud, pues de no haber sido así hubiera continuado en Ateca, lugar donde desarrolló una labor encomiable, tanto en lo profesional como en lo humano. Todavía hoy se le recuerda con cariño y gran afecto.

A continuación ocupó la vacante de dirección don Alfonso Miguel Catalán Catalán, natural de Caspe y profesor del Conservatorio de Tara-

zona, quien se hace cargo de la Agrupación Musical durante los años 1991 y 1992, participando en el primer Ciclo de Bandas «Pascual Marquina» en Calatayud.

Sucesor en el puesto sería don Agustín Civera, originario de Valencia y componente de la Banda de Música de la D.P.Z. como requinto. Ocupa su puesto en abril de 1992 y en este período alcanza luz propia el concierto ofrecido por la Agrupación Musical Atecaña en el incomparable marco del Monasterio de Veruela (Zaragoza), dentro del programa de actividades culturales organizado por la Diputación de Zaragoza.¹⁶

En el verano de 1993 se crean dos nuevas secciones dentro de la Agrupación Musical con objeto de enriquecer la oferta cultural de la misma. Nacen así la «Banda Juvenil» y la «Big-Band», cuya presentación sirvió de preámbulo a las Fiestas Patronales de ese mismo año. Y un mes más tarde, en octubre de 1993, el hasta entonces subdirector de la Banda y director de la Big-Band, don Carmelo López Sánchez, se hace cargo de la dirección de la Agrupación por cese del señor Civera.

Este atecano había ejercido como subdirector en el período que va desde 1986 a 1993 y como director desde entonces hasta nuestros días.

Don Carmelo López Sánchez es un atecano muy querido y respetado en el pueblo, tanto dentro del ambiente musical como fuera de él, que se ha tomado muy en serio el compromiso y la responsabilidad contraída, por lo que ha conseguido que la Banda de Música funcione con manifiesta dignidad en sus actuaciones, dándole un prestigio que aumenta cada día, consecuencia de no escatimar horas en los ensayos semanales.

Formación:

La recibida de su director y profesor don Gregorio Tejero Hernández y la adquirida en su época del servicio militar obligatorio, que lo llevó a cabo durante tres años en la Banda de Música de la Academia General Militar de Zaragoza como clarinete «soldado».

Desde esta fecha hasta septiembre de 1994, el hecho más notable que se produce es la consolidación de las dos secciones antes mencionadas.

¹⁶ Agrupación Musical Atecaña, *Breve reseña sobre la Agrupación Musical Atecaña*, Semanario *La Comarca*, Calatayud, 12 de diciembre de 1993.

Así, la «Big-Band» obtendrá un gran éxito en las actuaciones del Balneario de Sicilia, en Jaraba, hecho conseguido con anterioridad con la Banda de Música el verano de 1991. Igualmente triunfará en el «Edificio Pignatelli», sede de la D.G.A., y en los conciertos ofrecidos en las fiestas de Zuera.

En el mes de mayo de 1994 tuvo lugar la grabación de una cassette con temas interpretados por la «Big-Band» y la Banda de Música, siendo acogida con gran satisfacción por cuantos la escucharon.

Desde el año 1995 a 1998 la Agrupación Musical Atecana se ha desplazado con sus actuaciones más allá del entorno habitual, viajando hasta Calanda y Alcañiz (Teruel), Sabiñánigo (Huesca), Borja, Villanueva de Gállego y Muel (Zaragoza), además de salir este verano de 1998 a la Alquería de la Condesa (Valencia). Todo ello producto de intercambios músico-culturales.

Agradecimientos:

A don José Ayerbe Carmona, don Ángel Sabroso Labrador, don Luis Enguita Lozano, don Emeterio Martínez, don Benjamín Sánchez, don Miguel y don Perico Bernal, don Cándido Remartínez, doña Rocío Lechuz, don Ramón Blasco Trasobares, don Mariano Cristóbal, don José Luis Enguita Montón y, sobre todo, la base documental de don Jesús Blasco Sánchez.

Además, mi recuerdo y agradecimiento a quienes nos precedieron en el tiempo y ya no están entre nosotros.

ATECA EN EL ANUARIO GENERAL DE ESPAÑA (BAILLY-BAILLIÈRE-RIERA) DE 1933

Jesús MARTÍN MONGE



EL presente trabajo corresponde a los datos que sobre nuestra villa nos da el Anuario General de España (Bailly-Baillièrre-Riera) de comercio, industria, profesiones, elemento oficial, agricultura, ganadería, minería y propietarios, correspondiente a 1933.

No son datos contratados con otras informaciones, puesto que no pretende ser otra cosa que la enumeración de unos datos curiosos que a unos les traerán recuerdos de su niñez o juventud, espero que agradables, y a otros les dará a conocer algunas cosas curiosas: establecimientos desaparecidos, unos pocos establecimientos y profesionales cuyos descendientes continúan en ejercicio, apellidos desaparecidos de Ateca, etc. Al lado de algunos de los nombres de comerciantes he añadido en cursiva la localización aproximada donde estarían situados hoy los establecimientos, contando con que algunos edificios o locales habrán visto cambiar su fisonomía, habrán sido sustituidos por otros o derruidos definitivamente.

En cuanto a las poblaciones que componían el Partido Judicial de Ateca, unidad administrativa por la que tras la provincia se divide la información del Anuario, únicamente las enumero con el número de habitantes de derecho, pues sería muy prolijo dar también el resto de los datos que aporta el Anuario. Junto al número de habitantes que estas poblaciones tenían en 1933 según el Anuario, incorporo una columna con los habitantes del catastro de 1990, de forma que se pueda comprobar la dramática disminución producida en la mayoría de las poblaciones y que globalmente supone que en 62 años ha disminuido en un 63% aproximadamente. Como curiosidad y empleando las mismas fuentes, Calatayud habría pasado de los 10.016 de 1933 a los 17.300 de 1990, creciendo aproximadamente un 73%, aunque la comparación de estos datos no tiene ningún significado esencial.

PARTIDO JUDICIAL DE ATECA

ATECA.—Villa, cabeza de partido de 2.940 habitantes de hecho y 2.988 de derecho; con Ayuntamiento de 3.069 habitantes de hecho y 3.096 de derecho; a 109 km. de la capital (Zaragoza). Carreteras a Soria, por Torrelapaja, de Madrid a Francia y al Monasterio de Piedra y Molina de Aragón. Fertilizan su término tres ríos: Jalón, Piedra y Manubles. Feria del 16 al 20 de septiembre y fiestas el 3 de febrero y el 8 de septiembre. Produce vino, patatas, judías, cáñamo, remolacha, cerezas, peras y manzanas; cría ganado lanar, cabrío y vacuno. Tiene estación de ferrocarril a 1,5 km. (Madrid-Barcelona), telégrafo, teléfono y correos (con giro postal hasta 1.000 pesetas).

Ayuntamiento¹

Alcalde: Don Enrique Bendicho. Secretario: Don Ángel Ortiz.

Correos Estafeta Don Floro Álvaro.

Escuelas Nacionales

Profesores: Doña Juana Águila, doña Pilar Bergua, doña Modesta Marcellán, doña Ángela Moreno, doña Carmen Yagües, doña Benilde Alfaro, doña Carmen Grilés, doña Pilar Peco, don Florencio Pérez, don Anselmo Ibáñez, don Juan Pérez, don Ernesto Peñín, don Alfredo Asensio, don Tomás Orrios, don Constancio Téllez, don León Gálvez.

Juzgados

De 1.^a Instancia. Juez: Don.....

Secretario judicial: Don Antonio Noguerol.

Municipal. Juez: Don Ángel Sánchez.

¹ El Ayuntamiento salido de las elecciones del 12 de abril de 1931 y que tomó posesión el 15 tras la proclamación de la República el día 14, estaba compuesto por: Alcalde, Enrique Bendicho Cristóbal; primer teniente de alcalde, Antonio Álvaro Pérez; segundo teniente de alcalde, Agustín Ayerbe Bartolomé; interventor, José Saldaña Pérez; concejales: Enrique Moreno Ibáñez, Joaquín Tejero Pascual, Justo Campos Duce, José Duce Campos, José Sánchez Fuentes, Miguel Vigaray Álvarez y Rafael Bosch Fraile. Posteriormente hubo algunas dimisiones que no ha lugar a su enumeración aquí. (Libro de Actas del Ayuntamiento).

Fiscal: Don Hermenegildo González.

Secretario: Vacante.

Iglesias

Filial: San Francisco. Capellán: Don Jesús Núñez.

Parroquia: Santa María. Párroco: Don Benigno Hernández. Coadjutor: Don Esteban Hernández. Beneficiado: Don Juan Tomás.

Matadero

Director: Don Ricardo Cristóbal.

Registro de la Propiedad

Registrador: Vacante.

Sanidad

Subdelegado de Medicina: Don José Payno.

Teléfonos

Jefe encargado: Don Manuel Vigaray Álvarez.

Telégrafos

Jefe: Don Francisco Trigo.

Abacerías²

José Aguilar (*calle Goya, hoy autoservicio de Ángel Martínez*), Hijos de Desiderio Álvaro (*calle Goya, hoy Ibercaja*), Blas Campos (*calle Goya, hoy Ferretería Francia*), Manuel Cantería (*en calle Arenal*), Miguel González (*calle Real, hoy carnicería de Santiago*), Jesús Millán, Victoriano Molinero (*plaza España, junto al arco*), Viuda de Rafael Saldaña (*calle Goya, hoy bar Toño's*), José M.^a Velilla (*Cuesta Capuchinos, donde estuvo SAUR*).

Abogados

Fernando Benito, Pedro Colás, Mariano Muntadas, Ángel Ortiz.

² Establecimiento donde se vende aceite, vinagre, legumbres secas, etc.

Depósito de abonos minerales

Rafael Saldaña Pérez (*avenida San Blas, frente a la ermita*).

Almacén de aceites

Pedro Monje (*calle Goya, actualmente Banco Zaragozano*).

Fábricas de aguardientes y alcoholes

Hijos de Mariano Montón (*plaza del Mesón, supermercado Kike*),

Hijos de Francisco Sánchez (*calle Goya, esquina de la pasarela*).

Maestros albañiles

Juan Carranza, Pablo Duce, Silverio Lozano, Julián Lozano, Luis Pérez.

Alpargaterías

Justo Campos (*calle Goya, Ferretería Francia*), Genaro Maestro (*calle Goya, hoy cafetería Attacum*), Viuda de Casildo Parral (*calle Real, hoy pescadería Manolo*), Alfredo Sola (*calle Real, hoy bar Bulvar*).

Exportación de alubias

Rafael Saldaña Pérez.

Servicio de automóviles

De Milmarcos a Calatayud: 5 pesetas.

De Molina de Aragón a Calatayud, diario: 8 pesetas.

De Torrijo a Calatayud, diario: 0,10 pesetas/km.

Sucursal del Banco Zaragozano

Director: Don Francisco Duce.

Bandas de Música

Municipal. Director: Don José Enguita.

Santa Cecilia. Director: Don Luis Aguilar.

Barberías

Francisco Sánchez (*calle Goya, vivió Zarza*), Pascual Tobajas (*calle Goya, donde siempre*).

Cafés

Amistad: Viuda de Leonardo Moros.

Universal: Ignacio Aparicio (*calle Goya, hoy bar ATK*).

Carnicerías

Agustín Ayerbe (*calle Real, hoy fontanería Crespo*), Viuda de Jesús Ayerbe (*Areal Bajo*), Lope Fraguas (*calle Goya, hoy Flores M.^a Luisa*), Miguel González (*calle Real*), Gregorio López (*Arco calle Real*), Antonio Monge (*plaza España, hoy carnicería Félix*), Pedro Sánchez.

Carpinterías

Enrique Aparicio (*calle Abadía, frente a zapatero*), Ramón García (*calle Real, aún existe*), Vicente Soria (*carretera Torrijo, donde los terreños*).

Construcción de carros

Cayo Hernández (*carretera Torrijo, carreros*).

Empresa de carruajes

Guillermo Sémper (*avenida San Blas, 3*).

Servicio de carruajes

Al Monasterio de Piedra, correo diario: a las 6; 3,50 pesetas.

A Torrijo, correo diario: a las 8 m.; 3,50 pesetas³.

Comisionista-Representante

Rafael Saldaña Pérez.

Confiterías

Viuda de Melitón Aparicio (*calle Goya, donde siempre*), Victoriano Molinero (*plaza España*), José Monje (*calle Goya, Zaragozano*).

Almacén de conservas de pescado

Pedro Monje (*calle Goya, Zaragozano*).

³ Foto, en página siguiente, propiedad de Jesús Blasco.



Cordelerías

Justo Campos (*calle Goya, Ferretería Francia*), Blas Duce (*plaza España, carnicería López*), Viuda de Ramón Júdez, Genaro Maestro (*calle Goya, Attacum*), Viuda de Casildo Parral (*calle Real, frente Bulevar*), Alfredo Sola (*calle Real, Bulevar*).

Corresponsales

De bancos: Viuda de M. Santaliestra.

De periódicos: María Borja, Vicente Calleja.

Cristales (Almacén)

Alfredo Sola (*calle Real, Bulevar*).

Cubero tonelero

Antonio Blasco (*plaza Costa*).

Almacén de curtidos

Viuda de Filomeno Acero (*calle Goya*).

Fábrica de chocolates

Viuda de Francisco Hueso (*calle Bodeguillas*).

Fábrica de electricidad

Viuda de Francisco Hueso (*calle Bodeguillas*).

Almacén de escabeches

Cristóbal Bernal (*calle Goya*), José Monge (*calle Goya, Zaragoza*),
Rafael Saldaña (*avenida San Blas*), Alfredo Sola (*calle Real, Bulevar*).

Estancos

María Borja (*calle Goya, comercio Amparo*), José Inogés, Blas Olivas
(*calle Goya, hoy Bansander*).

Farmacias

Isidro Benito (*plaza del Mesón, Chus*), José Bermúdez (*Areal Bajo*).

Ferrocarril

Jefe de estación: Don Luis Marín.

Fotografía

Francisco Borja (*paseo del Prado*).

Cosecheros de frutas

Eufemio Abad, Viuda de Filomeno Acero, José Aguilar, Hijos de Esteban Azpeitia, Viuda de Cirilo Bendicho, Pascual Florén, Viuda de Francisco Hueso, Hijos de Montón.

Exportadores de frutas

Francisco Aguaviva, José Aguilar, Justo Campos, José M.^a Florén, Rafael Saldaña Pérez, Viuda de Rafael Saldaña Raga.

Almacén de frutos coloniales

Pedro Monje.

Almacén de coloniales

Pedro Monje Escolano.

Criadores de ganado cabrío

Antonio García, José García, Manuel García, Francisco López, Cayetano Mamblona, Pascual Monge.

Criadores de ganado lanar

Eufemio Abad, Viuda de Filomeno Acero, José Aguilar, Félix Cebolla, Martín García, Miguel González, Gregorio López.

Criadores de ganado vacuno

Manuel Bernal, Blas Campos, Justo Campos, Lope Fraguas, Miguel González, Victoriano Júdez, Santiago Morte.

Garaje

Antonio Rubio.

Comercios de géneros de punto

José Blasco, Baldomero Jimeno (*calle Goya, boy Sola*), Orencio Puertas (*calle Goya, boy Amparo*), José M.^a Velilla.

Granjas agrícolas

Armantes: Viuda de Fernando Hueso.

Casa de los catalanes: Viuda de Filomeno Acero.

Montenuevo: Del Estado.

La Toba: Hijos de Esteban Azpeitia.

Comerciantes en granos

Hijos de Desiderio Álvaro, Baldomero Benito.

Herrerías

Ildefonso Acero (*calle Las Vegas*), Blas Olivas (*calle Goya, Bansander*), Domingo Pacheco (*Arco Arial, calleja al río*).

Hojalatería

Felipa Torres (*calle Goya, bar Bernal*).

Casas de huéspedes

Manuel Blasco (*avenida San Blas, 4*), Viuda de Leonardo Moros (*Areal Bajo*).

Lecherías

(Los criadores de ganado vacuno).

Fábrica de leñas

Jorge Civil (*plaza España, carnicería Félix*).

Librería

María Borja (*calle Goya, comercio Amparo*).

Comercios de loza

Cristóbal Bernal (*calle Goya, pescadería*), Alfredo Sola (*calle Real*).

Taller de maquinaria

Antonio Rubio.

Depósitos de máquinas de coser

Orencio Puertas (*calle Goya, Amparo*), Máximo Sanz.

Médicos

José M.^a Coderque, José Payno.

Notario

Vacante.

Panaderías

Antonio Aparicio (*Areal Alto, horno*), Enrique Aparicio (*Areal Alto*), Rafael Bosch (*La Solana*), Manuel García (*Carrel Horno*).

Pescaderías

Cristóbal Bernal (*calle Goya*), Alfredo Bochs, Rafael Saldaña, Alfredo Sola (*calle Real*).

Posadas

Nueva: José Duce (*calle Goya, junto Ibercaja*). Parador del Puente: Ramón Sémpser (*avenida San Blas, 1-3*). San Ignacio: Faustino Moreno (*calle Goya, Bernal*).

Procuradores de los tribunales

Nicolás Borja (corresponsal de esta publicación), Francisco Ortega.

Almacén de productos enológicos

Enrique Bendicho.

Profesora de Taquigrafía

María Borja.

Quincallerías

Viuda de Filomeno Acero (*calle Goya*), José Blasco, Baldomero Jimeno, Orencio Puertas, José M.^a Velilla.

Productores y exportadores de remolacha

Viuda de Filomeno Acero, José Aguilar, Hijos de Esteban Azpeitia, Viuda de Cirilo Bendicho, Hijos de Galindo, José Galindo, Viuda de Ramón M.^a Gimeno, Viuda de Fernando Hueso, Viuda de Francisco Hueso, Hijos de Montón, Hijos de Francisco Sánchez, Clemente Sémpere.

Almacén de salazones de pescado

Miguel González (*calle Real*), José Monge (*calle Goya*), Alfredo Sola (*calle Real*).

Sastrerías

José Duce (*plaza España*), Pedro Larena, Manuel Pérez, Julián Pozo (*calle Real, frente Bulevar*), Ricardo Gil (*plaza Costa, palacio*).

Taller de sillas

Fermín Pérez (*Areal Bajo*).

Sociedades

Centro Socialista Obrero, Junta de Alfarda de Riegos, Sindicato Agrícola.

Tabacos

Representante de la compañía arrendataria: Don Enrique Bendicho.

Tabernas

Blas Duce (*plaza de España, carnicería López*), Gregorio Mamblona, Miguel Pérez (*calle Goya, pastelería Pilar Peña*), Manuel Soriano (*calle Goya, entre Attacum y Goya*).

Teatro

Liceo Atecano, S. A. (*calle Real, actual cine*).

Comercios de tejidos

Viuda de Filomeno Acero (*calle Goya, junto a Toño's*), Orencio Puertas, José M.^a Velilla.

Vaquerías

(Los criadores de ganado vacuno).

Veterinario

Gonzalo Ruiz.

Hornos de yeso

Ventura Beltrán (*en Barranco de los Hornillos*), Ignacio Cañas (*en Barrio Nuevo*), Genaro Maestro (*en calle Cárcel, junto al puente sobre la vía férrea*).

Zapaterías

José Abad, Domingo Duce (*en la plaza de España*), Francisco Pérez, Orencio Puertas, Manuel Soriano.

POBLACIONES PERTENECIENTES AL PARTIDO JUDICIAL DE ATECA

	1933	1995
Ateca	3.096 hab.	2.104
Alconchel de Ariza	775 hab.	185
Alhama de Aragón	2.038 hab.	2.038
Aniñón	1.659 hab.	945
Aranda de Moncayo	1.899 hab.	285
Ariza	2.342 hab.	1.375
<i>Barrio:</i> Arizuela	64 hab.	
<i>Caseríos:</i> San Francisco Vadillo	104 hab.	
Berdejo	287 hab.	44
Bijuesca	853 hab.	144
Bordalba	585 hab.	112
Bubierca	614 hab.	118
Cabolafuente	700 hab.	101
Calmarza	510 hab.	118
Campillo de Aragón	716 hab.	223
Carenas	932 hab.	240

	1933	1995
<i>Caseríos:</i> Granja de Cocos	26 hab.	desaparecido
Somed		desaparecido
Tranquera	10 hab.	desaparecido
Castejón de las Armas	609 hab.	165
Cervera de la Cañada	851 hab.	396
<i>Caseríos:</i> El Cosero	27 hab.	
La Virgen	18 hab.	
Cetina	2.460 hab.	814
Cimballa	480 hab.	131
Clarés de Ribota	489 hab.	107
Contamina	227 hab.	79
Embid de Ariza	532 hab.	96
Godojos	424 hab.	99
Ibdes	1.487 hab.	625
Jaraba	710 hab.	333
Malanquilla	572 hab.	161
Monreal de Ariza	612 hab.	336
Monterde	856 hab.	201
<i>Caserío:</i> Llumes	110 hab.	
Moros	1.380 hab.	582
Nuévalos	1.037 hab.	329
<i>Caserío:</i> Monasterio de Piedra	50 hab.	
Oseja	329 hab.	20
Pozuel de Ariza	332 hab.	29
Sisamón	635 hab.	123
Torrijo de la Cañada	1.800 hab.	472
<i>Caserío:</i> Campo Alavés	17 hab.	
Valtorres	424 hab.	115
La Vilueña	422 hab.	109
Villalengua	1.172 hab.	485
<i>Barrio:</i> Calleja Batán	18 hab.	
<i>Caserío:</i> Santa Eulalia	10 hab.	
Villarroya de la Sierra	2.224 hab.	852
Monasterio de la Virgen de la Sierra		
Valdemaguillo: Vedado de caza		

ANTIGUOS OFICIOS ATECANOS*

María BLASCO LÁZARO



I. INTRODUCCIÓN

DEDICO este trabajo a dos hombres muy especiales en la artesanía y, por lo tanto, en la cultura de Ateca: Francisco Lázaro Herrero y Jerónimo Martínez Villarmín, que uno con la piel y otro con el barro forjaron unas culturas materiales con rasgos propios de nuestra tierra. Y aunque olvidados y desconocidos para muchos de nosotros, siempre quedará su recuerdo reflejado en sus obras artesanales que guardan con celo algunos habitantes de nuestra localidad.

II. ALFARERÍA

1. INTRODUCCIÓN

Quienes conocemos un poco el tema de la cerámica, sabemos el poder de atracción que ejerce este arte. Se encuentra tanto en la sencillez de su materia básica, el barro, como en la difícil labor de manejar el torno. Estas y más cosas han sido las razones que me han empujado a trabajar sobre la Alfarería en Ateca.

El trabajo que a continuación se va a desarrollar es el resultado de muchas tardes en compañía de este alfarero, tardes de invierno bajo el calor del fuego del hogar de su obrador y tardes de verano bajo la sombra de las hiedras y parras que resguardan el alfar.

* Este trabajo fue galardonado con el 1.º premio del concurso sobre Temática Ateca, sección Historia, del año 1997.

2. HISTORIA

Vamos a centrarnos en el origen de la Alfarería en Ateca. Nuestro alfarero desciende de padres y abuelos alfareros; de sus dos hermanos, uno de ellos también se dedicó a este oficio, a éste se le conocía en Villafeliche como «El tío Puchericos».

Jerónimo Martínez, más conocido en Ateca como «El Vajillero», nació en Villafeliche en 1924. A los cinco años, cuando salía de la escuela, ya se sentaba junto a su padre e intentaba esbozar algunas piezas en el torno, pero debido a su corta edad y pequeña estatura, sus pies no le permitían darle a la rueda. Su afición más grande por el barro que por sus estudios hizo que a los pocos años ya comenzara a crear sus primeras piezas como pucherillos, platos, preseras...

Después de cumplir el servicio militar en Alicante, decidió abrir su propio alfar, para lo cual eligió nuestra localidad.

Actualmente nuestro alfarero se encuentra jubilado, pero ello no le impide en sus ratos libres seguir modelando el barro como hizo desde que nació.

3. ESQUEMA DE TRABAJO

3.1. Dependencias y construcciones

Jerónimo a lo largo de su vida trabajó en dos alfares. Vamos a basarnos en el último, puesto que el primero ya no existe.

Su segundo alfar, más conocido en Ateca como «La Vajilla», se sitúa en la ribera del río Jalón, en medio de una gran vegetación de nogales, parras y frutales, en la carretera comarcal entre Ateca y Valtorres.

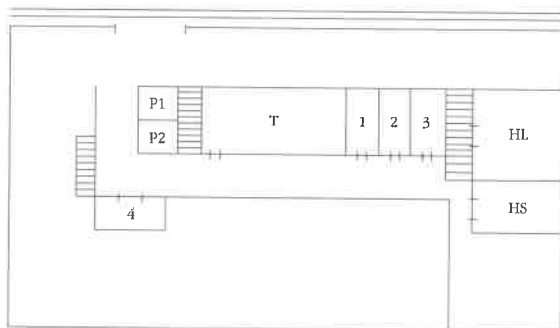


Figura 1. Plano del alfar.

P1 y P2: Pilas.

HL: Horno de leña.

HS: Horno de serrín.

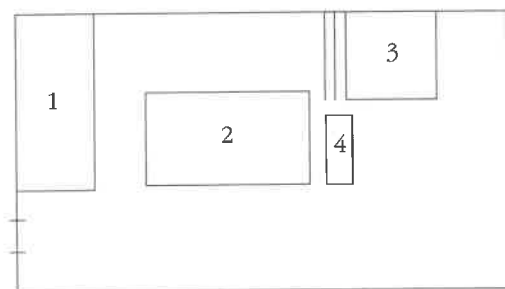
T: Taller de trabajo
(obrador).

1, 2 y 3: Almacén para la obra
cocida.

4: Almacén para la obra
sin cocer.

Obrador

En el obrador se realiza la mayor parte del trabajo: pisado, amasado y torneado del barro.



Plano del obrador.

- | | |
|---|--|
| 1. Mesa de madera para amasar el barro. | 4. Tablas de distintas morfologías para dejar las piezas recién hechas, listas para secarse (u orearse). |
| 2. Torno. | |
| 3. Hogar. | |

El resto del obrador está ocupado por pegotes de barro que se extendían en el suelo, para que se endurecieran y pudiesen ser trabajados. El resto del barro que no se iba a utilizar se colocaba en unos recipientes en el obrador, tapados con paños húmedos o plásticos para que no perdieran la humedad.

Almacenes para las obras

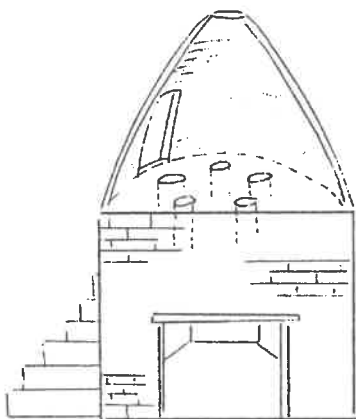
Una vez cocidas las piezas se almacenan en éste para su exposición y venta, apilados según modelos y tamaños en estantes.

Almacén de leña

Es lo que comúnmente se llama leñero, ya que aquí se almacenaba la leña que servía como combustible del horno. También, cuando era posible se utilizaba como combustible aliagas o ramas de pino que proporcionaban una mejor cocción de las piezas.

Horno

Hecho de adobes sentados con arcilla y paja para evitar que se agrietaran. Este es un horno tipo mudéjar; en él diferenciamos dos partes: crivillo y fogaina.



La parte inferior del horno es donde se coloca la leña o combustible. Esta parte se comunica con la parte superior por unos orificios por los que asciende el calor hasta la parte superior del horno.

En la parte de arriba es donde colocamos todas las piezas apiladas correctamente para conseguir ocupar el mayor espacio disponible. Tiene forma de bóveda y posee unas dimensiones de 125 cm. de diámetro en su base y 150 cm. de altura.

Era

Espacio al aire libre que servía para varios menesteres: triturar la tierra, oreado y secado de las piezas antes de la cocción, las cuales se colocaban sobre unas tablas.

Pilas

Construcciones de ladrillos con formas más o menos cuadrangulares. Este alfar constaba de dos pilas: la primera y más profunda es donde se

lavaba el barro; a continuación se pasaba a la segunda pila por un orificio de comunicación provisto de una tela metálica a modo de filtro. Este servía para reposar el barro, y era menos profunda que la anterior para facilitar la evaporación del agua.

3.2. Fabricación del producto

3.2.1. *Materia prima*

El elemento principal en alfarería es la arcilla o más comúnmente denominado barro.

Jerónimo la extraía de una zona de tierra arcillosa situada en la Sierra de Armantes, entre el término municipal de Ateca y Moros, concretamente en La Cuesta de Estevez.

Para combustible, tradicionalmente se usó leña, aliaga o ramaje de pino.

3.2.2. *Instrumentos utilizados*

Torno

El torno se forma por dos ruedas dispuestas en paralelo, la superior es de menor diámetro; en ésta es donde se sitúa el barro, y la rueda inferior, de mayor diámetro, es la que el alfarero mueve con su pie para poner en funcionamiento el torno.

Un eje de hierro une las dos ruedas.

El torno se completaba con un armazón de madera que servía de sujeción y a la vez de mesa auxiliar para colocar las piezas recién hechas. Este armazón se prolongaba por un lado para formar el asiento, y enfrente del mismo, debajo de la mesa, había una tabla donde el alfarero apoyaba el pie que no utilizaba.

Tradicionalmente este es el tipo de torno que ha utilizado el alfarero, pero actualmente se utilizan tornos mecánicos impulsados por un motor eléctrico.

Hilo de cortar

Hilo atado en un extremo a un palo. Lo usaba el alfarero para separar la pieza torneada del pastón de barro o del plato.

Esponja

Utilizada para quitar las huellas dactilares de las piezas y absorber el agua sobrante.

Tiradera

Pieza metálica o de madera de forma rectangular con cantos redondeados y con un agujero lateral o central para cogerla. Servía para quitar arrugas o rebabas de las piezas y para subir el barro al modelar.

Terrera

Recipiente cilíndrico, abierto por la parte superior y de distintas dimensiones de arcilla cocida. Contenía agua con la que el alfarero se movía las manos para facilitar el modelado de las piezas, situado en la mesa junto al torno. La arcilla que se depositaba en este recipiente se denominaba barbutina o limoja y se utilizaba a modo de pegamento a la hora de colocar asas u otros adornos.

Palo corto

Trozo de palo redondo utilizado para hacer agujeros del rallo o del pitorro de los botijos.

Navaja

Se utilizaba para hacer las rajas en las huchas o los agujeros en los bebederos.

Plumas

Eran plumas de paloma que se utilizaban para decorar las piezas con productos como margas u óxidos de manganeso, tanto en el torno como fuera de él.

3.3. Técnicas empleadas

Extracción y transporte de la arcilla

La arcilla se extraía con pico de la Sierra de Armantes, después se dejaba un tiempo al aire. Se cargaba luego con palas en volquetes o carros y actualmente en remolques y camiones.

Preparación de la arcilla

Se utilizaba un triturado para desmenuzarla bien; no obstante, quedaban siempre partículas gruesas como caliches.

Posteriormente se realizaba un cribado y colado del barro, primero se echaba el agua y después la tierra poco a poco para que se apelotonara.

Aproximadamente se ponían en una proporción del 50%. Esta mezcla se removía con palos para formar una pasta manteniéndola después en reposo unos días.

Colado

La arcilla se colaba de la primera pila a la segunda por un orificio provisto de una tela metálica.

Una vez en la segunda pila se dejaba reposar unos días para que se evaporara el agua. Después se trasladaba hasta el obrador y se depositaba en un rincón para que se fuera endureciendo.

Pisado

El pisado del barro se realizaba hasta adquirir el barro la consistencia adecuada; se pisaba para que su amasado fuera menos costoso. Para evi-

tar que el barro se pegara al pisarlo se espolvoreaba con ceniza o arena en polvo. A esto se le llamaba tender el barro.

Amasado

Posteriormente, el barro se amasaba sobre la mesa, como si se tratara de masa para hacer el pan, hasta conseguir hacer la peya, bolo de barro dispuesto ya para colocarlo en el plato del torno.

Una vez colocado en el plato, lo principal es centrar bien la peya, lo que se realizaba mediante un golpe fuerte. La masa de barro se reparte homogéneamente en torno a un eje imaginario de simetría situado en el centro del plato.

Torneado

El alfarero impulsa con el pie la rueda; de este modo le imprimía un movimiento giratorio que era transmitido por el eje al plato. Con las manos mojadas en agua de la terrera, introduciendo el dedo pulgar izquierdo en el barro, se ensachaba éste aplicando fuerza para luego profundizar más o menos según el volumen de la pieza que se fuera a modelar. Posteriormente, se realizaba el modelado de la tripa, lo cual constituía el modelado propiamente dicho.

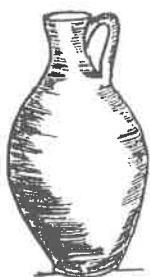
Podríamos sintetizar la labor del alfarero en el siguiente esquema:

- Torneado.
- Modelado de la tripa.
- Primer oreo; se realizaba en la era al sol y al aire, y su duración variaba según la época del año en que nos encontrásemos.
- Colocación del cuello o boca.
- Decoración a torno. Presentaba dos variables:
 - la mosca: trazos discontinuos en forma de V,
 - la culebra: trazos continuos ondulados.

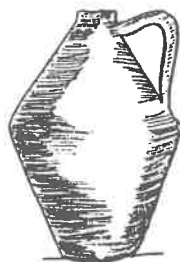
- Colocación de asas y pitorros.
- Pinturas.
- Separado del torno. Utilizando el hilo de cortar. Una vez completadas las piezas se sacaban al segundo oreo.
- Cocción:
 - cargar el horno,
 - cocción propiamente dicha,
 - comprobar la cocción, lo que se hacía observando el color de las piezas o tomando una pieza con el sacador por la boca,
 - enfriado y apertura del horno,
 - almacenaje de las piezas,
 - limpieza del horno.

4. MORFOLOGÍA DE LAS PIEZAS

Cántaro normal



Cántaro tipo Sestrica



Ambos se utilizaban para transportar agua desde las fuentes o manantiales a las viviendas, donde se almacenaban.

Botijo normal



Botijo tipo castaña (botijo de carretero)



El primero se utilizaba para almacenar agua en las casas y el segundo para transportar agua en los viajes. Se colocaba en el lateral de las bicicletas o ciclomotores o junto a las alforjas de las mulas.

Calorífero



Utilizado para calentar, llenándolo de agua caliente.

Aceitera



Almacenamiento del aceite.

Cazuelas: Cuatro asas, tres asas, preseras, viudas, miajeros, veintidosenas y volichas. Todos tenían igual morfología. Su diferencia estaba en el tamaño, de mayor a menor según la enumeración anterior. Los mayores se utilizaban para conservar alimentos y los pequeños para el tomado de los mismos. Como en el caso de las preseras, en las que se degustaban ricas sopas de ajo.



Pucheros: Preseros, viudos, miajeros, veintidosenos y voliches. Se utilizaban para almacenar líquidos. Su morfología era similar. Sólo variaba en el tamaño, de mayor a menor según la enumeración anterior.



Otras piezas: Cafeteras, teteras, macetas, platos, juguetería, huchas, bebederos, jarrones, caracoleras...

III. BOTERÍA

1. INTRODUCCIÓN

Como un sastre trabaja y corta las telas para confeccionar trajes, el botero trabajaba y cortaba las pieles con sumo cuidado y esmero para fabricar las botas y botos. Hoy en día ya no quedan apenas boteros en

Aragón. Pero hace algunas décadas, en Ateca tuvimos uno muy especial: Francisco Lázaro Herrero.

Para hacer este trabajo no he podido hablar con este artista porque desgraciadamente falleció. Pero me ha sido de mucha ayuda la información facilitada por su hija Leonor y la observación de sus obras artesanales e instrumentos utilizados.

Botas, botos y boticos, son el resultado del complejo y artesanal trabajo que realizaba este botero, hasta conseguir transformar la piel del animal en un recipiente para agua, vino o aceite.

2. HISTORIA

En Aragón, la botería se centró en Teruel, concretamente en los municipios de Monreal del Campo, San Martín del Río, etc., desde los que se extendió por todo Aragón. Nuestro botero descendía de uno de estos municipios turolenses: nació en 1914 en San Martín del Río. Aprendió el oficio de su padre, Teodoro Lázaro Tajada, el cual también era un prestigioso botero. De los siete hermanos, sólo Francisco siguió este oficio.

Años más tarde, la familia por motivos de trabajo se traslada a Calatayud, donde instalan una botería. Pero allí estuvieron pocos años, pues to que hacia 1930 se trasladan a Ateca.

Una vez en Ateca, Francisco Lázaro emprende su propio negocio, abriendo su botería en la avenida Goya, concretamente en el actual número 5.

Allí, el botero comienza a ganar muy buena fama entre sus clientes por sus excelentes trabajos: botas, botos, boticos...

Su fama se fue extendiendo por toda la comarca, incluso fuera de Aragón. Sus botas se conocían en Bilbao, Madrid, Guadalajara...

Desgraciadamente, en 1963 falleció a la pronta edad de 48 años. Tuvo dos hijas, sin ser ninguna de éstas herederas de tal artesanía.

Pero aunque se haya perdido el oficio, nunca olvidaré, y menos los que conocemos la labor del botero de Ateca, su trabajo. Sus botas todavía conservan el vino en muchas bodegas de sus amigos y clientes.

3. ESQUEMA DE TRABAJO

3.1. Instalación de la botería

Ya se ha dicho que Francisco «El Botero», en su vida trabajó con su padre en dos boterías, en San Martín del Río y en Calatayud. Pero fue en Ateca donde tuvo la suya propia.

Ésta se situaba en avenida Goya, junto a la nacional II; esta ubicación fue uno de los factores que favoreció la merecida fama de las «botas atecanas».

3.2. Fabricación del producto

3.2.1. *Materia prima*

El botero utilizaba como materia prima la piel de cabra que compraba a los pastores de la comarca.

La piel tenía que ser recia, con cuello largo y teta corta.

3.2.2. *Instrumentos utilizados*

Como aguja para coser sus botas utilizaba pelo de jabalí.

También se servía de tablas, punzones, liza, cuerdas y cuero.

Brocal

Era un instrumento de forma cilíndrica, con un agujero que daba el cierre definitivo a la bota.

Rascador

Se utilizaba para curtir la piel, raspando la salaba que se colocaba en la piel para su conservación hasta el momento de ser utilizada. Este instrumento solía ser una guadaña.

Botana

Se realizaba de madera de boj. Era una pieza de madera con forma de moneda, utilizada para arreglar la bota si ésta tenía algún agujero, a modo de parche.

Patrones

Moldes o patrones que el botero utilizaba para cortar sus botas.

Fuelles

Servían para hinchar las botas con aire. «El botero» tenía dos: uno manual y otro de pie, los cuales se conservan restaurados en propiedad particular.

3.2.3. Técnicas de trabajo

Tratamiento de la piel

El trabajo de un botero comienza con el tratamiento de la piel. Para ello, es necesario cubrirla con sal para su conservación.

Posteriormente, para curtir la piel, había que raspar la sal con el rascador. Después se realizaba el curtido, que consistía en dar a la piel numerosas vueltas con agua y otros productos para que ésta adquiriera elasticidad y buena conservación.

Corte

Con sus patrones heredados de su mejor maestro, su padre, el botero marcaba la forma de la bota en la piel, aprovechando al máximo la pieza de cuero. El mejor aprovechamiento de la piel dependía de los cálculos del botero.

Se cortaba escalonadamente el pelo de la piel, lo que permitía una mejor fijación de la pez.

Cosido

Se realizaba a mano; era una fase lenta y delicada.

Para el cosido se utilizaba la aguja (pelo de jabalí), punzón y tablas.

El hilo utilizado para coser las botas era liza de lino o cáñamo, y su lubricación se realizaba con brea o pez, lo que ayuda a atravesar el cuero.

El punzón se utilizaba para marcar agujeros previos al cosido de la piel.

La pez, hervida, se introducía con un embudo, quedando así adherida a las paredes interiores. De esta forma la bota quedaba totalmente impermeabilizada.

Fabricación de la pez

La resina acumulada en viejos pinos cortados hacía más de diez años, se acopiaba en tazos leñosos donde se quemaba desprendiendo la pez.

Colocación del brocal

Los que se utilizaban antiguamente eran de asta, actualmente son de plástico. La colocación del brocal significaba el cierre de las botas.

Parcheado

El trabajo bien acabado se demuestra si no pierde aire al hinchar la bota. Para comprobarlo, se hinchaba la bota de aire con ayuda del fuelle.

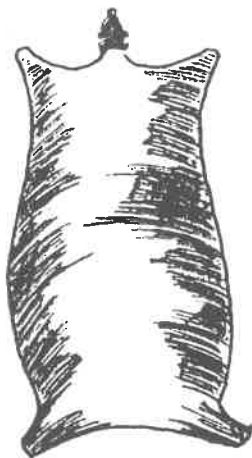
Si existía algún agujero, se realizaba el parcheado de los pinchazos. En las grandes botas, se hacía con las botanas, piezas de madera que se aplicaban en el interior de la bota reforzándolo exteriormente con una liza. Esta sería la última etapa de la labor de un botero, ya finalizada su obra maestra, sea bota, boto o botico.

4. MORFOLOGÍA DE LAS PIEZAS

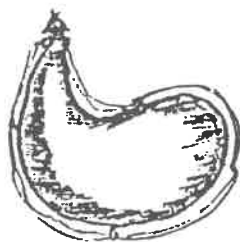
Bota



Boto



Botico



Útiles para el almacenamiento de vino o agua.

GEOGRAFÍA
Y

MEDIO AMBIENTE

RESEÑA BIOGRÁFICA DE UN CIENTÍFICO NATURALISTA NACIDO EN ATECA: FLORENTINO AZPEITIA MOROS (1859-1934)

Ramón Manuel ÁLVAREZ HALCÓN

*Seminario de Historia de la Ciencia y de la Técnica de Aragón
Universidad de Zaragoza*



1. INTRODUCCIÓN

EL científico naturalista Florentino Azpeitia Moros (Ateca, 13/3/1859 - Madrid, 2/1/1934) no es un personaje histórico muy conocido en su localidad natal, tampoco lo es en el resto de Aragón o de España. Excepto algunas breves menciones, las referencias a este científico hay que buscarlas dispersas en breves reseñas biográficas y alguna nota necrológica del primer tercio del siglo XX, aparte de las citas bibliográficas que suelen aparecer en las publicaciones de las disciplinas científicas que él cultivó. Recientemente se ha publicado una aproximación biográfica a la figura de Florentino Azpeitia Moros en la que se recogen todas estas referencias y se contextualiza su vida y obra¹.

El problema del reconocimiento histórico de Florentino Azpeitia Moros es el mismo que el de la mayoría de los científicos españoles, cuya obra no ha tenido una influencia internacional decisiva: la historia

¹ ÁLVAREZ HALCÓN (1997a). Se trata de un estudio historiográfico en el que se presentan los primeros resultados de una investigación en desarrollo sobre la figura de Florentino Azpeitia Moros, iniciada a raíz del *trabajo teórico-práctico* del postgrado en *Historia de las Ciencias y de las Técnicas* de la Universidad de Zaragoza (1995-96), a modo de punto de partida para profundizar más en el conocimiento de su vida y obra, las relaciones que mantuvo con destacadas figuras científicas de su época y sus vínculos con las instituciones científicas a las que perteneció.

de la ciencia generalmente no forma parte de esa *historia global* que viene a ser el ideal de historia que se desea construir, porque integrar la historia de las instituciones y personajes científicos en un contexto histórico político-social requiere primero investigar a fondo esas instituciones y personajes, sus relaciones y sus vínculos con las corrientes ideológicas de la época, tarea que está en buena medida por hacer o revisar.

La vida y obra de ilustres naturalistas como son, por ejemplo, Mariano de la Paz Graells Agüera (1809-98), Salvador Calderón y Arana (1851-1911), Patricio María Paz y Membiela (1808-74), Laureano Pérez Arcas (1824-94), Eduardo Boscá Casanoves (1843-1924), Artur Bofill i Poch (1846-1918), Ignacio Bolívar y Urrutia (1850-1944) y otros muchos, deberían constituir hoy en día parte de nuestro patrimonio histórico², pero no como elementos anecdóticos y descontextualizados al ser separados de otras facetas culturales de la sociedad de su tiempo y tampoco como nuevos mitos con biografías panegíricas para orgullo de sus cercanos, sino como objeto de interpretaciones críticas por parte del historiador que sean posteriormente divulgadas y objeto de nuevas revisiones.

En los últimos años se está produciendo cierto interés por la historia local y la recuperación histórica de personajes más o menos ilustres, de manera que en sus localidades natales se buscan a veces fórmulas estables para divulgar esa pertenencia. En este sentido, la figura de Florentino Azpeitia Moros no llega a ser reconocida internacionalmente como la de famosos científicos, artistas, deportistas, etc., pero al menos sí debería serlo en Ateca. Con este artículo se pretende contribuir al conocimiento de la vida y obra de Florentino Azpeitia Moros entre los habitantes de su localidad natal y otros lectores, siendo el lugar más adecuado la revista bianual de la Asociación Cultural Naturateca.

² Por ejemplo, en Zaragoza se ha recuperado la figura del sacerdote jesuita Longinos Navás Ferrer (1858-1938), cuyo legado está ubicado en la Sala Longinos Navás del Museo Paleontológico de la Universidad de Zaragoza (Edificio Paraninfo) y es uno de los impulsores materiales para la creación de un futuro museo de ciencias naturales en Zaragoza.

2. ESTANCIAS EN ATECA, ZARAGOZA Y MADRID: UNA VIDA DEDICADA A LA CIENCIA

Florentino Mariano Eufasio Amando Azpeitia Moros nació a las 22 h. del 13 de marzo de 1859 en Ateca (Zaragoza)³ y fue bautizado a los dos días de nacer. Vivió su infancia en el seno de una familia constituida por su padre, Bernardino Azpeitia Badules —natural de Calatayud (Zaragoza)—; su madre, Josefa de Moros Pardillos —natural de Aínsa (Huesca)—, y un hermano de nombre Luis. Tuvo también dos hermanastros, Joaquín y Esteban, cuya madre fue Amanda de Moros Pardillos, hermana de Josefa. Manuel Azpeitia Badules —tío de Florentino y conocido notario de la época⁴— y Valera Pardillos —abuela materna—, fueron sus padrinos de bautismo.

Bernardino Azpeitia era propietario de profesión y vivió en el n.º 2 de la calle Arial Bajo, de Ateca, al menos hasta el fallecimiento de Amanda de Moros Pardillos en 1856⁵, su primera esposa, por lo que ésta pudo haber sido la casa natal de Florentino Azpeitia Moros. Sin embargo, en la nota necrológica que le dedicó a Florentino Azpeitia un discípulo suyo⁶ consta que nació en la calle Arial Alto, y hasta el momento no se ha podido verificar con documentos cuál fue su casa natal. Josefa de Moros Pardillos era viuda antes de casarse con Bernardino Azpeitia Badules el 25 de agosto de 1857⁷, pero se desconoce que tuviera descendencia de su anterior matrimonio.

³ *Libro de Bautismos, Matrimonios y Defunciones*, Tomo 17.º (1857-60): *Bautismos*, hoja 121 (vuelto). Archivo Parroquial de Santa María, de Ateca (Zaragoza).

⁴ Como notario firmó muchos documentos que hoy en día son consultados por los investigadores; por ejemplo, Martín Monge (1996, p. 99). También fueron célebres notarios Joaquín Azpeitia Moros (hermanastro de Florentino) y su hijo, Mateo Azpeitia Esteban.

⁵ *Libro de Bautismos, Matrimonios y Defunciones*, Tomo 16.º (1856-1857): *Adultos finados*, hoja 10 (vuelto)-hoja 11. Archivo Parroquial de Santa María, de Ateca (Zaragoza).

⁶ Marín, 1934, 5.

⁷ *Libro de Bautismos, Matrimonios y Defunciones*, Tomo 17.º (1857-1860): *Matrimonios*, tres hojas insertas entre las páginas 2 y 3.

La familia Azpeitia poseía diversas propiedades —negocios y terrenos— en Ateca (Zaragoza)⁸. Poco más se sabe de sus primeros años en Ateca, localidad a la que siempre estuvo muy unido, salvo la posible influencia naturalista de su maestro de la Escuela de 1.ª Enseñanza de Ateca (Zaragoza), *D. Francisco*⁹. Ateca y sus alrededores seguramente ofrecieron un excelente entorno para que Florentino Azpeitia se iniciara en sus aficiones naturalistas. Al acabar sus estudios de primaria en Ateca prosiguió con los de secundaria en el Instituto de 2.ª Enseñanza de Zaragoza obteniendo el título de *Bachiller* en 1873 y decidió trasladarse a Madrid en 1875 para estudiar la carrera de ingeniería de minas después de realizar en el año académico 1873-74 algunos estudios en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza.

Ya en Madrid, al aprobar los cursos preparatorios para el ingreso en la Escuela especial de Ingenieros de Minas¹⁰ en octubre de 1875, comenzó la carrera en el año académico 1879-80 y la finalizó en el de 1882-83¹¹ con resultados académicos notables: una nota final de *muy bueno* y el número 3 de una promoción de 9 ingenieros de minas, la 60.ª de la Escuela especial de Ingenieros de Minas (figura n.º 1). En esta Escuela fue alumno del ingeniero de minas oscense Lucas Mallada y Pueyo (1841-1921), famoso por sus obras paleontológicas, geológicas y políticas. De este período data también su gran relación con el médico y malacólogo Joaquín González-Hidalgo y Rodríguez (1839-1923).

Tras acabar la carrera de ingeniería de minas, Florentino Azpeitia se casó el 19 de marzo de 1884 con Dolores Florén del Río (Madrid, 28/9/1859 - Madrid, 11/6/1942). El padre de ésta, Vicente Florén Cristóbal, fue un terrateniente nacido en Ateca (Zaragoza) y afincado en Madrid, y su madre se llamaba Aquilina del Río González y era natural de

⁸ BLASCO SÁNCHEZ (5, 12 y 19/1/1996).

⁹ MARÍN, 1934, 5-6.

¹⁰ Actualmente denominada *Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas*, Universidad Politécnica de Madrid.

¹¹ Expediente personal de Florentino Azpeitia Moros, signatura 103-7-3, n.º 159: *Hojas de estudios del alumno D. Florentino Azpeitia y Moros de los cursos 1879-80, 1880-81, 1881-82 y 1882-83*. Archivo de la E.T.S. de Ingenieros de Minas, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid.

Madrid. Probablemente se conocieron en Ateca, pues los padres de ambos tenían casa allí, relación que durante sus estudios en Madrid daría paso a un noviazgo estable. Ambos se trasladaron a Huelva, donde Florentino Azpeitia ejerció su profesión en el yacimiento de cobre denominado *El Lagunazo*. Finalmente, ingresó en el Cuerpo de Ingenieros de Minas el 13 de julio de 1886, siendo destinado al laboratorio de la Escuela especial de Ingenieros de Minas.



Ampliación del rostro de Florentino Azpeitia Moros obtenida de una fotografía correspondiente a la 60.^a promoción de la Escuela especial de Ingenieros de Minas (1882-83). Imagen cedida por José Mateo-Sagasta Azpeitia/Matilde Llopis de la Torre.

En Madrid, Florentino y Dolores tuvieron cinco descendientes: Luis (1885-1955), Carmen (1886-1964), Aquilino, Florentino (1891-1969) y Dolores (1893-1977). Luis llegó a ser una figura destacada en microfotografía y, además de realizar trabajos fotográficos para instituciones públicas, colaboró con su padre realizando algunas notables microfotografías. Florentino hizo la carrera de ingeniero de montes y ejerció en la Administración del Estado, con destinos en Canfranc (Huesca), Zaragoza y Madrid. Aquilino murió siendo niño y sus dos hijas no se dedicaron a una actividad laboral remunerada.

De su destino en el laboratorio de la Escuela especial de Ingenieros de Minas pasó a la entonces denominada *Comisión del Mapa Geológico de España*¹² por Orden de 29 de diciembre de 1891. Adquirió así más experiencia profesional con los ingenieros de minas Manuel Fernández de Castro (1825-95), Justo Egozcue y Cía (1833-1900), Daniel de Cortázar y Larrubia (1844-1927), Lucas Mallada y muchos otros, y desde 1892 hasta 1897 fue *vocal* de dicha comisión.

El 22 de junio de 1896 fue nombrado profesor de Geología y Paleontología de la Escuela especial de Ingenieros de Minas, y por este motivo su vinculación con la Comisión del Mapa Geológico de España cambió pasando a ser considerado *profesor* de dicha escuela *agregado* o *afecto* a la citada institución. A partir de entonces, la situación laboral de Azpeitia fue estable y entró definitivamente en contacto directo con la comunidad científica de naturalistas, de la que no tardó en formar parte.

Propuesto por el ingeniero de minas Gabriel Puig y Larraz (1851-1917), es admitido en la entonces llamada *Sociedad Española de Historia Natural* en su sesión del 2 de junio de 1897, presidida por Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), de la que fue socio numerario hasta su muerte y miembro bastante activo. Además, en 1902 es presentado por Joa-

¹² Habiéndose constituido en 1873 la Comisión del Mapa Geológico de España como continuación de la Comisión de la Carta Geológica de Madrid y la General del Reino, creada en 1849, pasó a llamarse *Instituto Geológico de España* desde 1910 hasta 1927, año en el que adquirió el más conocido de *Instituto Geológico y Minero de España*, pasando a la actual denominación de *Instituto Tecnológico Geominero de España* en 1988.

quín González-Hidalgo en la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales¹³, siendo admitido como socio fundador. En ambas sociedades su área de conocimiento científico fue primero la malacología añadiendo inmediatamente la diatomología. En 1913 ocupó el cargo anual de *presidente* de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales. Tras la transformación de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales en otra de mayor ámbito geográfico denominada *Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales* en 1919, el 16 de diciembre de 1920 formó parte de los socios fundadores de la *Sección de Madrid* de la renovada sociedad, siendo nombrado para el cargo de *vicepresidente* de la misma, al que renuncia el 26 de enero de 1921 por razones laborales, accediendo a ocupar el cargo de *vocal consejero* de dicha sección.

Aunque su actividad se desarrolló principalmente en Madrid, Florentino Azpeitia adquirió en 1897 todas las participaciones familiares de la fábrica de harinas ubicada *en el molino de San Martín que estaba en el número 1 de la calle Arenal*, de Ateca (Zaragoza), *quedando dueño absoluto* de la misma, edificio en el que llegó a montar *una central eléctrica*¹⁴. Sus intereses económicos en Ateca (Zaragoza) terminaron en junio de 1915 con la venta de la central eléctrica de su propiedad *a don Francisco Hueso Laorden en 100.000 pesetas*, que finalmente *instaló su industria chocolatera*¹⁵. La casa que tenía en Ateca junto al barranco de las Torcas, la acequia del molino y la carretera de Madrid, siguió siendo una de sus residencias de verano.

El prestigio profesional de Azpeitia iba en aumento por aquellos años: el 6 de agosto de 1918 ascendió de escala en el Cuerpo de Ingenieros de Minas a *Ingeniero Jefe de primera clase*¹⁶, el 21 de enero de

¹³ La Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales fue fundada en Zaragoza en 1902 por un numeroso grupo de naturalistas aragoneses o con interés investigador en Aragón. Entre los fines de esta sociedad científica estaban el estudio de los *seres naturales* de cualquier zona pero principalmente de Aragón, la concesión de premios, la publicación de artículos, memorias, comunicaciones y crónicas científicas, así como la organización de excursiones colectivas, sesiones y congresos científicos (ÁLVAREZ HALCÓN, 1997b).

¹⁴ BLASCO SÁNCHEZ (5/1/1996).

¹⁵ Ídem.

¹⁶ *Gaceta de Madrid*, 1918, t. III, n.º 220 (8 de agosto), 409.

1921 ascendió a *Inspector general* del ramo¹⁷ y el 13 de abril de este último fue nombrado *electo* de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid. La intensa actividad profesional y académica que realizaba Azpeitia le llevó a pedir el cese en su labor docente, que tuvo lugar el día 30 de septiembre de 1921 con su despedida de la Escuela especial de Ingenieros de Minas¹⁸, centro por el que pasó como alumno, encargado de laboratorio y profesor.

Su labor docente se recordaría años más tarde en una nota editorial necrológica por *sus cualidades de maestro, su caballerosidad y su agradable facultad de conversador fácil y ameno*¹⁹, si bien algunos discípulos consideraban que era demasiado benevolente. Cabe pensar que las clases de Azpeitia quizás no agradasen a unos estudiantes ávidos de encontrar respuestas claras y convincentes a las grandes controversias paleontológicas expuestas con ciertas dosis de vehemencia y autoridad docente, pues, lejos de esto, su preocupación profesional debió estar en sintonía con sus publicaciones, es decir, con una exposición de las distintas formas de interpretar y explicar el objeto de estudio que no siempre concluía con afirmaciones rotundas, sino más bien con la necesidad de proseguir y profundizar en las investigaciones.

Florentino Azpeitia Moros fue *correspondiente nacional* de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Zaragoza a partir del 13 de enero de 1922, perteneciendo a la Sección de Naturales hasta su muerte²⁰, y el 19 de febrero tomó posesión de académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid (Medalla de Distinción n.º 7. V.), ocupando hasta su muerte la vacante del fallecido Lucas Mallada en la Sección de Naturales. Su discurso de entrada a dicha institución, titulado *Significado y valor de las especies fósiles*

¹⁷ *Gaceta de Madrid*, 1921, t. I, n.º 22 (22 de enero), 249.

¹⁸ Libro de Actas n.º 5 (1916 a 1927): *Acta n.º 261 (sesión del 30/9/1921)*, 118-119, de la E.T.S. de Ingenieros de Minas, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid.

¹⁹ *Revista Minera*, 1934, 18.

²⁰ AUSEJO, 1987, 28 y 90.

les, como argumento en Geología, para la clasificación y distinción de los terrenos fue contestado por Daniel de Cortázar²¹.

Finalmente, pidió la jubilación al Consejo de Minería, siéndole concedida por R. D. de 9 de marzo de 1923²² con los honores de *Jefe Superior de Administración civil* como recompensa a sus méritos, terminando así una intensa etapa vital marcada por una actividad docente que restaba tiempo a la redacción de los resultados de sus investigaciones naturalistas. La jubilación favoreció que Azpeitia tuviera tiempo para redactar sus trabajos a partir de los datos acumulados a lo largo de su vida y revisar numerosas publicaciones de ciencias naturales, especialmente las de malacología. Una selecta biblioteca personal y la posibilidad de consultar las de las distintas instituciones a las que pertenecía o estaba vinculado, despertaba en él la inquietud por la investigación de los antecedentes bibliográficos de los grupos faunísticos más complejos y controvertidos. Fruto de estas investigaciones son sus extensas monografías malacológicas. Su interés por los antecedentes bibliográficos también le llevó a cultivar aspectos de la historia de la ciencia.

Durante el año 1923 ocupó el cargo de *vicepresidente* de la Sección de Madrid de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales y al año siguiente el de *presidente* de la misma, manteniéndose en el de *vocal* durante el año 1925. Sin embargo, esta sección no funcionó tan bien como la de Barcelona y finalmente desaparece. Además de formar parte de numerosas comisiones en diversas instituciones científicas, en 1929 fue nombrado *Profesor Honorario* del Museo Nacional de Ciencias Naturales y *socio honorario* de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales en 1930, asociación científica que desapareció en 1938.

En sus últimos años (figura n.º 2) probablemente padecía un cáncer de próstata²³ que le causó la muerte el día 2 de enero de 1934 en Ma-

²¹ Su discurso se publicó primero dividido en dos partes en una publicación periódica (AZPEITIA MOROS, 1922a) y posteriormente fue publicado el acto académico completo en formato de libro por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (AZPEITIA MOROS, 1922c, y CORTÁZAR, 1922).

²² *Gaceta de Madrid*, 1923, t. I, n.º 69 (10 de marzo), 869.

²³ Según relatan sus actuales descendientes.

drid²⁴, a la edad de 74 años. Atrás quedaba toda una vida dedicada a la ciencia en sus más diversas facetas: estudiante, ingeniero de minas, profesor de enseñanza superior, investigador naturalista, académico y miembro activo de sociedades científicas. Sus trabajos solían ir firmados en calidad de ingeniero de minas, profesor de la escuela del ramo y/o aca-



Retrato de Florentino Azpeitia Moros al final de su vida. Imagen sin datar cedida por Asunción Mateo-Sagasta Azpeitia.

²⁴ Libro 182, folio 361, n.º 20: *Acta de defunción de Florentino Azpeitia Moros*. Sección 3.ª del Registro Civil del Distrito de Buenavista (Madrid).

démico, pero su dedicación a la diatomología, a la malacología y a la mineralogía le caracterizaron como científico naturalista.

La noticia del fallecimiento de Florentino Azpeitia Moros fue recogida en diversas publicaciones científicas y sus restos se ubicaron en el Cementerio Sacramental de San Isidro, en Madrid; pero su tumba fue profanada y convertida en trinchera militar con motivo de la guerra civil española (1936-39) y sus restos fueron depositados en una fosa común. Todo el país acusaba los desastres de esta guerra. La misma localidad de nacimiento de Florentino Azpeitia Moros —Ateca— fue sumida en un caos²⁵ y su casa fue saqueada y destruida. Una vez finalizada la guerra, en julio de 1939 los familiares de Florentino Azpeitia Moros pudieron reconocer los restos de éste y, finalmente, fue enterrado por tercera y última vez²⁶.

Su familia decidió donar toda su colección particular de conchas de moluscos que mediante recolección personal, compra e intercambio estaba compuesta por unos 80.000 ejemplares y 8.171 especies catalogadas, más un valioso material bibliográfico y manuscritos, al Museo Nacional de Ciencias Naturales²⁷. A su vez, la colección particular de diatomeas, compuesta por más de 5.000 preparaciones microscópicas, junto con su correspondiente legado de bibliografía y manuscritos, se ubicó en el Instituto Geológico y Minero de España²⁸. La primera de éstas fue objeto de un tratamiento de conservación y recatalogación de las colecciones malacológicas históricas del Museo Nacional de Ciencias Naturales en 1987 (figura n.º 3) en el contexto de la política museológica iniciada en 1985²⁹ y está actualmente ubicada en el departamento de Colecciones de Invertebrados no Insectos de dicho museo; y la catalogación de la segunda, depositada en la actualidad en el Museo Geominero del Instituto Tecnológico Geominero de España, fue realizada junto con la de otras colecciones de destacados diatomólogos por el micrógrafo y diatomólogo

²⁵ MARTÍNEZ GARCÍA (1992).

²⁶ Su lápida puede actualmente verse en el Cementerio Sacramental de San Isidro (Madrid), patio 6.º, galería 1.ª, nicho n.º 113.

²⁷ MARÍN, 1934, 7-8, y BARREIRO, 1992, 342-343 y 347.

²⁸ MARÍN, 1934, 13-14.

²⁹ ARAUJO *et al.* (1991).

go Rafael Pastor Morales entre 1982 y 1989³⁰. Lo cierto es que la donación de todo este ingente material científico acumulado por Azpeitia tuvo el destino más apropiado ante la falta de continuación y de medios para la conservación de las colecciones por parte de la familia y ante la posibilidad de su pérdida a consecuencia de la inestabilidad social y política imperante en España en esos años.

Por otro lado, en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas de la Universidad Politécnica de Madrid, antigua Escuela especial de Ingenieros de Minas, se conservan diversos catálogos de las colecciones de malacología y paleontología pertenecientes al actual Museo Histórico Minero Don Felipe de Borbón y Grecia, ubicado en el citado centro académico, manuscritos por Florentino Azpeitia Moros. Probablemente, Az-



Detalle de la colección de conchas de moluscos de Florentino Azpeitia Moros antes de proceder a su conservación y recatalogación en 1987. Imagen inédita cedida por el Dr. Oscar Soriano (conservador del Dpto. de Colecciones de Invertebrados no Insectos del MNCN (CSIC).

³⁰ PASTOR (1991).

peitia formó buena parte de esas colecciones y las catalogó, conservó y utilizó para las prácticas de sus clases de *Paleontología*. Los ejemplares de sus colecciones de fósiles y minerales se encuentran repartidos entre el Museo Geominero del Instituto Tecnológico Geominero de España y el Museo Nacional de Ciencias Naturales.

3. PERFIL DE UN CIENTÍFICO NATURALISTA

Relatar la vida de Florentino Azpeitia Moros es en gran medida referirse a su producción científica y en buena parte ya está relatada en el punto anterior; pero para conocer su dimensión científica es preciso entrar ahora en interpretaciones y algunos detalles más.

Como se ha dicho anteriormente, Florentino Azpeitia fue de profesión ingeniero de minas, profesor de paleontología y otras materias en la Escuela especial de Ingenieros de Minas (Madrid) y profesor de ésta agregado al Instituto Geológico y Minero de España. Su interés científico se centró especialmente en el estudio de los minerales, las algas diatomeas, los moluscos y otros grupos de organismos y restos fósiles. La mayoría de sus trabajos fueron publicados en revistas especializadas, pero también quedaron muchos manuscritos inéditos.

Participó en la organización del Congreso de Zaragoza de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias (1908) y presentó en éste una comunicación titulada *La Diatomología española en los comienzos del siglo XX*³¹. Esta investigación, sus méritos docentes y otras actividades científicas, le permitieron llegar a ser miembro de la Sección de Naturales de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid y correspondiente nacional de la Sección de Naturales de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Zaragoza.

Su vida estuvo muy ligada al contexto científico del primer tercio del siglo XX en el campo de las ciencias naturales. De su actividad en la Real Sociedad Española de Historia Natural cabe destacar su interés por las co-

³¹ Se publicó primero un resumen de la comunicación (Azpeitia Moros, 1908) y unos años más tarde el estudio completo (Azpeitia Moros, 1911).

municaciones paleontológicas, por dinamizar la vida social y científica entre los miembros de la institución y entre las de su ámbito, y por mantener el ambiente de cordialidad que caracterizaba a estas reuniones científicas. También cabe destacar la influencia que desde Madrid ejerció Florentino Azpeitia en la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales, bajo su presidencia en 1913, y su continuadora, la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales, que en Aragón aglutinaron a numerosos naturalistas.

No menos importante fue su actividad coleccionista, siendo nombrado profesor honorario del Museo Nacional de Ciencias Naturales en 1929 por sus estudios de las colecciones malacológicas de dicho museo. Él mismo formó una colección particular de conchas de moluscos con unos 80.000 ejemplares y otra con más de 5.000 preparaciones microscópicas sistemáticas de diatomeas, actualmente ubicadas en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y en el Instituto Tecnológico Geominero de España, respectivamente.

La formación científica de Florentino Azpeitia Moros, a finales del siglo XIX, estuvo marcada por los altibajos de la gestión política española y las grandes discusiones científicas de la época a nivel internacional, especialmente en el ámbito de las ciencias naturales. Su obra científica, caracterizada por la elaboración de estudios descriptivos, estuvo fuertemente influida por la tradición de la *historia natural* que en su tiempo se encontraba evolucionando hacia la biología y geología modernas³². Se trata, pues, de una de las últimas figuras relacionadas con la tradición naturalista española del siglo XIX, adaptado ya a la gran especialización científica del XX.

Sin entrar aquí en una exposición detallada del contenido de la obra publicada por Florentino Azpeitia Moros, podemos distinguir dos tipos principales de estudios: por un lado, trabajos relacionados con la sistemática —clasificación, taxonomía, nomenclatura e identificación— de organismos y restos fósiles, tanto en el campo de la zoología como en el de la botánica, y, por otro, trabajos geológicos de interés bioestratigráfico y mineralógico. En ambos casos destaca la importancia que el autor da a los aspectos históricos y didácticos, como correspondía a la activi-

³² GOMIS BLANCO (1991) y PELAYO (1991).

dad profesional que desempeñó, las disquisiciones en torno a los conceptos de *especie* y *variabilidad específica* y el estudio de grupos de fauna, flora y minerales determinados en zonas geográficas concretas (combinación de estudio sistemático de grupos y estudio regional), especialmente el territorio español y, por extensión, la península Ibérica.

A pesar de iniciarse en el contexto de la producción científica paleontológica española del siglo XIX³³, las publicaciones de Azpeitia se circunscriben especialmente al primer tercio del siglo XX y tuvieron una desigual importancia en la comunidad científica de naturalistas de su época debido a que la especificidad de sus estudios hacía que la lectura crítica de los mismos fuera destinada a lectores especializados en dichos temas; el resto de los naturalistas solían recibirlos con cierto respeto y beneplácito, aunque alguno reclamaba mayor decisión a la hora de emitir juicios científicos personales sobre aspectos controvertidos. Lo cierto es que, sin dejar a veces de pronunciarse explícitamente en aquellas disyuntivas que consideraba personalmente resueltas, Azpeitia prefiere exponer los distintos puntos de vista y dejar así casi siempre abierto el debate y la discusión. De esta manera, se mantuvo en una línea de investigación internamente coherente cuya importancia histórica debe ser objeto de un doble estudio: desde el estado del conocimiento científico en su época y a partir de entonces hasta la actualidad.

En general, las obras de Azpeitia fueron empleadas por todos los especialistas coetáneos e inmediatamente posteriores a él. En cuanto a la vigencia actual del contenido de las obras de Azpeitia, lo primero que hay que señalar es que se trata de un asunto bastante controvertido. La metodología que ahora se sigue en la sistemática de los grupos faunísticos que este autor estudió es bastante diferente a la que recibió durante su formación.

El estudio de las diatomeas —diatomología— fue cultivado por un reducido pero destacado grupo de botánicos que en Aragón adquirió cierta relevancia entre el último tercio del siglo XIX y los primeros años del XX³⁴, período en el que a nivel nacional e internacional tuvo un gran de-

³³ FLORENTINO AZPEITIA MOROS colaboró con algunas descripciones de fósiles en Egozcue (1895, 38-40 y 53-54).

³⁴ LAGÜA MINGUILLÓN, 1984, 244-245.

sarrollo debido a la incorporación de las técnicas microscópicas para la elaboración de preparaciones sistemáticas de diatomeas y microfotografías con un alto valor estético. Podemos considerar a esta rama de la (paleo)botánica como ejemplo claro de cómo las aplicaciones técnicas, de microscopía óptica en este caso, fueron decisivas en el trabajo de los taxónomos de esa época. Sin embargo, estos estudios diatomológicos formaron parte de una primera etapa micropaleontológica española³⁵ que se prolongó más en nuestro país debido a una mala gestión industrial y política, lo que impidió el desarrollo y expansión de la micropaleontología moderna caracterizada por el empleo de técnicas de microscopía electrónica.

En el caso del estudio de los moluscos —malacología—, que al final de su vida constituyó el centro de atención naturalista en sus publicaciones, se da la circunstancia de que la gran variabilidad en la morfología de la concha de estos animales y el hecho de que en conchas semejantes habitan animales con órganos internos diferentes hacen aconsejable también el estudio completo de las partes blandas y es indispensable a nivel de especie para la mayoría de los moluscos de aguas continentales, por lo que sus obras al respecto están pendientes de una exhaustiva y compleja revisión. En los moluscos terrestres, además de las partes blandas, la morfología de la concha sigue siendo, en general, de bastante utilidad a nivel de especie, por lo que las descripciones de conchas que publicó Azpeitia son válidas para su discusión, pero no siempre decisivas para la determinación. En esta tesitura, algunos investigadores prefieren hacer *tabula rasa* en el estudio de estos organismos. En todo caso, obviar los importantes antecedentes bibliográficos que supone y desvela la obra de este autor no está en la línea de una investigación metodológicamente rigurosa.

Desde un punto de vista histórico es preciso considerar que los taxónomos de principios del siglo XX ya estudiaban las partes blandas de los moluscos para crear taxones supraespecíficos, pero la morfología de la concha seguía siendo entonces el elemento más importante en la sistemática de este filum. El estudio anatómico de las partes blandas de los

³⁵ Los avances en las técnicas microscópicas vinculados al desarrollo mundial de la industria petrolera hacia 1920, restaron importancia a las numerosas aplicaciones industriales de las diatomeas (MOLINA, 1984, 251-255).

moluscos con fines taxonómicos a nivel de especie no comenzó a generalizarse en España hasta bien entrado este siglo. No obstante, la morfología de la concha seguía siendo el único elemento posible para los taxónomos paleontólogos, y éste era el caso de Azpeitia.

Por otro lado, caer en el tópico de lecturas actualizadoras de la obra de Azpeitia está fuera de toda pretensión historiográfica. El contenido de las obras de este autor no debe ser sometido a un estricto análisis utilitarista, donde lo que ya no sirve se desecha, si se aspira a dar una visión histórica de una disciplina concreta. No podemos obviar que en el estudio de cientos y cientos de citas bibliográficas de géneros, especies, subespecies, formas y variedades, ofreció descripciones de unos 1.102 taxones de diatomeas³⁶, de unos 225 taxones de moluscos terrestres, de unos 300 taxones de moluscos de aguas continentales y de unos 40 taxones de otros grupos de organismos y restos fósiles (invertebrados, vertebrados e icnofósiles), citando en total 56 taxones nuevos para la ciencia, además de numerosas localizaciones geográficas (muchas de ellas de sus propias excursiones) y la identificación de ejemplares de su colección particular. Pero de este trabajo no hay que concluir que Azpeitia dio por válidos todos esos taxones.

Florentino Azpeitia Moros fue un científico que, lejos de limitarse a sus trabajos paleontológicos, se introdujo decisivamente en el estudio de las especies vivientes, de manera que nos encontramos ante un paleontólogo que abrió un diálogo directo con el mundo de la biología (botánica y zoología), especialmente a través de las lecturas y del contacto con miembros de sociedades e instituciones científicas, plasmado en sus publicaciones. Como ingeniero de minas, Azpeitia representa un caso atípico y aislado en el primer tercio del siglo XX por su visión de biólogo³⁷ y en cierto modo es uno de los precursores del acercamiento de la paleontología a la biología que tuvo lugar a partir de mediados del siglo XX.

Azpeitia apenas participó en las polémicas sobre la evolución biológica y su postura fue darwinista. Tampoco efectuó en sus textos intentos

³⁶ En FRYXELL *et al.* (1986) aparece un estudio sobre el género *Azpeitia* de diatomeas, creado en 1912 por su amigo el diatomólogo Peragallo.

³⁷ TRUYOLS, 1988, 48.

explícitos de armonizar las ciencias naturales con la religión, en su caso la de la Iglesia Católica, práctica prolífica en el siglo XIX que continúa en el siglo XX. Pero sí resulta claro que las discusiones científicas de Azpeitia se centraron continuamente en dos aspectos de la sistemática: la taxonomía y la nomenclatura de organismos y restos fósiles.

En el campo de la taxonomía, Azpeitia efectúa una crítica negativa a la llamada *escuela moderna* o *nueva escuela francesa* cuyo máximo representante es Jules René Bourguignat (1828-92), que defiende hacer tabla rasa de conocimientos descriptivos anteriores al comenzar el estudio de los ejemplares y posteriormente proceder a la descripción de especies nuevas para la ciencia siempre que se reconozca al menos tres signos característicos constantes y de importancia, con lo cual el número de especies aumenta bastante, especialmente en grupos faunísticos con alta variabilidad morfológica; pero también critica negativamente, aunque con más benevolencia, a la escuela que a raíz del surgimiento de la anteriormente citada pasó a denominarse *escuela antigua* o *clásica*, cuyo fiel representante era Georges Cuvier (1769-1832) y defendía la reunión de formas bajo una sola denominación o *especie única*.

En relación con la nomenclatura, y dada la importancia que este naturalista concedía a la discusión de los antecedentes bibliográficos, uno de los aspectos que más critica es la disparidad de criterios entre los distintos autores. También hizo hincapié en la falta de acuerdo respecto a la forma de escribir la inicial en la nomenclatura científica de organismos y restos fósiles.

El título de su discurso de entrada en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, *Significado y valor de las especies fósiles, como argumento en Geología, para la clasificación y distinción de los terrenos*, revela ya la formación paleontológica del autor; pero tras la lectura del mismo descubriremos que la frecuente defensa de la paleontología como *ancilla* de la geología no es tan acusada en este ingeniero de minas porque aporta la perspectiva de la paleontología estratigráfica en relación con la biología, ocupándose principalmente del concepto de *especie* expuesto en un marco histórico.

Según expone Azpeitia en su discurso, la labor de identificación —determinación— desempeñada por el naturalista es fundamental, es-

pecialmente a raíz de las descripciones e imágenes vertidas en las publicaciones o tras el estudio de ejemplares de las colecciones de los distintos autores. Al concepto de *especie fósil* dedica en su discurso distintos apartados en función de la complejidad que ofrece debido al proceso de fosilización y al grupo biológico al que pertenece, señalando que no hay diferencias morfológicas con una misma especie viviente y que el adjetivo fósil sólo hace referencia a su procedencia de terrenos formados antes de la época actual³⁸. En el apartado dedicado a la especie humana discute numerosas ideas y datos, ofreciendo como conclusión una definición de *era Moderna o Cuaternaria* limitada por la aparición del género *Homo*, pero por la arbitrariedad de la norma y no por la imposibilidad de encontrarse este género en terrenos terciarios en hallazgos a posteriori.

Sin embargo, Azpeitia no ahondó lo suficiente en su discurso sobre la extraordinaria importancia de la relación existente entre su concepto de *especie* y las ideas evolucionistas y antievolucionistas. En este sentido, mantuvo un cierto eclecticismo ajustándose al campo de la sistemática en el tema de su discurso, lo que fue aprovechado por Cortázar³⁹ como argumento para su contestación.

Por último, su contribución a la historia de la mineralogía española, Florentino Azpeitia se caracteriza por asumir un papel de historiador basado en la defensa y elogio de la producción científica española, realizando un estudio sobre la historia de la mineralogía en España centrado en los principales científicos y minerales españoles. También participó en una comisión para el estudio de las ciencias naturales en España integrada por los científicos naturalistas españoles más prestigiosos a finales del primer tercio del siglo XX.

³⁸ Para profundizar en la historia del concepto de *especie* en paleontología, véase el estudio de MELÉNDEZ (1988).

³⁹ Daniel de Cortázar es una figura controvertida en la historia de la ciencia, y la interpretación de su pensamiento evolucionista en relación con la de otros científicos de la época está todavía pendiente de un estudio completo, iniciado por SEQUEIROS (1992).

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: REFLEXIONES SOBRE LA RECUPERACIÓN HISTÓRICA DE UNA FIGURA CIENTÍFICA NATURAL DE ATECA

Como se indicaba en la introducción, esta reseña biográfica tiene una finalidad muy concreta: la divulgación de la vida y obra del naturalista Florentino Azpeitia Moros entre los atecanos y los lectores de esta revista en general. Y esto por razones obvias: Florentino Azpeitia nació en la villa de Ateca, aquí pasó su infancia, parte de su adolescencia y numerosas estancias a lo largo de su vida, entre las que hay que incluir sus excursiones científicas por esta zona geográfica, reflejadas en sus obras. También es oportuno aquí exponer algunas reflexiones sobre la recuperación de la figura histórica de Florentino Azpeitia en su propia localidad de nacimiento.

En numerosas localidades e instituciones se está invirtiendo tiempo y esfuerzo en estudiar, recuperar, conservar y divulgar el patrimonio histórico propio, muchas veces en colaboración con personas y entidades que ya están desarrollando iniciativas en este sentido. Algunos proyectos tienen mayor coste que otros y a veces sólo se trata de organizar muestras, actos, conferencias o exposiciones con motivo de aniversarios o períodos festivos. La figura de Florentino Azpeitia Moros debería ser un motivo más en el desarrollo cultural de Ateca, que cuenta ya con un amplio y variado repertorio de elementos como se muestra en los trabajos publicados en esta revista bianual.

En primer lugar, sería preciso reunir en una biblioteca de Ateca las publicaciones originales de Florentino Azpeitia Moros. Salvo alguna excepción, la obra publicada⁴⁰ por Florentino Azpeitia Moros se encuentra en las bibliotecas de las instituciones científicas afines al contenido de la misma; pero no es fácil acceder a estas bibliotecas, generalmente restringidas al personal de dichas instituciones y a los investigadores. Tampoco es fácil localizarlas en otros lugares y como mucho se pueden encontrar

⁴⁰ El análisis de los antecedentes bibliográficos correspondiente a su obra publicada y la formación de colecciones de ciencias naturales le llevó a redactar numerosos manuscritos que contienen resúmenes, traducciones, copias, índices, catálogos y notas, cuyo estudio está pendiente en la actualidad.

ejemplares aislados, pero nunca toda la obra reunida. Todavía es posible hallar obras de Florentino Azpeitia en alguna librería especializada en obras antiguas e incluso algunas figuran en catálogos.

Otras posibles iniciativas serían dedicarle el nombre de una calle o plaza en Ateca e incluso algún busto o placa alusiva a su nacimiento en esta villa. Por otro lado, se podrían organizar ciclos de conferencias sobre los temas científicos que Florentino Azpeitia Moros cultivó en sus obras y también sobre el contexto histórico en el que desarrolló su producción científica. En este final de siglo se está divulgando mucho la historia de finales del siglo XIX y principios del XX, y la producción científica de entonces también tiene un interesante desarrollo histórico.

En cualquier caso, las instituciones o entidades que tienen competencias en Educación y/o Cultura en Ateca, incluidas las asociaciones culturales sin ánimo de lucro, deberían ocuparse de la vida y obra de Florentino Azpeitia en la medida de sus posibilidades, contribuyendo así al conocimiento del patrimonio cultural de Ateca.

BIBLIOGRAFÍA DE FLORENTINO AZPEITIA MOROS

- AZPEITIA MOROS, F., 1903, «Restos de *Mastodon* en el cerro de la Plata junto al ensanche de Madrid», *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural*, 3(1), pp. 79-82, Madrid.
- 1908, «La Diatomología española en los comienzos del siglo XX», *Revista Minera*, 59(2183), pp. 549-551, y 59(2184), pp. 565-567, Madrid.
- 1911, «La Diatomología española en los comienzos del siglo XX», en: Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, *Congreso de Zaragoza*, 4 (Sección 3.^a Ciencias Naturales, 2.^a parte), Madrid, Imprenta de Eduardo Arias, pp. 1-320, láms. I-XII.
- 1921, «Estudio crítico de la *Pupa megacheilos* Cristofori et Jan, y de algunas formas derivadas de ella que viven en España», en: Real Sociedad Española de Historia Natural, *Tomo extraordinario publicado con motivo del 50.^o aniversario de su fundación (1921)*, Madrid, Museo Nacional de Ciencias Naturales, pp. 309-336, lám. XIX.

- 1922a, «Significado y valor de las especies fósiles, como argumento en Geología, para la clasificación y distinción de los terrenos», *Boletín Oficial de Minas y Metalurgia*, 6(59), pp. 45-60, y 6(60), pp. 23-42, Madrid.
- 1922b, «Formas de *Vertigo*, afines a la *pygmaea* de Draparnaud, recogidas en los aluviones del Ebro junto a Zaragoza», *Boletín de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales*, 21(5- 6), pp. 89-111, Zaragoza.
- 1922c, «Discurso del Ilmo. Señor D. Florentino Azpeitia y Moros. Significado y valor de las especies fósiles, como argumento en Geología, para la clasificación y distinción de los terrenos», en: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, *Discurso leído en el acto de su recepción por el Ilmo. Señor D. Florentino Azpeitia y Moros y contestación del Excmo. Señor D. Daniel de Cortázar el día 19 de febrero de 1922*, Madrid, Imprenta de Estanislao Maestre, pp. 5-62.
- 1923a, «Historia de la *Pupa Kobelti* Hidalgo y reseña de sus variaciones», *Boletín de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales*, 22(5-7), pp. 105-111, Zaragoza.
- 1923b, «El Doctor Hidalgo y sus publicaciones malacológicas», *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid*, 21(1), pp. 58-120, 1 lám., Madrid.
- 1924a, «Minerales y mineralogistas españoles», *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales de Madrid*, 21(3), pp. 249-304, Madrid.
- 1924b, «Estudio de las formas de moluscos españoles, más afines a las *Helix Cantabrica* y *Helix Oreina*», *Boletín de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales*, 23(8-10), pp. 138-177, Zaragoza.
- 1925a, «Estudio de algunas especies de moluscos dedicados al Dr. Hidalgo por diversos autores, y de otras publicadas por dicho Doctor», *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales de Madrid*, 22(2), pp. 153-186, lám. 1, Madrid.
- 1925b, «Rectificación de nombre para una *Helix* española (*H. Huidobroi* Azp.) y revisión de las especies que tienen mayor afinidad con ella», *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales (Serie Zoológica)*, 51, pp. 1-37, Madrid.

- 1927, «Noticia de un nuevo ejemplar de *Conus gloria maris* y revisión de los ya conocidos con seguridad, y de otros cuya existencia es más o menos incierta», *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid*, 23(4), pp. 511-530, lám. I, Madrid.
- 1928a, «Uebersicht der von der Iberischen Halbinsel genannten Arten der Gattung *Caecilioides* Ferussac», *Archiv für Molluskenkunde*, 60(1), pp. 1-20, Frankfort a. M.
- 1928b, «Revisión de las formas de *Caecilioides* citadas como pertenecientes a la fauna malacológica ibérica», *Memorias de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Zaragoza*, 1, pp. 1-62, Zaragoza.
- 1929a, «Algunas consideraciones sobre la enigmática diatomea española *Campylodiscus surirella* Ehrenberg», *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 15(1), pp. 109-118, Madrid.
- 1929b, «Monografía de las *Melanopsis* vivientes y fósiles de España», *Memorias del Instituto Geológico y Minero de España*, 36, pp. I-XIX y 1-402, láms. I-XIV, Madrid.
- 1931, «Comisión para el estudio retrospectivo de las Ciencias Naturales en España», *Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Madrid*, 26(1), pp. 9-12, Madrid.
- 1933a, «Datos sobre el estudio paleontológico del Flysch de la costa cantábrica y de algunos otros puntos de España», *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, 53, pp. 1- 65, láms. I-XIX, Madrid.
- 1933b, «Conchas bivalvas de agua dulce de España y Portugal», *Memorias del Instituto Geológico y Minero de España*, 38 (t. I), pp. 1-458, y 39 (t. II), pp. 459-763, láms. I- XXXVI, Madrid.
- 1935, «Conchas univalvas terrestres de España y Portugal. Géneros: *Paludina*, *Bythinia* y *Amnicola*», *Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Madrid*, 32(2), pp. 255-320, Madrid. Obra póstuma.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ HALCÓN, R. M., 1997a, «Aproximación a la vida y obra del naturalista Florentino Azpeitia Moros (1859-1934)», *Llull, Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, 20(38), pp. 7-57, Zaragoza.
- 1997b, «Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales», en: *Gran Enciclopedia Aragonesa, Apéndice III*, Zaragoza, UNALI, pp. 365-366.
- ARAUJO, R.; SORIANO, O., & RAMOS, M. A., 1991, «The mollusc collection of the Museo Nacional de Ciencias Naturales (Madrid, Spain)», en: C. Meier-Brook (ed.), *Proceedings of the Tenth International Malacological Congress* (Tübingen, 27/8-2/9/1989), 2, Tübingen, Unitas Malacologica, pp. 625-628.
- AUSEJO, E., 1987, *La Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Zaragoza (1916-1936)*, «Cuadernos de Historia de la Ciencia», 4, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
- BARREIRO, A. J., 1992, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales (1771-1935)*. Madrid/Aranjuez (Madrid), Museo Nacional de Ciencias Naturales, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Doce Calles. Edición ampliada de la de 1944 por P. M. Sánchez Moreno (ed.).
- BLASCO SÁNCHEZ, J., 5, 12 y 19/1/1996, «Industrialización; (II); (y III)», en: *La Comarca* (Retazos históricos, Ateca), 226-228, p. 14, Calatayud.
- CORTÁZAR, D. DE, 1922, «Contestación del Excmo. Señor D. Daniel de Cortázar», en: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, *Discurso leído en el acto de su recepción por el Ilmo. Señor D. Florentino Azpeitia y Moros y contestación del Excmo. Señor D. Daniel de Cortázar el día 19 de febrero de 1922*, Madrid, Imprenta de Estanislao Maestre, pp. 63-104.
- EGOZCUE Y CÍA, J., 1895, «Descripción de los equinoides fósiles de la isla de Cuba», *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*, 22(1), pp. 1-99, láms. I-XXIX, Madrid.
- FRYXELL, G. A.; SIMS, P. A., & WATKINS, T. P., 1986, *Azpeitia (Bacillariophyceae): Related Genera and Promorphology*, «Systematic Botany Monographs», 13, USA, The American Society of Plant Taxonomists.

- GOMIS BLANCO, A., 1991, *La Biología en el siglo XIX*, «Historia de la Ciencia y de la Técnica», 43, Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal.
- LAGUÍA MINGUILLÓN, M. P., 1984, «Los botánicos aragoneses del siglo XIX», en: M. Hormigón (ed.), *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias* (Jaca, 27/9-1/10/1982), 2, Zaragoza, Sociedad Española de Historia de las Ciencias, pp. 227-247.
- MARÍN, A., 1934, «D. Florentino Azpeitia Moros (1859-1934). Nota necrológica», *Reseñas Científicas de la Sociedad Española de Historia Natural*, 9(1-2), 1 lám., pp. 5-21, Madrid.
- MARTÍN MONGE, J., 1996, «El panteón de Lapeña en el cementerio de Ateca», *Ateca*, 3, pp. 97- 104, Ateca.
- MARTÍNEZ GARCÍA, F., 1992, «La Guerra Civil Española (1936-1939): repercusiones en la localidad de Ateca», en: *Actas del III Encuentro de Estudios Bilbilitanos. Calatayud y su Comarca en época contemporánea (Siglos XIX-XX)* (Calatayud, 1-3/12/1989), 2. Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos/«Institución Fernando el Católico», pp. 303-315.
- MELÉNDEZ, G., 1988, «Evolución histórica del concepto de especie en Paleontología», en: *Historia de la Paleontología*. Madrid, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, pp. 141-184.
- MOLINA, E., 1984, «Introducción de la Micropaleontología en España», en: M. Hormigón (ed.), *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias* (Jaca, 27/9- 1/10/1982), 2, Zaragoza, Sociedad Española de Historia de las Ciencias, pp. 249-261.
- PASTOR, R., 1991, «La colección de Diatomeas del Instituto Tecnológico Geominero de España», *Boletín Geológico y Minero*, 102(1), pp. 19-92, Madrid.
- PELAYO, F., 1991, *Las teorías geológicas y paleontológicas durante el siglo XIX*, «Historia de la Ciencia y de la Técnica», 40, Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal.
- REVISTA MINERA, 1934, «Don Florentino Azpeitia y Moros», *Revista Minera*, 85(3.391), pp. 17-18, Madrid.

- SEQUEIROS, L., 1992, «Daniel de Cortázar (1844-1927): un evolucionista muy particular», en: *Paleontología y Sociedad. Actas de la Sesión Monográfica de las VI Jornadas de Paleontología* (Granada, 29-31/10/1990), Granada, Sociedad Española de Paleontología y Dpto. de Estratigrafía y Paleontología (Universidad de Granada), pp. 173-181.
- TRUYOLS, J., 1988, «Desarrollo histórico de la Paleontología contemporánea en España», en: *Historia de la Paleontología*, Madrid, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 45-68.

EL CLIMA DE ATECA Y SU REPERCUSIÓN EN LA AGRICULTURA

Jesús BLASCO SÁNCHEZ



EN términos generales, podemos decir que el clima de Ateca es mediterráneo-continental. Su altitud (583'8 m. sobre el nivel medio del mar en Alicante, cota de la Estación del F. C.) y su proximidad al páramo castellano le hace estar en esa línea intermedia que, si bien le permite ciertos cultivos mediterráneos (olivo, almendro, albaricoque, etc.), la más mínima variación climatológica da al traste con sus cosechas.

La temperatura media anual es de 13,5 °C, con temperaturas de 40 °C en verano y de -14 °C en las olas de frío invernales. Si a esto añadimos una escasa nubosidad (superan los días despejados a los cubiertos, rozando la media de los nubosos los índices mínimos, o sea, 1,7 octas) con una insolación de 2.400-2.500 horas anuales, bien podemos comprender que Ateca forme parte de una zona árida (la más amplia de Aragón) comprendida entre los índices 20-40 de Lang.

Caracterizan sus veranos días agobiantes de calor producidos por invasiones de aire cálido de procedencia continental. Cuando en África Septentrional se produce una baja de origen térmico, es arrojada hacia la península una masa de aire continental procedente del Sur del Trópico de Cáncer, desierto de Sáhara y proximidades del desierto de Libia que, tras cruzar el Mediterráneo, sube por el valle del Ebro. Este aire es seco, cargado de invisibles e infinitas partículas de polvo, especialmente desértico, que hacen presentar una atmósfera turbia. Son las calimas que frecuentemente en los meses de julio, agosto y septiembre se presentan por el Sureste acompañando a estas olas de calor.

Otras calimas son las producidas en los períodos de asentamiento de las capas bajas de aire debido a la gran estabilidad de la atmósfera, bajo la acción de una situación anticiclónica prolongada y debido a la larga

duración de los días, el aire, casi estanco, se calienta más de lo que puede enfriarse durante las cortas noches estivales elevándose su temperatura de un día a otro. Las temperaturas superan entonces los 40 °C, la evapotranspiración deseca la tierra (Ateca se encuentra entre dos isolíneas de 700 m/m., es decir, su evapotranspiración potencial supera en, aproximadamente, 300 m/m. el total de precipitaciones anuales), los riegos se hacen más frecuentes y los ríos bajan de nivel e incluso alcanzan el máximo estiaje (es el caso de Manubles y Monegrillo). Si esta situación se agrava por disminuir las precipitaciones y se prolonga varios días, incluso semanas, la sequía se produce.

Para salvar estas situaciones, el agricultor atecano sigue el ejemplo de otros muchos y horada la tierra hasta sacar agua del subsuelo. Los pozos de Trasbol, Santa Cruz y Veguilla, amén de otros muchos particulares, son un ejemplo claro de la lucha que el agricultor mantiene con la Naturaleza por salvar, no ya sus cosechas, sino sus plantaciones, fruto de su trabajo cotidiano en el que ha puesto todas sus ilusiones y esperanzas.

Si la sequía persiste varios años, la continuada extracción de agua del subsuelo hace bajar el nivel freático y es preciso ahondar los pozos llegando a secarse los menos profundos y a desaparecer fuentes naturales e incluso agotarse las bolsas de agua que hay bajo el lecho del río. Esta práctica, pues, sólo debería ser válida para salvar momentáneamente la situación producida por una sequía ocasional de uno o varios años; pero sentar las bases de los regadíos permanentes con estos sistemas es apostar por una escasez progresiva de agua con unas consecuencias irreversibles si la propia Naturaleza no lo remedia prodigando las precipitaciones. Sería mucho más sensato poner en práctica cultivos alternativos que precisen menos riegos y tengan un aceptable valor de mercado.

No obstante, nuevas técnicas, como la del goteo, se están llevando a la práctica como medio de paliar la sequía con el menor consumo de agua. Por este sistema se aprovechan aguas perdidas almacenándolas en meses de abundancia en estanques artificiales o transportándolas en pequeños depósitos si de cultivos modestos se trata.

Otro agente abrasador de nuestro verano es el bochorno, ese aire caliente procedente del E o SE producido unas veces por altas presiones en Europa Central y una depresión en el Centro o Sur de la península que

originan un flujo de aire de poca intensidad y, otras, es de procedencia sahariana e inducido por un anticiclón en el Mediterráneo y unas bajas presiones en España Occidental. En contrapartida tenemos el solano, un aire fresco y regular que antaño servía para aventar en la era la parva trillada. *«Aire solano, agua en la mano. En invierno, pero no en verano»*, nos recuerda el refrán.

Los inviernos, por el contrario, contrastan con el verano por sus bajas temperaturas acrecentadas frecuentemente por olas de frío cuya procedencia puede ser triple: del Noreste con aire continental ártico, del Norte con aire marítimo ártico y del Noroeste con aire marítimo polar. La primera es la más severa y de este tipo fue la que en febrero de 1956 originó las bajas temperaturas que helaron las márgenes de los ríos. Las temperaturas bajaron desmesuradamente y fueron acompañadas de vientos violentos. Tres fueron las oleadas de aquel nefasto febrero: al principio, mediados y a finales de mes, de 3-4 días de duración cada una.

El antagónico bochorno estival lo tenemos en el cierzo invernal. Es el cierzo un viento racheado procedente del Norte, más o menos inclinado al Este u Oeste. Es un viento frío que, aunque viene de dirección del Moncayo, no es éste su origen según es creencia general. El origen más frecuente de este viento es debido a la formación de un anticiclón en el Atlántico, al NO de la Península, y una depresión en el Mediterráneo. Entre ambos centros de presión discurre una corriente de aire del Norte sobre España que, una vez en el Ebro, toma la dirección del valle. Dada su procedencia es un aire frío, especialmente si su origen es continental y además invierno. Tanto más nos alejamos del valle, la frecuencia y velocidad disminuye en cuyo centro es del 40% y 30 km./h. de media.

El matacabras y regañón son otros vientos que ayudan a hacer más crudos los inviernos atecanos. *«Aire descuernacabras, que hace llorar a los niños con barbas»* (los ancianos) y *«El aire cierzo, es bueno al sano y malo al enfermo»*, son refranes que nos previenen contra estos vientos.

Pero no son las bajas temperaturas del invierno las que el agricultor teme, sino las esporádicas y tardías heladas de la primavera de nefastos resultados para las cosechas y plantas.

Dos son los tipos de heladas: unas de advección (la clásica ola de frío) con enormes daños a la agricultura por abarcar grandes zonas, y,

otras, de irradiación, de carácter local, provocadas por un enfriamiento de las capas de aire junto al suelo por irradiación del mismo en las noches despejadas y encalmadas; si la humedad relativa es la adecuada se forma la escarcha. Estas heladas causan daños en las yemas, flores y frutos tiernos, y por su carácter local pueden, generalmente, ser combatidas. Los medios empleados son variados: desde cubrir los pequeños cultivos con materiales aislantes y producción de humo o calor mediante estufas que impidan el descenso de la temperatura, hasta otros más sofisticados consistentes en el riego de aspersión (cubriendo a los pequeños frutos con una capa de hielo, impiden que éstos alcancen una temperatura por debajo de cero grados centígrados), la producción de corrientes de aire mediante grandes ventiladores situados en torres, etc.

El número de heladas medias y su frecuencia a lo largo del año se pueden predecir mediante el estudio del mapa de isocronas medias de primera y última helada. Así, para Ateca, considerada en una altitud comprendida entre los 600 y 800 metros, el número de heladas sería de 70 a 90 comprendidas entre el 15 de octubre y el 15 de mayo, con unos porcentajes de riesgo del 40% para octubre y mayo, un 95% en noviembre, un 80% en abril y un 100% en los meses de diciembre, enero, febrero y marzo. Incluso un 5% de riesgo para septiembre y junio.

Anteriormente hemos dicho que la evapotranspiración potencial de nuestra zona es superior a las precipitaciones en 300 m/m., es decir, que sería preciso que anualmente lloviese casi el doble para que las pérdidas de humedad quedaran equilibradas con la cantidad de lluvia recibida.

Los aportes de las distintas estaciones a la totalidad anual de lluviosidad (380 m/m.) vienen expresados por los siguientes porcentajes: primavera, 30%; verano, 23%; otoño, 30%, e invierno, 17%.

Las formas de precipitación características son: aguaceros, temporales, tormentas y nieve. Otros aportes secundarios, pero que contribuyen a la humedad del suelo, son: el rocío, la escarcha y la niebla.

Los aguaceros se presentan en forma de gotas gruesas con comienzo y terminación repentinas, principalmente durante los meses de marzo y abril.

Los temporales son lluvias que precisan de una duración mínima de tres días para recibir este nombre. En Ateca, como en todas las tierras del

Sistema Ibérico, los meses de mayor porcentaje de temporales son: abril, mayo, junio, septiembre, octubre y noviembre.

Las precipitaciones en verano vienen generalmente acompañando a las tormentas. Son estos meteoros, tan conocidos y temidos por todos nosotros, unas perturbaciones atmosféricas acompañadas de lluvia, gran aparato eléctrico y, muchas veces, granizo. Los meses de junio, julio, agosto y septiembre recogen el 75% de los días de tormenta del año. Estas tormentas estivales son muy temidas por su repercusión en la agricultura ante el riesgo de granizo.

Generalmente, las tormentas aparecen por el SO con dirección al NE siguiendo el valle del Jalón, aunque no faltan las que aparecen por el SE. Cuando las nubes son de las llamadas cumulonimbus, es granizo inminente. El granizo, si tiene un diámetro superior a 5 m/m., recibe el nombre de pedrisco.

Para evitar los efectos desastrosos del pedrisco se han empleado varios métodos: desde cohetes con carga de ácido clorosulfónico o de yoduro de plata, hasta quemadores de yoduro de plata para la creación de gérmenes de condensación desde tierra. Este último método no pretende eliminar totalmente el granizo, sino que trata de impedir la formación de granizos grandes mediante la acción de los microcristales de yoduro de plata que actúan como gérmenes de cristalización de las minúsculas gotas de agua que forman numerosos gránulos de hielo incapaces de convertirse en granizo por la ausencia de agua sobreenfriada.

En Ateca, sobre los años 50, se empleaba el primer método disparando cohetes desde puntos estratégicos y altos (La Sierra, Loma del Campo, Santiago y Valdependón), corriendo dicha función a cargo generalmente de guardas jurados de la Hermandad de Labradores. Otras «casillas de tiros», como así se llamaban, existían en fincas particulares (Torre de los Catalanes) o pertenecían a otros términos como la de la Cuesta de la Barbilla.

Apenas se vislumbraba una tormenta, el encargado debía subir a su puesto y estar vigilante. Si la nube era de pedrisco disparaba sus cohetes.

Estos cohetes, cuyo costo era a cargo de los labradores y que por su limitada autonomía de elevación era de resultados dudosos, se desterra-

ron a raíz de unas fuertes pedregadas a mitad de la década que asolaron las viñas.

Años más tarde se utilizó un quemador de yoduro de plata que, situado en Santa Lucía, actuaba de la forma descrita. La eficacia de este sistema, ya desterrado, ofrece también serias dudas, puesto que los humos del quemador invierten entre cinco a seis horas para alcanzar las regiones heladas de las nubes, por lo que no hay garantías de que lleguen con la concentración suficiente.

En la actualidad se utilizan como medio de transporte del yoduro de plata hasta dichas regiones unos cohetes granífugos. Construidos en plástico, llevan unas alas estabilizadoras de vuelo y encendido electrónico a distancia; sus dimensiones aproximadas son de un metro de largo por 0,06 m. de diámetro y su peso es de 3,2 kg. Con una velocidad media de unos 275 m./sg., alcanzan una altura máxima de 2.750 m. Consta el cohete de dos partes esenciales: el motor y la cabeza del cohete. La primera va equipada con las alas estabilizadoras y en su interior lleva la carga de propulsión. La segunda, con forma cónica, contiene el yoduro de plata mezclado con la carga calorífica capaz de alcanzar una temperatura superior a los 2.000 °C en el foco de la detonación.

Aunque el coste de estos cohetes es algo elevado, su efecto rápido y muy localizado lo hacen rentable en la protección de fincas aisladas. Sin embargo, se aconseja su empleo de forma colectiva para la defensa de municipios o comarcas enteras.

La aportación de agua que en nuestra localidad hace la nieve se puede considerar escasa. Según el mapa de J. A. Bordegé de los días de nieve en Aragón, para Ateca corresponderían entre cuatro y ocho días al año. Deberían ser los meses de diciembre, enero y febrero los de mayor porcentaje de precipitaciones, pero, dada la irregularidad con que se presentan, es frecuente que no se vea la nieve en dichos meses y sí en abril e incluso mayo.

La diferencia de altura entre la cota del valle y la máxima de algunos cerros del término hace que el blanco elemento aparezca en las cumbres de estos últimos (La Sierra y Sierra del Caballero) en las previsiones de nieve hasta los ochocientos metros con la frecuencia apuntada por Bordegé. Sin embargo, la totalidad del término sólo se cubre en raras ocasiones y muy excepcionalmente alcanza los mínimos expresados.

En cualquier caso, nuestra zona es afectada por las nevadas de deslizamiento, es decir, las originadas cuando una masa de aire cálido y húmedo, asociada a vientos del Suroeste, se desliza sobre otra masa de aire frío estancado en toda la región. Por otra parte, la experiencia demuestra que la nevada es más copiosa en las cotas bajas cuando la masa nubosa sube por el valle, y afecta más a las cotas altas cuando procede de la Meseta.

El valor hidrológico de la nieve es muy alto, puesto que su lenta fusión permite una completa absorción del aporte y, en consecuencia, supone una reserva natural de agua en el subsuelo.

BIBLIOGRAFÍA

Gran Enciclopedia Aragonesa.

Recomendaciones y normas para conservación y disparo del cobete antigranizo CETME-IGUAL-3000-IAg.

CUADERNO DE CAMPO. EXCURSIÓN A BORBOJÓN

Joaquín FLORÉN CRISTÓBAL y Ana Isabel PASCUAL DUCE



22-3-98, DOMINGO POR LA TARDE

SON las 4 de la tarde y hace muy buen tiempo. Nos acompañan Ramón y Dolores.

Dejando a nuestra izquierda la antigua carretera de Ateca a Soria, hemos tomado el camino que, pasando por Valdelatorre y Borbojón, conduce a Moros. El coche lo dejamos entre los términos de Ateca y Moros, en un alto, antes de que el camino inicie un pequeño descenso hasta la fuente de Borbojón.

Nuestra intención es subir hasta el Corral de la Peña el Clavo y volver a bajar por la fuente en dirección a las antiguas minas, para terminar en el río Manubles.

El camino cruza cultivos de viñas abandonados y algún campo de cecezos. A nuestra derecha, hacia el este, podemos ver las Canteras de Santa Cruz, la Serretilla, y al fondo el Cuerno o Cruz de Armantes. Las montañas que nos rodean son de cimas redondeadas, cubiertas de vegetación baja, arbustos, tomillares y pastos.

Nada más iniciar el paseo nos sorprende la intensa floración del romero (*Rosmarinus officinalis*) por su abundancia en esta parte del término es el arbusto protagonista del recorrido de hoy. Comentamos los curiosos sistemas de polinización de esta labiada siempre verde: los insectos penetrando en la caracola buscan el néctar y se cargan de polen, porque las anteras rozan su dorso, al visitar otras flores más hechas, los estigmas de los pistilos recogen el polen en el mismo sitio del dorso. Esta característica, común en casi todas las plantas de las familias labiadas, tienen su ejemplo más típico en otras plantas también

abundantes en nuestro recorrido, las salvias (*Salvia pratensis*, *Salvia lavandulifolia*).

Otra labiada que descubrimos en nuestro paseo es el marrubio (*Marrubium vulgare*), con sus hojas muy pelosas, verdes, y arrugadas por el haz y blancas por el envés. Esta planta es utilizada en la medicina natural para las afecciones del aparato respiratorio y dicen que hace desaparecer la tos.

Otras plantas que identificamos en nuestro caminar son:

Las perpetuas (*Helichrysum stoechas*) con sus flores formadas por escamas de brillo dorado y olor pesado, fuerte. Numerosas lechetreznas, que si tronchamos su tallo arrojan un jugo lechoso e irritante para la piel. Crecen retamas, rosas caninas, espinos negros, pinos que nacen espontáneamente procedentes de semillas de las repoblaciones cercanas.

Nos desviamos de la ruta principal ascendiendo por un camino menos usado que surge a nuestra izquierda; a unos 50 m. un cartel nos advierte de la presencia de abejas; es allí donde comenzamos a subir campo a través en busca del alto de la Peña el Clavo.

En la ladera de las montañas crece el lino blanco (*Linum suffruticosum*), tóxico para el ganado que evita pastarlo, pariente cercano del lino usitatissimum, de donde se extrae el lino, una de las fibras textiles más antiguas.

Caminamos por la orilla de lo que fue una viña y cuyos bordes o raíces que sobrevivieron a su arranque se resisten a desaparecer. Al norte observamos el pueblo de Moros; detrás, el Moncayo. El Manubles discurre por el fondo del valle, bajo unas cárcavas rojizas resultado de la fuerte erosión en la montaña arcillosa.

Montones de piedras en las orillas de lo que fueron fincas, nos recuerdan el duro trabajo de nuestros abuelos y padres para hacer producir a esta tierra y la importancia que el viñedo tuvo en Ateca, sobre todo en los años de la posguerra.

Seguimos ascendiendo en busca del alto de la Peña el Clavo, a 810 m. de altitud. Esta elevación forma parte de la cadena montañosa que sirve de divisoria de aguas entre el barranco de las Torcas y el río Manubles.

Desde lo más alto disfrutamos de una magnífica panorámica de nuestro entorno. El pueblo de Moros, con sus casas que parecen colgadas sobre el Manubles, su iglesia y sus restos de murallas que lo convirtieron en la antigüedad en una fortaleza inexpugnable. Al norte siempre el Moncayo, como referente geográfico obligado de nuestro paisaje. Al oeste los pinares de Montenuuevo. Hacia el sur el valle del Jalón, los montes de la Sierra, la Chuchulana, la Atalaya y al fondo las Sierras de Pardos y de Atea con el monte de la Santa Cruz. Al este el relieve peculiar de la Sierra de Armlantes en forma de artesa invertida y detrás las sierras de la Virgen y la de Vicort.

Hablamos del pasado geológico de estas montañas. De cómo hace 500 millones de años esto era un mar poco profundo en el que se iban depositando sedimentos. De cómo es posible todavía reconocer las huellas que la marea y el oleaje dejaron en las paredes de Santa Cruz. De ese mar surgieron las montañas que forman parte del Sistema Ibérico. Montañas que con el paso del tiempo volvieron a erosionarse formando una llanura en la que excavarían sus valles los ríos Jalón, Manubles, Piedra, Monegrillo y los numerosos barrancos que a ellos desaguan. Un mundo fascinante el de la historia de nuestro paisaje; recomendamos que volváis a leer el artículo que sobre geología de Ateca escribió Javier Álvaro en el n.º 1 de la revista *Ateca*.

Siguiendo nuestro recorrido descendemos al Corral de la Peña el Clavo. Estas peculiares construcciones, muy numerosas en todo el término, nos hablan del pasado ganadero de nuestro pueblo. Se levantaron para guardar el ganado durante las noches y para proteger las hembras con sus crías; allí se refugiaban de las inclemencias del tiempo y del lobo, que a principios de este siglo aún caminaba por estos terrenos. En la construcción de sus gruesos muros, se empleaban piedras extraídas del mismo sitio donde se ubicaban, en este caso utilizando barro, pero en otros muchos colocadas sin cemento ni argamasa. Esto requería una pericia especial, sobre todo para sacar las caras de los muros perfectamente lisas. Se cubrían de vigas de madera y de teja árabe. Algunos de estos corrales los mandaban construir los propios pastores, pero otros pertenecían a los propietarios de las fincas que luego aprovechaban el estiércol o sirle de los rebaños para abonar sus tierras. Hay que recordar que no existían los fertilizantes sintéticos y este abono era valiosísimo para hacer producir a los campos.

No sólo los ganados utilizan este corral. Cuando lo rodeamos vemos al colirrojo tizón que anida en los agujeros que dejan las piedras, al zardacho que atropelladamente trataba de huir de nuestra presencia, otros inquilinos asociados siempre a los corrales son las garrapatas, que en esta época del año no estaban activas. Numerosas plantas nitrófilas, como las ortigas (*Urtica* sp.), prosperan en los suelos con alto contenido en nitrógeno, debido a la acumulación de cagarrutas y orines del ganado. Seguimos nuestro recorrido volviendo sobre nuestros pasos, hacia la fuente de Borbojón. Cantan las cogujadas y las alondras. Estas aves de colores pardos y miméticos son propias de terrenos desforestados. Las cogujadas tienen una cresta inconfundible y cantan encima de las piedras y elevaciones del terreno (parecen decir: «no me fio»). La alondra, sin cresta, tiene un canto muy melodioso que se prolonga durante varios minutos, muchas veces en vuelo y cernida, a tanta altura, que casi no se le ve. Otra ave que llama nuestra atención es un cernícalo que cruza el cielo en repetidas ocasiones sobre nuestras cabezas. Este pequeño halcón se llama así porque se cierne, es decir, se mantiene quieto en el aire, como colgado, moviendo las alas muy rápidamente. Tenemos la suerte de observar sus técnicas de caza e incluso sus rápidos picados en busca de pequeños roedores e insectos.

Descendemos rápido, buscando nuestra senda entre el intrincado laberinto de romero, espinos y aliagas. A nuestro paso, asustamos a una pareja de perdices que inicia un escandaloso vuelo; ave de costumbres muy terrestres, prefiere andar a volar.

Un abanico de olores surge de las plantas que pisamos: tomillo (*Thymus vulgaris*), mejorana (*Thymus mastichina*), espliego (*Lavandula latifolia*), salvia (*Salvia Lavandulifolia*)...

Pasamos por la fuente de Borbojón, casi escondida por algunos pinos, acacias, nogales y un platanero ya seco. La fuente surge de una pequeña cueva y hacía muchos años que no manaba, pero las lluvias de estos dos últimos inviernos le han hecho brotar.

Los mamíferos son más difíciles de observar, pero no faltan los rastros que nos delatan su presencia en la zona. Escarbaduras y acúmulos de excrementos de conejo. Letrinas y excrementos del tejón, pequeños agujeros escarbados en el suelo donde depositan las heces y que no tapan

después de usarlos, los mismos pueden ser utilizados varias veces. El tejón, carnívoro de cuerpo pesado y macizo, tiene cola y patas cortas con unas uñas muy poderosas que le permiten excavar profundas madrigueras, vive en grupos familiares y su dieta incluye pequeños vertebrados, lombrices, insectos, larvas y frutos silvestres. Es exclusivamente nocturno, dejando el cado a la puesta del sol y volviendo al amanecer.

Descendemos por el barranco que nos conducirá a las minas. Las currucas capirotadas salen a nuestro paso, buscan cobijo entre las aliagas y romeros; en esta ave es característica su «boina» negra.

Llaman nuestra atención una pareja de abubillas, las primeras que vemos este año; las reconocemos por su vuelo amariposado, la cresta grande, el pico largo y su canto (pu-pu-put). Todas las primaveras vuelven a nuestros campos después de pasar el invierno en África.

En el barranco y alrededor de la boca de las minas crecen ejemplares de sabina negra (*Juniperus phoenicea*), arbolillo de follaje denso y oscuro, forma piramidal y hojas parecidas al ciprés; sus frutos redondos, gálbulos, son de color marrón. La sabina mora, como también se le llama, no suele formar bosques, sino que aparece acompañando a la encina y a los pinares. Su gran resistencia a las temperaturas extremas, a la sequía y al viento le permite ser colonizadora de escarpes y cornisas rocosas como las que ahora recorremos. También aquí, como en otros parajes de Ateca, aparece acompañada del espino negro (*Rhamnus Lycioides*).

Ascendemos por las escombreras de las minas buscando su entrada. Estas minas fueron explotadas durante el siglo pasado y en ellas se extraía cobre, plomo y antimonio. Una de ellas tiene forma irregular, a modo de gran cueva, se utilizó también como corral de ganado, la otra tiene forma de galería. Una vez dentro nos percatamos de la presencia de algunos murciélagos; estos mamíferos, los únicos que pueden volar igual que las aves, emiten ultrasonidos a través de la boca, que al chocar con un objeto son reflejados y posteriormente recogidos por las orejas. A partir de estos ecos, son capaces de dibujar una imagen de su entorno y así ver en la más absoluta oscuridad.

Ya en el exterior, seguimos haciendo observaciones de las distintas plantas que crecen en estas paredes, como los zapaticos de la virgen (*Sarcocapnos enneaphila*), típica de los muros calizos sombreados, o las

varas de San José (*Asphodelus albus*), o la digital negra (*Digitalis obscura*).

El sol empieza a ponerse por el horizonte; aún nos da tiempo para bajar hasta la orilla del río Manubles, tratando de adivinar la desaparecida senda por la que los materiales de las minas eran transportados en caballerías a la casa de la mina, situada en lo alto de Santa Cruz, al otro lado de la Peña del Águila. Eran tiempos en los que la mano de obra apenas contaba y hacía rentable la extracción de las pequeñas cantidades de mineral. Tiempos de trabajo duro y fiambarrera escasa.

La tarde está agradable, y entre conversación y paseo nos vuelve a sorprender la noche cuando llegamos al coche. En total, el recorrido nos ha costado unas 4 horas, también es verdad que hemos ido bastante tranquilos.

NARRATIVA HISTÓRICA

DOS VIAJEROS EN ATECA*

Francisco TOBAJAS GALLEGO



EL preciso día dedicado a los Santos Inocentes, el viajero, aleccionado por su amigo, que gusta recorrer los pueblos cualquier domingo a pie de obra, hasta que le duelen los calcañares y las pantorrillas de tanto subir y bajar costanillas, rúas, callejuelas, carreras y plazoletas, se dejó convencer para hacer una visita a Ateca. Aquel día el cielo estaba gris y el frío cortaba como una navaja de afeitar, pero nada desalentó al viajero y a su inseparable amigo, que llevaba tiempo y tiempo recordándole la visita prometida, pues aunque el viajero había pasado y tras-pasado la travesía de Ateca en infinitud de ocasiones, no recordaba nunca haber recorrido sin prisa las calles de la villa.

Y como vale más tarde que nunca, el viajero se arropó convenientemente y se dispuso a seguir a su amigo, que le hablaba ya a esas horas de la mañana de la denominación de origen de las afamadas judías blancas de Ateca, de los roscones de San Blas, del «Parapilekia atecae», un curioso fósil del grupo de los Trilobites; del noble linaje de los Ateca, oriundo de la villa, del perplejo y joven Baltasar Gracián, de la partida de Torrecid, que recuerda la estancia del Campeador, de las guerras carlistas y hasta del encuentro en Ateca de José Durán y Juan Martín «el Empecinado», en los difíciles días de 1810.

Al lado del puente nuevo, en los pequeños huertos familiares que ocupan la misma ribera del Jalón, crecían las coles, las escarolas, los tallos, las acelgas, la borraja y hasta los bisaltos. El amigo del viajero señaló el ramal de la carretera que llega hasta tierras de Soria, siguiendo la ribera del Manubles, mientras recitaba esta copla:

* Este trabajo ha sido galardonado con el 1.º premio del concurso sobre Temática Ateca, Sección Narrativa, del año 1998.

*En Torrijo son los brutos,
en Villalengua los falsos,
en Moros los alcagüetes
y en Ateca los borrachos.*

—¿Y no cree usted que estas coplas son obra de insatisfechos inspectores de Hacienda, o bien de interventores bancarios con úlcera de estómago, o de desazonados corredores de comercio, o de párrocos aquejados de flatulencias, o de cualquier envidioso que cultiva celosamente la ingratitud?

—Si usted lo dice, sus razones tendrá para mantener tan arriesgado parecer.

Según reputados hagiógrafos, al edén lo circundaban cuatro ríos. A la villa de Ateca la fertilizan tres, el Piedra, el Manubles y el Jalón, que se obstina con tozudez en taladrar perpendicularmente todas las alineaciones de la cordillera Ibérica para ir a desembocar al Ebro y no al Tajo, como sería lo más lógico. El río Piedra nace de la confluencia de muchos barrancos, no lejos de Embid, provincia de Guadalajara, en la paramera de Gallocanta. Al Piedra va a parar el río Mesa, que nace en tierras de Guadalajara y cruza Calmarza, Jaraba e Ibdes, desembocando en el embalse de la Tranquera, cerca de la ermita de la Virgen de San Daniel.

—¿Recuerda usted una copla que dice?:

*En Ateca la manteca,
en Castejón el melón,
en Carenas buenas chicas
y en Ibdes, aún mejor.*

—Me parece que la he oído en algún sitio.

A decir verdad en Ibdes se criaban buenas manzanas y en Carenas buenas judías y buenas ciruelas claudias francesas. La familia de las ciruelas claudias viene a ser tan larga o más que la lista de los reyes godos,

que la tabla de multiplicar o que el cuento de nunca acabar, aunque los tiempos van cambiando los apodos de las gentes y de los pueblos, haciendo falsas las coplas que de ellos escribieron alguna vez mozos despechados, carreteros blasfemadores, mozos festejadores y hasta pobres caminantes del tres al cuarto.

—Perdone que le importune, pero ¿no asegura la copla que los melones eran de Terror y no del vecino pueblo de Castejón de las Armas?

—Podría ser, pues el melón es un fruto tan popular como exquisito, y aun se añadía que el melonar, como el habar, malos eran de guardar. En Terror se cultivaba en tiempos mucha remolacha y ahora en cambio se dan bien las manzanas reinetas y el panizo, mucho panizo.

Pero continuemos. Ateca fue ya ciudad de los celtíberos, llamada Atakon por Ptolomeo y Attacum, según la epigrafía romana.

—¿Me puede explicar como a un bachiller atontolinado el significado de esa palabreja?

—Claro, cómo no, que la cultura es un bien al que tiene derecho todo hijo de vecino. Verá usted, la epigrafía es una ciencia auxiliar de la Historia que estudia las inscripciones sobre metales duros, se trate de piedra, bronce, mármol o cosa semejante. Lo cierto es que de una manera u otra Attacum suele identificarse con Ateca, por figurar con Bílbilis y Nertobriga en la lista de Ptolomeo. Su topónimo árabe viene a significar «la antigua» y ya en el siglo X pertenecía a los Banu Timlat. El Cid la introdujo en parias en el 1081 y por aquí pasó con su mesnada, camino del destierro. En el Poema de Mío Cid se lee: «e passo a Alfama, la foz ayuso va, passo Bovierca e a Teca que es adelant, e sobre Alcoçer mio Çid iba posar, en un otero redondo, fuerte e grand; açerca corre Salon agua nol puedent vedar».

—Ya veo, ya, que viene hoy muy instruido y enterado del tema.

—¡Cómo no, amigo mío, que el saber, como decía el sabio, no ocupa lugar y la interrogación no es más que la boca de la curiosidad!

Los viajeros cruzaron confiados el puente sobre el Manubles, que nace en la sierra del Tablado, y dieron con una gran plaza, llamada de España, donde destaca un soberbio edificio barroco, recientemente restau-

rado, que hace las veces de Casa Consistorial. En la plaza hay una fuente, donde cuatro leones de bronce ofrecen al caminante el agua necesaria para alivio de sus fatigas. Un león ofrece de sus fauces agua de la red general, que cuenta con el necesario certificado de las autoridades sanitarias, otros dos ofrecen agua de «El Encañao» y el último de «Los Hornillos». Los viajeros, un tanto indisciplinados e incorregibles, probaron el agua que no gozaba del exigido permiso de salubridad, pero ya se sabe que los viajeros han de beber agua de muchas fuentes y comer, mal que les pese, pan de muchos hornos y aguantar miradas aviesas, pero malo será que al final de la mañana oigan correr las tripas, como en retirada, o sientan algún doloroso retortijón, y entonces será tarde para lamentarlo. Por cierto, todavía se mantiene en pie la Puerta de las Fraguas, una de las viejas puertas de la villa.

—No sé si sabrá usted que sobre este río, que parece un riachuelo, cuando permanecía helado en las largas invernadas, tenían lugar unas luchas de mozos y mozas que ya describió el poeta bilbilitano Marcial en su Libro de los Espectáculos.

—Su erudición, querido amigo, es tan vasta y brillante que ya no sé cuándo habla usted en serio o en broma.

—No se lo tome a mal, pero dicen que la ignorancia es una simple y a lo mejor descuidada manera de ser feliz, pero escuche lo que escribía Marcial: «No basta César que Marte el belicoso esté a su servicio con sus invencibles armas. También te sirve la misma Venus. La fama pregona la singular empresa de Hércules. (...) Calle la antigua leyenda, pues después de los espectáculos que has ofrecido hemos de reconocer que esta proeza también es capaz una mujer». Muchos son los atecanos que recordaban haber oído hablar a sus padres y abuelos de esta lucha deportiva en Ateca, como José Ayerbe, Luz Velilla, Ángel Civil, Martín Ortín o Pascual Pérez. Cuando llegaba el tiempo, se iba pregonando por los pueblos y Ateca se llenaba de forasteros. Los luchadores se vestían de calzón corto y el más atrevido se colocaba en el centro del helado Manubles, desafiando a los presentes.

¡Quién quiere entrar
conmigo en la lucha!

¿Quién quiere conmigo luchar...?

La iba repitiendo, con sorna o sin ella, una y otra vez, hasta que su contrincante se decidía. Al perdedor le sucedía un pariente, un vecino o un amigo, que entraba a vengar su derrota. Si el mozo ganador estaba casado su mujer desafiaba a la mujer del vencido, animándose entonces la concurrencia. Al final siempre acababan estas disputas con una fiesta alrededor de un buen vino de la tierra y dulces del lugar, en la que participaban todos, los ganadores y los perdedores.

—¿Y qué ocurrió con aquellas luchas sobre el helado Manubles?

—Pues nada, a finales del siglo pasado se dejaron de realizar. Una alcaldada y unos mozos soberbios pusieron fin a tan pintorescas luchas sobre el hielo. Déjeme que le cuente. Hacia 1885 ó 1890, mandando los liberales de Sagasta, un personaje influyente apellidado Corsini, natural para más señas de Ateca y amigo del senador del distrito, invitó a éste a presenciar las luchas sobre el Manubles helado.

—Perdone que le interrumpa, ¿pero ese tal Corsini no sería italiano y trabajaría en la línea del ferrocarril Zaragoza-Madrid?

—Podría ser, y que al acabar las obras se hiciese vecino de la villa. Lo cierto es que los mozos lucharon como de costumbre y al llegar la hora del convite, el tal Corsini tentó la codicia de los luchadores pagándoles el vino. Los mozos, que entonces eran arrogantes, altaneros y un tanto insolentes con los señoritos de capital, dijeron para sí: «¿Qué quieren éstos..., que por pagarnos el vino se van a reír de nosotros? Venga hombre, no luchamos». El alcalde despechado no consintió que el senador fuese objeto de tan descarado desplante y quiso obligar a los mozos a luchar, pero ellos no salieron de sus trece y entonces el alcalde, como suele suceder, prohibió las luchas. Y tal día hizo un año y un ciento. A veces las costumbres de los pueblos tienen un final inesperado, anecdótico y casual, pero la historia es así y no vale la pena darle más vueltas.

Según Madoz, la entonces plaza Mayor, luego de la Constitución y ahora de España, tenía 82 pasos de largo y 50 de ancho, pero los viajeros no tuvieron paciencia para comprobarlo. La Casa Consistorial, de estilo aragonés, fue construida por el obrero de villa Domingo de Múxica, siendo veedor del mismo Francisco de Aguirre, obrero de villa y vecino de Calatayud, entre los años 1629 y 1634.

Según iban subiendo costanillas y callejas, el amigo del viajero se puso a contar la riada de 1895, que ya ha llovido desde entonces.

—La riada de aquel año tuvo lugar en septiembre. La noche del día 23 el Jalón y el Manubles llevaban seis metros por encima de su nivel ordinario, y comenzaron a inundar la parte baja de la villa. Varios vecinos fueron a casa de Padilla para evacuar al hojalatero del pueblo, llamado Corre, que se encontraba enfermo y en cama, trasladándolo a un lugar seguro. Los corresponsales mandaban telegramas a sus periódicos, los alcaldes al gobernador y los diputados a la Diputación y al ministro de Gobernación, como era su deber. En la madrugada del día 24 un tren salió de Zaragoza con destino a Ateca llevando material para recomponer la línea férrea, bombas y pozales. En él montó el gobernador y el obispo de Tarazona. Las autoridades creían que no podrían pasar de Ricla, pero se plantaron en Calatayud y desde esa localidad telegrafiaron a Terrer. Allí no tenían noticias de nuevas inundaciones y el tren continuó la marcha con un considerable retraso. En Terrer el maquinista pidió hachas de viento, pero en la estación no las había, y a poca velocidad partieron hacia Ateca. En el primer puente sobre el Jalón se detuvo el tren y algunos empleados encendieron luces y comprobaron que el agua llegaba a la altura de la pilastra. El tren continuó muy despacio. Afuera los campos parecían lagunas. La estación de Ateca estaba incomunicada y los recién llegados tuvieron que dar un gran rodeo por lodazales a oscuras. En Ateca les esperaban el diputado provincial señor Garchitorena; el alcalde, señor Florén; el teniente de alcalde, señor Félez, y el teniente de la Guardia Civil, señor Molina. Las calles Libertad, del Río —conocidas actualmente como Real y Goya, respectivamente— y la plaza de la villa, estaban inundadas. El barranco de las Torcas era uno de los mayores azotes de Ateca. En aquellos momentos todos admitían ya que estas inundaciones eran mucho más graves que las ocurridas en 1845 y 1880. Pero pásese usted, desde Madrid continuaban saliendo los trenes y en Ariza se llegaron a juntar 200 sorprendidos viajeros y hasta uno murió, nada se dice si del susto o de muerte natural.

Descanse aquí y contemple la Torre del Reloj mientras le acabo de contar los sucesos. Pues bien, Ateca se quedó sin luz, las aguas destruyeron la galería del teatro, llevándose todo lo que encontró a su paso. Muchos conejos y gallinas murieron, la presa para dar riego a las fincas fue arrastrada por la corriente; los vecinos, sin poder dormir, ponían a

buen recaudo sus bienes, y los de los comercios mientras sacaban el agua de las bodegas con ayuda de las bombas. Los propietarios Azpeitia, Ibáñez y Hueso sufrieron cuantiosas pérdidas. El señor Ibáñez, fabricante de alcoholes, perdió 70 bocoyes vacíos, 6 llenos de alcohol, una caldera grande y todo lo que tenía en la fábrica. En el café de la viuda de Moros el agua levantó la mesa de billar y la arrastró por el salón. Aparte de todo esto, algunos edificios se hundieron y los vecinos se refugiaron en casa del señor Antón. La presa de San Blas quedó inutilizada debiéndose aún 20.000 pesetas del préstamo utilizado en su construcción, que se pidió en 1888. Pero no quedó ahí todo; la tarde del 24 llovió de tormenta y el Manubles creció de caudal. El 25 el obispo Soldevilla dijo una misa en Santa María a la que asistieron todas las autoridades. El obispo, como no iba a ser de otra manera, pidió a los fieles resignación cristiana, pero las aguas ya rebasaban el puente colgante, que comunicaba a una parte de la villa con el barrio de San Martín, y la corriente principal del Jalón amenazaba con entrar en la villa por encima de la plaza del Mesón. En Alhama la situación era parecida. La iglesia estaba inundada, diciéndose las misas en la ermita de San Roque. En las Termas las aguas alcanzaron seis metros de altura y en el balneario de Guajardo tuvieron que ponerse a salvo, de madrugada, más de 50 bañistas. El guardia civil señor Anlló, con el agua al cuello, llevaba y traía bañistas hasta un cerro contiguo. A todo esto, ¿sabe usted quién era el tal señor Anlló?

—Además de fornido guardia, no tengo más noticias.

—Pues José Anlló, sargento de la Guardia Civil ya en 1892, natural de San Pedro de Triaba, provincia de Lugo, casado con Ana Orrio, oriunda de Villarluego, provincia de Teruel, fue el padre de cuatro hijos dedicados a los toros. A saber: Ricardo, más conocido como «Nacional I», nacido en 1891 en Calatayud; Eduardo, «Nacional III», que vio la luz primera en Saviñán la Nochebuena de 1892; Juan, «Nacional II», bautizado en Alhama un frío enero de 1897 y muerto a consecuencia de un botellazo que recibió en la plaza de Soria en 1925, y Ramiro, «Nacional Chico», que no pasó de voluntarioso novillero.

—Perdone, pero uno no es aficionado a los toros, sino más bien todo lo contrario, y eso, se quiera o no reconocer, influye bastante.

—Sigamos, amigo mío, si no dice usted otra cosa y no se aburre demasiado. Lo antes posible se habilitaron los baños para que los bañistas no sufrieran demasiado retraso en su curación, pero aquella misma tarde

hubo otra gran tormenta. En la vía férrea, destrozada entre Bubierca y Ariza, trabajaban 300 obreros que hacían castillejos de traviesas. Ni que decir tiene que en Calatayud se inundó toda la zona meridional de la ciudad, es decir, la plaza del Fuerte, la parte baja de la Rúa y algo del paseo de la marquesa de Linares, hoy Cortes de Aragón, sufriendo daños las fábricas de harina y la de papel.

La reina regente, que veraneaba en San Sebastián, envió al alcalde de Ateca, Pascual Florén, un giro con 2.500 pesetas. Y a partir de ahí todo fueron gestos de probada solidaridad. Los labradores de Calatayud se aprestaron a pedir al Gobierno que los pueblos afectados quedasen exentos de toda clase de tributación, y la misma rondalla de Calatayud ofreció un concierto en el teatro a beneficio de las víctimas de la tragedia. Tras las inundaciones se sucedieron las mesas redondas, las peticiones y las adhesiones. El 25 de octubre ya se habían recaudado 7.100 pesetas para ayudar a los afectados por las aguas del Jalón y del Jiloca. Total, que fue un año desastroso. El corresponsal de *La Derecha* había escrito de la feria de Ateca pocos días antes de las inundaciones: «La crisis que agobia a todas las clases productoras de Aragón se deja sentir de tal forma en aquéllas que las transacciones son escasas y la afluencia de forasteros no tan grande como otros años».

—¡Vaya por Dios, cuénteme usted algo más alegre, hombre!

—Como quiera. Un año más tarde, en agosto de 1896, casó la hija del alcalde de Ateca, Elvira Florén Santamaría, con el profesor del Instituto de San Sebastián, Valentín Pérez Yagüe. Todo hace suponer que fueron felices y que comieron sus correspondientes perdices, como viene siendo preceptivo.

Bajo la Torre del Reloj, levantada sobre un torreón de una antigua fortaleza, allá en 1560, obra de los maestros Maese Domingo y el morisco de Terrer Ameçot, recordó el amigo del viajero que Madoz ya había apuntado su inclinación hacia el poniente, temiendo lo peor, pero la torre aguanta en su sitio.

—Le recuerdo a usted que el castillo va a restaurarse como alojamiento, posada o parador, y a lo mejor tenemos la suerte de reincidir en esta villa y hasta de compartir alojamiento en sitio tan principal, ambicionado por romanos, cristianos, moros, franceses, carlistas y dentro de nada por forasteros transeúntes y viajeros, como usted y como un servidor.



Torre del Reloj restaurada en 1997. (Foto: F. Martínez).

—Vaya usted a saber. Lo que celebro sinceramente es que los pueblos, grandes o pequeños, vuelvan la vista hacia su historia, reciente o no, conozcan su pasado y hagan todos los posibles por recuperar y mantener un patrimonio a todas luces muy estimable, pero aún a estas alturas muy poco estimado.



Torre de Santa María. Monumento Nacional. (Foto: F. Martínez).

Desde este descansillo, los viajeros echaron la vista hacia la ribera y, tomando aliento, continuaron su ascensión hasta la parroquia de Santa María. La torre, en restauración, tiene estructura de alminar, pues la iglesia fue antes mezquita. Las campanas a estas horas del domingo llamaban a los fieles a la Santa Misa y de todas partes iban llegando hombres vestidos de domingo, señoras en continua confidencia, niñas de un desconfiante mirar y un niño con un tamagotchi en la mano.

—Los tiempos van cambiando, amigo mío, nadie sabe con certeza si a mejor o a peor. A lo mejor es que también con la edad, nos vamos volviendo más escépticos y más cascarrabias.

Los atecanos, al menos los que asisten a misa los domingos y fiestas de guardar, deben ser bastante frioleros, o el mosén quiere allanar el camino de la fe con todas las ventajas y comodidades modernas, porque la calefacción invita a quitarse el abrigo y hasta los rebozos y los convencionalismos. Destaca de la parroquia el retablo mayor, realizado entre 1650 y 1657 y atribuido a los escultores Pedro Virto y Bernardino Vililla, ambos de Calatayud, siendo policromado por el pintor Juan Florén. En el centro sobresale una talla de la Ascensión, procedente del desamortizado Monasterio de Piedra.

La iglesia tiene de largo 150 palmos aragoneses y 54 de ancho. Destaca igualmente la capilla de la Virgen de la Peana, Patrona de la villa, flanqueada por dos columnas salomónicas, sostenidas por ángeles atlantes. Su baldaquino fue realizado por los hermanos Blasco. La Virgen de la Peana estaba colocada en un nicho del coro, pero un capuchino del convento de Ateca percibió un buen día un extraño resplandor que desde allí venía.

—¿Me puede decir por qué recibe este nombre la Virgen?

—Pues muy fácil, porque muchos meses al año se veneraba en su peana. Además, el tabernáculo sobre el que está colocada forma una especie de peana sostenida por ocho columnas de jaspe de las canteras de Alhama. Los vecinos de la villa acuden a su Patrona en épocas de sequía, siendo singular su patrocinio en las tempestades de época estival. En verano, cuando amenazaba tormenta, se sacaba a la puerta de la iglesia. También se llevaba hasta el convento de capuchinos, celebrando un novenario. La Virgen de la Peana se festeja cada 8 de septiembre y desde

antiguo se conserva un dance en su honor, en el que no faltan el demonio, el arcángel San Miguel, los pastores, el mayoral, el zagal y hasta los soldados turcos.

—¿No sabrá usted si daría tiempo a sacar la Virgen de la Peana antes de ocurrir la terrible riada de 1895?

—Hombre, no sea malo, haciéndome preguntas de infante desconsiderado, de rapaz impertinente y hasta malmirado.

Delante de la capilla, un monaguillo de cartón sostiene un cepillo pidiendo con cara de pena una limosna. Otro cepillo tiene San Antonio de Padua para las peticiones y para las gracias concedidas, que siempre fueron muchas las cuitas del amor y las gratificaciones.

—No sé si habrá oído hablar de la muerte de Ateca que se guardaba en un armario de la sacristía. Es un esqueleto engarzado en alambres que en el día del aniversario general de las almas de los difuntos se ponía en medio de la iglesia.

—¿Y no cree usted que a los padres de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana les ha gustado siempre confundir a la gente, además de asustarles con el infierno y las calderas de Pedro Botero haciendo creer a sus feligreses que la vida era un valle de lágrimas y sólo valía la resignación y la conformidad?

—¡Qué quiere que le diga! El miedo guarda la viña y quizá la muerte de Ateca haya ganado para el cielo muchas almas que se arrepintieron a tiempo, cosa que debería mover a usted a un extenso y riguroso examen de conciencia.

Siguiendo la dirección norte se da con la calle de San Miguel y con la puerta del mismo nombre, que cerraba la villa en horas intempestivas. A esta parte nacían dos caminos: el que acercaba a los pueblos de la ribera del Manubles y el que conducía hasta Almazán, ya en tierras de Soria. La Puerta de Almazán, desaparecida, cerraba el núcleo urbano medieval.

Los viajeros, después de mucho andar por las empedradas calles de la villa, se trasladaron de nuevo a la parte baja, dando con la puerta de Ariza, invadida de hiedra, cerca de la posada que levantó la villa en tiempos de Carlos III, allá por 1791, y que da nombre a la plaza del Mesón.

—Como le conozco, le adelanto que las cuatro barras del ordinal del rey Carlos son correctas, pues don Juan Moneva habló largo y tendido de su utilización y validez.

—Si usted lo dice por boca de tan ilustre prócer, me callo.

Madoz, en su celebrado diccionario, cuenta que la villa de Ateca tenía entonces tres magníficas posadas, con sus correspondientes aljibes, siendo la de mejor aspecto y a lo mejor también de trato más familiar la que en 1839 edificó su propietario, llamado Duce. Los viajeros encontraron a los pies de la vieja carretera lo que fue la antigua venta de San Ignacio, hoy cerrada, que luce en su fachada la fecha de 1834.

Al lado del puente que une la villa con el barrio de San Martín los viejos tomaban el escaso sol que asomaba de entre las nubes grises haciendo tiempo para comer. En la otra orilla se levanta la fábrica de chocolates Hueso, que en su frontal ostenta la fecha de 1862, seguramente por corresponder a su fundación.

—¿Sabe usted que el primer chocolate elaborado en Europa fue hecho por los monjes cistercienses del Monasterio de Piedra?

—No tenía noticias de ello. ¿Y cuando ocurrió el hecho que me cuenta?

—Pues fue en 1534, siendo abad del Monasterio de Piedra fray Egidio Adán. Entonces se comenzó la fabricación del chocolate, que gustó mucho al obispo de Tarazona y hasta pidió la receta para que se lo sirvieran en su palacio de Tarazona, quizá para desayunar los domingos y fiestas de guardar.

—¡Vaya con los frailes y con la curia, sí que eran lambrotos!

—A nadie, amigo mío, amarga un dulce. Pues bien, todavía en el siglo pasado había chocolateros que iban por las casas que pedían sus servicios, cargados con sus piedras curvadas o metate y el rodillo de madera o rolo, junto con el mortero para machacar el cacao, que amasaban con el rodillo en el metate, a puro de brazos y de oficio. Después de amasado se podían añadir nueces o almendras, a gusto del consumidor, y se extendía sobre unos moldes, marcando las porciones.

—La Corte española era muy devota de los santos, de los escotes y del chocolate, amén de otros doctores, canónigos, racioneros y lectorales, que siempre gustaron almorzar y merendar chocolate, mientras rezaban por los negritos o por los infieles.

—Hoy está usted bastante cáustico y reticente con el clero. Recuerdo que casi todas las tardes merendaba dos porciones de chocolate entre el pan y mi madre siempre preparaba una buena perola los días de fiesta grande o de repicar gordo, como bien solía decirse, aunque el chocolate nunca faltaba en los bautizos, fueran de padrino con posibles o con padrino a secas. Déjeme que le cuente una anécdota que ocurrió en una clase de doctrina cristiana. El mosén aleccionaba a los futuros comulgantes, repasando una y otra vez los sacramentos, preguntando por su práctica. A una niña le preguntó qué era lo que se hacía cuando se bautizaba a un infante, a lo que la niña, con un gesto de ingenuidad que usted sabrá apreciar, contestó: «Pues se hace chocolate». Y ahí acabó la doctrina aquel día.

Don José María Hueso participó en la Exposición Aragonesa de 1868 que tuvo lugar en la glorieta de Pignatelli de Zaragoza, que se celebró con el patrocinio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, y en la Exposición Aragonesa de 1885, también celebrada en Zaragoza, esta vez en el recinto del nuevo matadero, que construyó para la ciudad el arquitecto municipal Ricardo Magdalena. En las dos exposiciones regionales el propietario de La Fama de Aragón redactó una memoria de 32 páginas que publicó en Zaragoza por aquellos años. En 1882 José María Hueso fue candidato de la coalición republicana por el distrito Calatayud-Ateca para representar al partido en la Diputación Provincial, pero no le fue posible aceptar la elección. En el periódico democrático bilbilitano «El Eco de Calatayud», se anunciaba «La Fama de Aragón», fábrica de chocolates superiores movida por agua, siendo su propietario don José María Hueso, de Ateca. Entonces se fabricaban tabletas de chocolate con canela y sin ella, con vainilla, homeopáticos y de encargo. En «El Eco Bilbilitano» de 1884 se anunciaba que el precio del chocolate, que elaboraba «La Fama del Jalón», oscilaba entre 3 y 10 reales la libra, añadiendo que por 4 libras se bonificaba una y por 8 libras, dos, y así sucesivamente.

Para el tiempo de Navidades se vendían en Calatayud turrónes de varias clases, a saber: de piñones, guirlache, capuchina, limón, canela, ye-

mas, leche, damas, jijona e imperial de avellanas. Tampoco faltaban los mazapanes de Toledo, con anguilas, pescados y canastillos. En los cafés se servían limonadas purgantes, zarzaparrilla, grosella, fresa, chordón y cerveza alemana y fuerte. También se consumían otras bebidas modernas fabricadas gracias a una máquina modelo, procedente de París, con la que se fabricaba el agua de selz, soda water y groc inglés espumoso.

En un anuncio de 1884 se dice que en la misma casa de Hueso, además de chocolate, y a precios buenos, había surtido de tejidos de algodón, hilo, estambre y seda, géneros de paquetería, quincalla y otros artículos. En 1931 Ateca tenía dos fábricas de chocolate: la de Francisco Hueso y la de Guillermo Mingo. Hueso comercializaba entonces la marca «Los Exploradores». También en el mismo año la villa contaba con dos constructores de carros: Constantino Ostalé y Cayo Hernández; dos hojalateros: Felipe Torres y Pascual Andrés; una fábrica de gaseosas: la de Ignacio Aparicio; un taller de tonelería: de Antonio Blasco; un talabartero: Eugenio Urbano, y hasta un profesor de música, que atendía por Rafael Franco.

—Su sabiduría es un pozo sin fondo, aunque veo que lleva bien apuntados los hechos y las fechas, quizá para agobiarme y abrumarme más de lo que estoy por el frío.

—Ya vendrá julio, amigo mío, y buscará usted la sombra y a lo mejor la playa de Salou, que le conozco. Para 1880 ya se anunciaban los famosos calendarios de Mariano Castillo con el almanaque de la Filoxera y del Tío Conejo, a 2 reales, con chistes y caricaturas. Y seguro que para julio anunciaría bochornos y moscas, tormentas y caracoles.

Hablando de estas y otras cosas, los viajeros tomaron la cuesta de Capuchinos dando con la iglesia de San Francisco, vulgo San Martín, que fue construida entre 1627 y 1630 por el obrero de villa Juan de Arlueta, vecino de la villa de Ateca, que los viajeros encontraron cerrada.

—Dicen los libros que el retablo mayor, bajo la advocación franciscana de la Porciúncula, fue terminado en 1638 por los pintores José Horoz y Juan Antonio Florén. En 1641 se pagaron 960 sueldos al escultor Fabián Gaspar de Meneses para que realizara los escudos con las armas de los capuchinos y de la villa, que se colocaron sobre la puerta de entrada.



Detalle escudo iglesia de San Francisco.
(Foto: F. Martínez).

El convento de capuchinos se levantó en el barrio de San Martín, comenzando las obras en 1624, costeadas por el Concejo y los vecinos, entre ellos Pedro Marcilla, caballero de la Orden de San Juan, comendador de Ambel y luego de Villalengua, y su hermano Alonso, que donó la huerta, además de todas las puertas, ventanas, tarimas y encerados. El templo se levantó al lado del convento. Madoz ase-

gura años más tarde que en el entonces ex-convento había un hospital para los enfermos pobres y una escuela de instrucción primaria elemental, que luego fue aprovechado para Juzgados y cárcel.

Al lado de la iglesia de San Francisco está la plaza Costa, conocida como plaza del Cortijo, cuya huerta perteneció a Manuel Muñoz de Pamplona, conde de Argillo, que después vendió al barón de Llumes. Rodeando la plaza están dispuestas las catorce estaciones, hasta la crucifixión en el Calvario. Bajo las acacias, el agua de la fuente imponía su monótona canción.

Bajando otra vez por la misma cuesta, dieron con la calle de Rogelio Blasco Millán, pintor nacido en Ateca en 1897 y muerto en 1969.

—¿No se ha dado usted cuenta del número de calles de esta villa que llevan el nombre de escritores y hombres de letras oriundos del lugar?

—Eso buen amigo pasa en todos los sitios. Creo recordar que don Luis Parral tiene calle en el municipio. Nacido en 1847, estudió Filosofía y Letras y Derecho, muriendo en 1917. En la villa pasó también largos años el catedrático de lenguas semíticas Julio Cejador Frauca. Pero a lo mejor pocos recuerdan a fray Martín de Ateca, muerto en 1303; a Francisco Javier García, que vivió en el siglo XVIII, siendo maestro de primeras letras y profesor de Aritmética; a Juan Lozano y Erruz, que nació en Ateca en 1799 muriendo en Zaragoza en 1881, abogado y juez de primera instancia que al enviudar se hizo sacerdote. Recuerdo también a Pedro

Pablo Padilla Milagro, nacido en Ateca en 1923 y muerto en Zaragoza en 1985, que fue abogado, periodista y escritor de estirpe barojiana, con varios premios literarios.

—Perdone que le interrumpa, pero dicen que la letra con sangre entra, o mejor aún con vino entra. Le invito a un chato con lo que guste.

—A estas horas se agradece la invitación.

Ateca tiene una historia larga y precisa, que se ha ido escribiendo, unas veces concisamente, con puntos y comas, y en cambio otras en renglones torcidos. Frente a un vaso de vino de la tierra, al viajero se le acabó yendo el frío de golpe y le fue naciendo, de oreja a oreja, una sonrisa complaciente al poner la vista en el torno de escabeche, en los pimientos del piquillo, en las sardinas, en los boquerones y en las olivas con corazón de anchoa. Casi nada.

—Ve usted, el estómago es más agradecido que ninguna otra parte del cuerpo humano. Una vez saciado convenientemente aplaca el nerviosismo y hasta la falta de esperanzas y expectativas.

—¡Ya lo creo!

Después de tanta y tanta erudición, después de tanto ir y venir por siglos y centurias, después de tantos nombres y fechas que sacian el espíritu, es consecuente cultivar en la misma medida la panza porque con pan y vino se anda el camino y no con otra cosa. Y el que diga lo contrario miente.

Al acabar la mañana los viajeros salieron contentos de Ateca, pero hicieron votos de volver para San Blas para intentar coger los cascabeles a la máscara y para calentarse y cantar alrededor de la hoguera, mientras la Banda interpreta ¡Viva San Blas! Y ya a lo lejos, el amigo del viajero recitó con voz de tenor aquellos versos con los que acaba el Himno de Ateca, original de don Daniel Ranz, que dicen:

*¡Oh, los tres ríos de mi pueblo!
¡Torres que se alzan al azul!
Sierras bravías, verdes vegas
¡Quién fuera eterno como Tú...!*

DULCE DESTIERRO

Antonio MARTÍNEZ MENDIZÁBAL



EN la plenitud del verano, el sol abrasa la piel de los jóvenes arqueólogos. Y en el cerro, poblado de almendros, los vestigios del pasado renacen perezosos. Ricardo profundiza en las entrañas del viejo silo; Francisco delimita con cuidado un pequeño hogar, nacido de cenizas lejanas. Entretanto, María escudriña entre la mampostería donde ha creído ver algo oculto. Hurgando con cuidado entre el aparejo, sus dedos deslizan un viejo pergamino que, tras ser liberado de su larga condena, se abre como una flor ante sus ojos.



Yacimiento Torrecid. (Foto: F. Martínez).

—¡Eh, colegas! ¡Mirad esto, es increíble!

—¿Es visigótica, no?

—Calla, es carolina, ¿o gótica? No sé.

El director de la excavación toma en sus manos el manuscrito y, poniendo en práctica sus conocimientos diplomáticos, comienza a transcribir en voz alta:

Año del Señor de mil y ochenta y uno. Yo, Rodrigo Díaz de Vivar, conocido como el Cid, el Campeador, me dispongo a acometer desigual batalla con los mahometanos de Xarc Al-Andalus, pues aunque no sé dónde ni cuándo, la certeza del encuentro me invade.

Semanas ha que, desterrado por don Alfonso, encaminé mis pasos hacia las infieles tierras del Salón*, no sin antes enviar mis emisarios.

Las jornadas que nos alejaron de tierras castellanas se me antojaron definitivas. Entrados en la Alcarria, Martín González entregó su alma al Creador tras sufrir las fiebres. Poco después Fortún Antolínez, el pequeño luchador, feneció a causa de las heridas recibidas al meter en parias a Çetina. ¡Oh Dios!, cómo me costó darles sepultura.

Hakeem, el cordobés, caminó todo el tiempo a mi lado y no dudó un momento en levantar su brazo contra sus correligionarios. Aún más, disfrutó con nosotros de sus mujeres y manjares, respetando, por supuesto, la oración. Muy provechosos fueron sus consejos y sus traducciones en jornadas posteriores. Hasta el día de hoy no tuve mejor guía, conocedor de las estrellas, las predicciones meteorológicas y fiel como perro guardián.

Entre Fariza y Çetina acampamos en un otero amplio, con muros bajos y medio caídos, ideales para clavar las tiendas que hurté a Almotamin. Alrededor, el cerro estaba sembrado de fragmentos de cacharos de barro con dibujos de pájaros, círculos y jinetes en rojo que nunca vi en cocina alguna. Esteban, el alquimista, molió y amasó algunos de éstos y colocólos en las heridas de los hombres.

El Salón es tan diferente de mis tierras castellanas. Tan verde, henchido de frutales y huertas. Hixem, el de Alfama, nos contó que, para ellos, estas tierras son como el paraíso musulmán. Y cierto es que, mientras disfrutamos de sus aguas calientes, de sus manjares y placeres, nos encontramos en el cielo, que, a mi ver, tiene lo mismo que el de los infieles.

Mas hubimos de continuar avanzando por ser necesario para nuestros propósitos. Y, siguiendo el camino del río, llegamos a Teca, en el momento en el que el almuédano, asomado al brillante alminar, cantaba su fe a los mahometanos: ¡Allauh Akbar! Era viernes y, por respeto, decidimos esperar un día para meterles en parias.

Cruzamos el río por un vado cercano en dirección a un otero redondo y no muy grande, pero alto y cerca del río como es menester. Mucho

* Xalón: Jalón.

costó subir con enseres y viandas hasta la cima, pero una vez allí... mereció la pena. Enfrente estaba Alcoçer y más allá, donde alcanzaba la vista, Terrer y Calatayub, ricas poblaciones de cuyas fortunas seríamos, sin duda, destinatarios futuros.

Alvar Fáñez se encargó de ordenar un foso en derredor y, como fue mi decisión permanecer allí varias semanas, también dirigió la fábrica de un campamento en la cima. Bajo éste y en círculos plantaron los hombres las tiendas, unas contra la sierra y las otras frente al Salón. Y Nuno, el del Algarve, hizo enseguida un silo para el grano y un fogar para las viandas.

Minaya albergaba en su corazón la esperanza del perdón de nuestro señor don Alfonso, mas yo, seguro de lo que vi en sus ojos en Corpes, dudaba y dudo de que mis pendones y mesnadas vuelvan a cabalgar con los suyos contra enemigo alguno. Más bien creo que mi destino será buscar tierra fértil, otro reino donde no responder de mis actos sino al Creador.

Al amanecer, y tras dejar en el otero una guardia suficiente, vadeamos el río camino a Teca. Alvar Fáñez a mi diestra y Pedro Bermúdez a mi siniestra, enseña en mano en lo más alto. Detrás, las mesnadas pertrechadas para tales menesteres. Hubimos de retroceder un trecho para cruzar el Salón y así entramos en la villa por la puerta que los musulimes llaman Bab Al Hammam, que, al menos, tres o cuatro tiene la población.

Jamás vio el Creador recibimiento más caluroso a este castellano. Su gobernador nos brindó hospitalidad y unos dinares. Sus gentes saluda-

ban a nuestro paso mientras nos ofrecían frutos. Y su alminar... ¡oh Dios!, tentado estuvo Beltrán, nuestro capellán, de convencerme para conquistar el pueblo y convertirlo en torre de iglesia. Y a fe mía que poco me hubiese costado hacerlo y ser feliz en aquel lugar.

Las casas encaladas, la vitalidad de sus empinadas ca-



Cerro Torrecid. (Foto: F. Martínez).

lles y la amabilidad de sus gentes llenaron por unos días los corazones de mis hombres desterrados. Abundantes en agua, sus huertas rivalizaban con las mejores del mundo conocido por nios. Y el paisaje, poblado de arboledas y vegetación, lleno de caza de todo tipo, era un vergel.

Disfruta Teca de una floreciente economía, como es común a las localidades ribereñas. Mas destaca de otras por sus numerosos y capaces artesanos, conocidos incluso en tierras lejanas. En la calle que sube a la mezquita hallamos un taller de telas con ropas lujosas, llenas de brocados y pasamanería, destinadas a los altos personajes mahometanos y de las que yo hago uso en la intimidad. Bajo el castillo obsequiáronnos con dulces deliciosos, hechos con almendras y miel y famosos en las tierras altas. Cerca de la puerta que ellos llaman de Saraqusta, un artesano ebamista terminó de tallar, ante mis ojos, el respaldo de una jamuga de extraordinaria finura, con media luna y caracteres árabes. No pude resistirme.

En un adarve cercano, los niños jugaban bulliciosos, sin apenas dar importancia a nuestro paso. Tuve la impresión de que hacía muchas jornadas que nos aguardaban sin temor.

Bajo la mezquita, participamos de la abundancia y el trasiego del pequeño zoco. Recogimos todo tipo de provisiones, frutas, verduras y animales, declinando la oferta de almorzar con sus gentes por la necesidad de salvaguardar la seguridad de las mesnadas y el avituallamiento de la guardia en el cerro. Bien eché en falta en estas tierras el tocino, que tanto me place y que a los musulimes les es vedado. Algunos jabalíes despistados saciaron mis antojos culinarios y los de los míos.

Entraron en parias, mas sin pena y sin fuerza. Como si agasajasen a un huésped al que se espera largo tiempo.

En el cerro, los hombres no daban crédito a lo que veían sus ojos. Tal abundancia nos era ajena desde que caímos en desgracia. Aun antes muchos no habían tomado frutas tan exquisitas ni dulces tan sabrosos.



Recipiente hallado en Torrecid.
(Foto: F. Martínez).

El sol del mediodía caía sobre nosotros en el cerro y, mientras las mesnadas sesteaban, yo no dejaba de pensar en cuánto habían cambiado estas tierras desde la debilidad de Almoctadir Bille, el Poderoso. Seguro que no hubiésemos tenido ese recibimiento de estar Ahmed en plenas facultades. No hubiésemos sido tan audaces. En más de una ocasión, visité su palacio y disfruté de todos los placeres en fiestas privadas junto a los más adelantados sabios y poetas de las tres religiones. Cordobeses, sevillanos, toledanos... De todas las partes acudían al palacio de los palacios, el palacio de la alegría. Situado a las afueras de Saraquesta, la blanca, la de la gran mezquita; sus albercas, acequias y jardines recreaban el paraíso de los mahometanos, según me contó el propio Ahmed. Varias veces quedé dormido al arrullo de sus aguas, despertándome el sonido de la música anunciadora de algún festejo palacial. Jamás vi a un hombre tan orgulloso de mansión alguna. Hablaba de ella como si de su esposa más joven y bella se tratase. Alarifes de la lejana Siria vinieron a colaborar en su construcción y es la envidia de todos los reinos cercanos.

Esa noche una figura femenina envuelta en túnica hasta la cabeza se acercó hasta el campamento y, tras hablar con la guardia, entró sigilosamente en mi estancia. En la puerta me saludó con la inclinación de la cabeza y el movimiento de las manos típico de su pueblo:

—Salam.

—Salam —contesté.

—Mi nombre es Fátima. Perdí a mi marido hace cuatro años y esperaba a alguien fuerte como un león, como tú.

No pude contestar. Antes de darme cuenta se sentó sobre mí y deslizó su túnica, dejándome apreciar la belleza de su rostro. La abundancia acogedora y tersa de sus formas no delataban sus varios alumbramientos. De lo que ocurrió después entre hombre y mujer, ningún caballero debe hablar, mas diré que aquella presencia convirtió el campamento en mi hogar, tal vez mi único hogar en mucho tiempo.

Al día siguiente, metimos en parias a Alcoçer, lugar con fortificación importante y famoso por la astucia y avaricia de su gobernador. Escaso en territorio y población, disfrutaba sin embargo de un impuesto de pontaje y varios de carneraje y bestiarío, por el paso de ganado, que enri-

quecían a sus gobernantes. Estos ingresos y los aportados por el comercio, eran suficientes para que su fama corriese por todo el valle y mis hombres se hallasen sumamente excitados ante la posibilidad de cuantiosas ganancias.

Pero no fue sino por la fuerza como obtuvimos todo el botín de Alcoçer. Rumores de taberna nos advirtieron de la intención que albergaban sus habitantes de atacar el campamento, cuando marchásemos a meter en parias a los de Terrer:

—Señor don Rodrigo
—díjome Martín Antolínez—, he sentido en la taberna lo que pretenden los de Alcoçer.

—Y ¿qué es?, Martín.

—Atacar el campamento cuando vos y los vuestros os encaminéis hacia Terrer y dejéis desguarnecido el cerro.

—¿Y quiénes lo harán?
Los de Alcoçer no son muy numerosos.

—No, señor, pero cuentan con voluntarios llegados de Fariza y de Çetina. Dicen que incluso de Calatayud.

—¿Cómo es posible que hayas escuchado algo así, Martín?

—Ya conoces, señor mío Cid, lo que suelta la lengua el amor y un vaso de buen vino.

—¿Tanto la desata?

—Sí, y aún más si se acompaña con dos o tres monedas Saraquistís.

Conoscida la celada contraria, era menester pensar la propia y así lo hice, ayudado por Alvar Fáñez. Tras desechar varias ideas, ultimamos la definitiva. Marcharía con la mayor parte de las mesnadas, pendones en



Alcoçer (La Mora Encantada).
(Foto: F. Martínez).

todo lo alto y haciendo grandes aspavientos para ser bien vistos desde la torre que gobierna Alcoçer. Mientras, Minaya, con parte de las fuerzas, quedaría en el lado opuesto del cerro, dispuesto para el ataque. En la zona visible, dos o tres peones jugando y discutiendo con gran movimiento de brazos, para ser vistos e identificados como los únicos ocupantes de nuestro campamento.

Así lo hicimos y, como quiera que ellos salieron sin caballos para no ser oídos ni avistados fácilmente, hubimos de dejar que avanzasen y cruzasen el Salón por el vado. Entonces, volvimos grupas y arremetimos por la derecha describiendo una curva y cerrando la retirada hacia Alcoçer. Poco después, las huestes del campamento acudieron encabezadas por mi fiel Fáñez. Los ballesteros disparaban a diestra y siniestra y los hombres, recordando el olor de la sangre, comenzaron a asestar golpes a los musulmes, que apenas causaban alguna baja en nuestras cabalgaduras. Poco después de comenzada la algarada, los cinco hombres que los alcoçereños dejaron preparados con los caballos, salieron al campo de batalla con la intención de igualar la contienda. Mas Fáñez, vista la celada, arremetió con un pequeño grupo de fieles atacando hombres y caballos y dejando el enfrentamiento en las mismas condiciones.

Hombres y caballos agonizaban. Apenas transcurrió una hora y los fértiles campos de la vega quedaron sembrados de muertos. Tan buen resultado tuvo la treta que sólo uno de los nuestros fue gravemente herido. Por desgracia feneció poco después. El resto de nuestras bajas fueron de cuatro patas.

Ningún hombre de Teca intervino en la batalla pues, sin duda, de entre todas las localidades cercanas, parecióme la más pacífica y cercana a nuestras costumbres.

Recogimos los difuntos, los trasladamos a Alcoçer, pues la muerte todo lo iguala y los mahometanos también dan sepultura a los suyos. Me han contado que mirando a su ciudad santa.

Allí no quedaban sino mujeres y niños que nos apedreaban y maldecían en árabe y en nuestro idioma. Ni un solo hombre adulto sobrevivió.

Durante la jornada, tomamos lo que quisimos como botín y regresamos al cerro.

Días después metimos en parias a Terrer, localidad más pequeña que Teca pero también vistosa. Cuenta con alarifes muy diestros, creadores de trabajos conocidos en Castilla.

Al poco nos visitó una embajada Calatayubí que nos entregó presentes en calidad de parias, alertados, sin duda, por el episodio de Alcoçer. Así es el ser humano, que necesita del miedo a perder lo que tiene para apreciarlo en su justa medida y protegerlo.

Pasamos jornadas felices entre el campamento y Teca, e incluso hube de dejar allí a un hombre que se encariñó de una joven, de unos dieciséis años, que, al parescer, le correspondía. No sólo eso dejé, sino la sensación de haber vivido un tiempo en el paraíso terrenal, que de existir, ¡loado sea el Señor!, no debió estar muy lejos de allí.

Ahora debemos seguir nuestro camino hacia tierras del Levante, donde me han dicho que, junto al mar, existe una zona tan fértil como ésta y desde cuya costa, en días claros, puede verse hasta Hierusalem.

Yo, Martín, por mandato de mi señor don Rodrigo Díaz de Vivar lo escribí y dejé la copia que díxome mi señor.

Martín (signo)

Rodrigo Díaz de Vivar (signo)

Los jóvenes arqueólogos quedaron estupefactos. Apenas podían creer lo que acababan de escuchar. Mientras lo hacían, habían reconocido paisajes, vistas, localidades y sentimientos in situ, donde, novecientos años antes habían ocurrido.

El manuscrito quedó depositado en la Casa Consistorial, edificio del siglo XVII recién restaurado por otros jóvenes. Poco después fue entregado a las autoridades culturales de la Comunidad Autónoma. Se decidió transcribirlo, adaptarlo al castellano actual y publicarlo, dando lugar a numerosos estudios, interpretaciones y enfoques de los cuales no hablaremos por respeto.

CUANDO CALERO, CON SU TOREO, HIZO QUITARSE EL SOMBRERO

(Recreación literaria ambientada en 1910,
año en que se reinauguró la plaza de toros de Ateca)

Francisco José MARTÍNEZ GARCÍA



I

HABÍAN recorrido a pie el trayecto que separa la Posada de Semper de la plaza de toros. Mientras, la muchedumbre, extasiada ante el paso de los toreros, abarrotaba ambos lados de la calzada que surcaba la cuesta de Capuchinos y el camino de Valtorrés.

Todo hacía presagiar una importante tarde de toros: tiempo espléndido en una de esas jornadas vespertinas de febrero donde el sol abraza y acaricia al ser humano, como acurrucándolo, haciendo de más, casi, al tabardo protector del frío invernal.

Además, fiestas en la localidad para honrar la memoria de su patrón San Blas, este año, si se quiere, con mayor intensidad que otros, pues el colectivo social quiere pasar página a los muchos y malos ratos vividos en fechas recientes. No hay que olvidar que unos meses antes la Comisión de Festejos se había visto en la obligación de suspender las fiestas de septiembre para destinar tan necesaria partida monetaria al socorro de los hogares que tenían hijos o allegados en la guerra de Marruecos y habían quedado, con su ausencia, sin el apoyo económico de los mismos.

A todo ello se suma una falta de trabajo en el municipio que axfisia a familias enteras y la consiguiente negativa de la masa social más desfavorecida a pagar los desproporcionados impuestos a los que estaban obligados, provocando con su actitud un auténtico caos institucional, agravado seriamente al comprobarse que un alcalde corrupto, en tan de-

esperada situación para sus convecinos, había ingresado en su cuenta particular dinero municipal, viéndose obligado a reintegrarlo en las arcas del común.

Este clima de desconfianza, pesimismo y desconcierto, iniciado, quizá, en 1898 con la pérdida de Cuba y Filipinas, se acrecentó todavía más con la tremenda riada del Jalón, acaecida en el año 1902, y que asoló unas cuantas localidades ribereñas pertenecientes a la Comunidad de Calatayud, entre ellas Ateca, provocando cuantiosas pérdidas económicas.



La Máscara, año 1914. (Archivo F. Martínez).

Por todo ello, para enjuagarse el mal sabor de boca que dejan las desgracias, que mantenían al municipio sumido en un estado de tristeza permanente, nuestra localidad decide que durante estas fiestas de invierno de 1910 va a quemar en la hoguera de la noche de las Candelas ese «mal fario» que le sacude las entrañas mientras La Máscara, en la plaza de la Constitución, toca con su cobertera las frentes de hombres y mujeres de

bien con el deseo de que en lo sucesivo la corneja salga a diestra y no a siniestra como acostumbraba últimamente.

Pero hay más; en estos momentos de sentida esperanza, Ateca está rebosante de alegría porque, tras mucho tiempo de estío taurino, se va a poder celebrar una novillada en la recién restaurada plaza de toros, esa que inauguró *Currito*, el célebre hijo del no menos laureado *Curro Cúchares*, allá por el año 1860; y todo gracias a ese afamado novillero, tan amigo del pueblo, al que se le suele ver por sus montes y pardinas con perro y escopeta al hombro detrás de liebre o perdiz, llamado Joaquín Calero Verdejo y apodado *Calerito*.

Efectivamente, él mismo había decidido acondicionar el octogonal e irregular recinto taurino que, con gallardía y a sus expensas, había mandado construir un hacendado comerciante, nacido en Zaragoza pero avecinado en el lugar, llamado Vicente Álvaro Sánchez, posiblemente siguiendo el cercano modelo de la plaza de toros del Hospicio de Calatayud, esa en la que triunfó el gran Francisco Montes *Paquiro* en el año 1841, también con figura compuesta de ocho lados para callejón y tendidos, y que tanto empeño había puesto en su construcción don Pedro Segovia, canónigo con dignidad de limosnero de la Colegial de Santa María de Calatayud y director del Hospicio y Casa de Niños Expósitos de la ciudad.

Mucho tesón demostró también Calero en la recuperación de la plaza de toros de Ateca, tan descuidada cuando él decidió emprender las obras que no servía más que para almacenar carros, ya que después del festejo inaugural tan sólo el novillero zaragozano Francisco Bernal y Raldúa *Bernalillo* había decidido vestirse de luces, con seriedad, en tan singular coso gracias a que se había hecho empresa su progenitor durante las fiestas de 1876 y 1877 para que su joven y prometedor vástago fuera sintiendo plaza y adquiriendo oficio.

II

Faltan diez minutos para que se inicie el paseíllo, y Joaquín, a pesar de ser un hombre ducho en estas lides, no en vano lleva veinte años en el oficio peleando en varios frentes como banderillero, novillero, matador con doctorado y empresario, no puede reprimir ese hormigueo que

le asciende desde los pies hasta el estómago engarzando un nudo que le oprime y aprieta las entrañas sin dejarle apenas articular palabra. Y eso que lleva tres copas de ese sabroso aguardiente anisado que con tanto esmero fabrica en su alcoholera don Francisco Sánchez en la propia localidad y que, a su vez, con tanta presteza había servido el mesonero don Ramón Sémper, orgulloso de tener en su establecimiento a los toreros, con la intención de reavivarles el valor en los momentos previos a la corrida, esos en los que le flaquea el espíritu al mismísimo *Espartero* bajado del cielo.

«¡Suerte, Joaquín, es bonita la novillada!», le dice el recién estrenado alcalde don Ignacio Garchitorena Abad al impaciente diestro, mientras le estrecha la mano antes de dirigirse a ocupar su puesto en la presidencia.

«¡Arrímate, Calero!», le espeta una ofendida moza, de esas de armas tomar, que pretendía marcarse una habanera o un garrotín con «el figura» en el baile de la plaza, la noche de San Blas, y había sido rechazada por éste, según él, por llevar un miriñaque de color amarillo limón.

Mientras, en la boquera del «vomitorium», la compañera de la afrentada mujer tira del brazo de su amiga con la intención de apartarla del objeto de su enfado y ocupar el asiento de sol que les corresponde, con prontitud, para evitar posibles apreturas, pues ya se sabe que esta tarde el reventón está asegurado.

III

A las cuatro en punto de la tarde, el alguacil municipal, hombre enjuto de abundantes surcos marcados en el rostro consecuencia de grandes períodos de sobreexposición al frío, al aire y al sol, inmerso para la ocasión en un traje de pana marrón claro (por descolorido), da un par de palmadas en la espalda del maduro novillero de treinta y cuatro años mientras le comenta con respeto: «¡Vamos, señor Joaquín, el señor alcalde está a punto de sacar el moquero blanco!».

Calero, mirando al mensajero con complicidad pero casi sin oírlo, prosigue con el sagrado rito de enfundarse el capote de paseo, lenta y parsimoniosamente, abstraído, disfrutando de ese momento tan especial

donde se funden en plena armonía espiritual, sin hablar con el matador, los dos peones que le ayudan en tan delicada y mística misión.

Acto seguido, el diestro traspasa el portón de cuadrillas y pisa la arena, fina y oscura como la del «Bocho» de Bilbao, temeroso de romper su lisura. A continuación, y en actitud sumisa, lo hace el sobresaliente del festejo, y tras ellos, los cuatro banderilleros, casi automáticamente alineados en zigzag, de izquierda a derecha, por riguroso orden de antigüedad.

En estos momentos la ovación es de las que hacen época, pues las dos mil personas que llenan a rebosar el *Coso de Capuchinos* de Ateca agradecen el gesto que ha tenido con ellos Joaquín Calero al restaurar desinteresadamente una plaza de toros de uso público, aunque en manos privadas, exponiendo su dinero al configurarse él mismo como empresa y además arriesgar su vida al encerrarse en solitario con tres serios novillos elegidos en la ganadería de don Federico Gómez, de Colmenar Viejo, pura casta jijona, la que torea los valientes en el «valle del terror» de los alrededores de Madrid.

Ante tan efusivo recibimiento, Calero responde destocándose, con serenidad y elegancia, mientras musita repetidamente, montera en mano, «muchas gracias, muchas gracias, muchas...», girando su cabeza de izquierda a derecha.

Ahora, la comunión entre matador y público es absoluta, ante lo cual, para sus adentros, el maduro espada promete entrega total durante toda la tarde para que el público asistente, más soberano y respetable que nunca, no salga defraudado del festejo.

La magia del instante sobrecoge a todos los asistentes, alcanzándose el clímax emocional cuando un niño, de apenas cuatro años, rompiendo el silencio grita: «¡Viva Calerito!», lo que provoca una nueva atronadora salva de aplausos que sirve para que Joaquín regrese al mundo de los vivos y ¡cosas del destino!, una vez de vuelta a la realidad terrenal, siente la sensación de que se adueña de su mente el empresario que lleva dentro y medita en silencio mientras esgrime un esbozo de sonrisa: ¡Bueno... no es La Misericordia de Zaragoza..., pero está bonita la plaza; ... y cuánto público en los tendidos..., entre la carne y los boletos es posible que pueda llevarme del «gache» algún dinero a casa!»,

IV

De pronto, un pañuelo blanco se descuelga del templete presidencial y la Banda de Música, dirigida magistralmente por don José Enguita, esparce sus notas por todo el recinto.

Robóticamente, los de luces levantan su brazo, recta la mano, y se miran, uno a uno, deseándose suerte. Ahora, unos se santiguan, otros se esfuerzan por iniciar el desfile con el pie derecho y un sexto, el más joven, besa con devoción su medalla de plata con la imagen de la Virgen del Pilar en el anverso y el Ecce Homo en el reverso.

La algarabía es tremenda y la ovación de gala en el momento en que esos hombres cruzan el ruedo en busca de la autorización presidencial para participar en el festejo. Son momentos especiales en los que Calero mira al tendido sin ver y escucha los vítores de los aficionados sin oír mientras se agolpan en su mente los recuerdos más relevantes de toda una vida dedicada al toro: el relato de su nacimiento en Zaragoza un 19 de julio de 1876, tantas veces narrado por su madre; la infancia entre capea y capea viéndose las caras con vacas que sabían latín; su debú como banderillero, a los catorce años, en una corrida a beneficio de Juan Ruiz *Lagartija*, celebrada en el coso de La Misericordia con el fin de recaudar fondos para el mencionado torero que debía abandonar su carrera tras un desgraciado accidente, manejando el descabello, que le destrozó los tendones de la mano derecha y lo había dejado inútil para el ejercicio de su profesión; su presentación como novillero en 1895; la gran popularidad alcanzada tras dar muerte en su ciudad natal a la legendaria vaca *Matea*, de la ganadería de Gota, esa que según cuentan había pasaportado a mejor vida a dieciocho personas entre pastores y aficionados; su presentación en Madrid un 13 de agosto de 1899, para lidiar novillos de Palha, junto a *Campitos*, *Cantaritos*, *Suarito*, *Aran-saño* y García Mariscal; su gran alegría al tomar la alternativa en Madridejos en 1905 y su gran decepción al tener que renunciar a ella y volver, poco más tarde, al escalafón novilleril ante la falta de contratos.

V

Tras la solicitud del oportuno permiso a la autoridad, los toreros se desprenden de sus capotes de paseo y los entregan elegantemente, para que apoyen sus brazos sobre ellos, a un racimo de bellas señoritas «que

destacaban entre el resto de mujeres por sus galas naturales», como dejaría escrito el cronista.

La novillada va a comenzar.

Todo convergía en buen augurio y hacía presagiar una gran tarde de toros; no obstante, Calero andaba demasiado responsabilizado por agradecer al público esta temporada y llegar con fuerza a octubre para doctorarse, de nuevo, en una corrida de las Fiestas del Pilar, y si fuera posible con Vicente Pastor de padrino, como le había prometido el empresario del coso zaragozano; y para ello necesitaba estar bien todas las tardes y torear mucho, aunque fuera haciéndose empresa él mismo, como en Ateca, lo que le ocasionaba numerosos problemas añadidos, ¡que se lo digan a él!, que había programado este festejo para el jueves 3 de febrero, en pleno día de San Blas, y había tenido que aplazarlo hasta el domingo día 6 como consecuencia de la tromba de agua caída en la festividad del santo patrón, obispo de Sebaste y «que vino a Ateca sólo a empadronarse», como pone de relieve el romance popular, transmitido de generación en generación.

Eso le intranquilizaba. No por el aspecto económico, pues la plaza, aún en domingo de «resaca», estaba llena, sino el pensar que los novillos habían sido enchiquerados el día 1 y llevaban, por tanto, seis días con los músculos entumecidos dentro de unos habitáculos de escasos metros, con poca luz y las pezuñas húmedas como consecuencia del agua caída, las heces y orines acumulados y el nulo drenaje que presentaban tan rudimentarios aposentos.



Joaquín Calero Verdejo «Calerito».

Este contratiempo le recomía por dentro, pues él, Joaquín Calero Verdejo *Calerito*, matador de toros y de la vaca *Matea*, no podía «pegar un petardo», como consecuencia del mal estado físico de las reses en un pueblo donde gozaba de la amistad de numerosos amigos y donde tan bien les habían acogido, a él y a su cuadrilla, durante los cuatro días pasados en su compañía a la espera de que el tiempo les permitiese ofrecer el espectáculo.

A pesar de todo, a Joaquín le colmaba de gozo el saber que la novillada de Colmenar Viejo era de garantía y había creado expectación entre los aficionados que la vieron entrar andando en la población, dentro de una gran nube de polvo, entre el ladrido de los perros y el vocerío de los pastores, y dirigida por una experta parada de cabestros que hacía sonar sus cencerros atronadoramente y que la debía conducir hasta su destino, el coso taurino, tras atravesar el barrio de San Martín por el Terraplén y la carretera de Munébrega una vez abandonado el camino de Castejón de las Armas, cuyo trazado en paralelo a la acequia de Piedra posibilitaría que los animales pudiesen beber agua y saciar la sed del camino en su postrer acto celebrado en libertad.

Posteriormente, los parabienes por el trapío y variedad de pelaje de los astados se habían sucedido el miércoles, día 2 de febrero, en el transcurso de las labores de desencajonamiento de las reses en la plaza de toros mientras eran observadas y contempladas por curiosos y amantes de la fiesta de la localidad y lugares vecinos.

VI

Sonó el clarín después de que la autoridad luciese por segunda vez su inmaculado pañuelo blanco con las iniciales I. G. (Ignacio Garchitorrena) bordadas, con gracia y distinción, en uno de los extremos.

En ese momento, el sobresaliente del festejo, un mocete moreno, ce-trino de cara y labios amoratados le susurra a Joaquín: «¡Suerte, maestro!». Ante el deseo enviado por el muchacho, Calero se gira y con semblante serio sentencia: «¡Barbero, si Dios no quiere que mate entera la novillada, no te arrugues, tienes veintitrés años y ya eres un hombre, puedes con ella!».

En aquel instante Martín Abad, apodado *Barberillo*, iniciado como aprendiz de la profesión que le sirve como sobrenombre, apoyó su mentón en la madera del burladero interior del callejón y pensó: «¡Espero que no le ocurra nada a Calero, pero si tengo que dar cuenta de alguno de esos que hay enchiquerados ahí adentro no me van a temblar las piernas; a fin de cuentas, tampoco estuve tan mal el año pasado en la oportunidad que me brindaron en Zaragoza!».

VII

El tío Gabriel Calleja, peón caminero de profesión y torilero por vocación, descorre el cerrojo de la puerta del chiquero para que, tras el negro túnel, se presente en el ruedo *Matapelos*, animal colmenareño marcado con el número 14, cubierto de un precioso pelaje mixto, denominado en el argot berrendo en negro y que el no iniciado describiría como de vistosas manchas blancas y oscuras.

Un movimiento de cabeza del matador hacia su peón y sale a recoger al bicho Eduardo Albasanz Sánchez, conocido en el mundillo por *Bonifa*, experimentado banderillero de prometedores inicios como becerrista que obtuvo más éxitos con los rehiletes que con el estoque. Una vez decantado por la plata formó muchos años a las órdenes de *Reverte* y don Luis Mazzantini, y en el ocaso de su carrera participó habitualmente en novilladas sin picadores y más si en los carteles se anunciaba *Calerito*.

Tras la eficaz brega del subalterno, el matador anduvo voluntarioso con el capote. El juego mostrado por el novillo en el primer tercio parecía prometedor y más después de haber recibido en sus lomos tres excelentes pares de banderillas, ejecutados a la perfección por *Bonifa* y su compañero de terna Victoriano Joven *Estirao*, subalterno zaragozano este último, de treinta y un años, que toreó numerosas novilladas en La Misericordia antes de optar por el vestido de plata.

A Calero le había gustado el eral, por lo que decidió brindarlo al público, recibiendo, en correspondencia, una cerrada y emocionada ovación por parte del respetable.

En los terrenos del dos inició Joaquín el trasteo probando la embestida del novillo por ambos pitones. El animal humillaba y la faena fue adquiriendo cuerpo tras ocho naturales de antología y media docena de doblones que prepararon a *Matapelos* para recibir la muerte. Calero montó la espada y de un soberbio volapié segó la vida del de Colmenar, por lo que a sus manos llegó la oreja de su oponente tras mayoritaria petición del público, trofeo que Calero paseó en triunfo ante el delirio de los aficionados que, al llegar a sus respectivas jurisdicciones de la plaza, le lanzaron numerosos sombreros, algún cigarro puro, dos conejos y un capón, todo lo cual fue recibido con gran alegría por parte de los subalternos que, con presteza, hacían entrega al matador de tan generosos regalos.

Tras esperar a que los areneros finalizasen su tarea, el alguacil, desde el callejón, lanzó una señal al señor Garchitorena quien respondió mostrando, una vez más, su flamante pañuelo blanco. A continuación, el maestro Enguita hizo trabajar a sus «clarineros», y, por segunda vez en la tarde, el tío Gabriel Calleja tiró de la manilla del cerrojo y, como por arte de birlibirloque, *Zapatero*, segundo de la tarde y marcado con el número 10, hizo acto de presencia en el ruedo.

«¡Retinto y listón!», comentó al verlo un veterano aficionado, sentado en el tendido uno, a un espectador amigo suyo. El primero, ante la cara de asombro de su acompañante matizó: «Observa su piel de color rojizo con los extremos de las patas negros y una raya en el dorso, más estrecha y de diferente color».

Entretanto, Calero fruncía el ceño, pues el de don Federico huía de los capotes que le salían al paso como de su sombra. «¡Mansito en el primer tercio, veremos si varía su comportamiento al sentir los hierros!», pensó para sí su matador.

Y afortunadamente así fue, pues tras un tercio de soberbios pares de banderillas a cargo de Ramón Laborda *El Chato* y Avelino Blanco Torres, salió crecido el animal haciendo presagiar una interesante pelea con el espada toricida de *Matea*.

«¡Ahí se encuentra el señor notario!», apuntó displicente el *Estirao* a su matador. Calero tomó su montera y se encaminó al tendido tres. Allí estaba su buen amigo don Miguel Galindo, fedatario público de la villa y buen aficionado, que había acudido al festejo acompañado de su hija Dolores y el novio de ésta, don Julio Ortega, también notario, aunque del municipio de Atienza, en la provincia de Guadalajara.

«¡Es un honor para mi poderle brindar, a *usté* y a los suyos, la muerte de este animal. Espero que sirva!»,

Vuelto de espaldas, Calero lanzó su montera hacia la posición de don Miguel y su familia, pero el erróneo cálculo de la distancia por parte del espada hizo que cayera tres filas más atrás, provocando las risas de los espectadores colindantes que se disputaban el privilegio de poder tocar con sus manos, aunque fuese unos segundos, tan prestigiosa prenda taurina y conducirla al destino marcado por el matador.

Logrado el objetivo, el señor notario guardó celosamente la montera de su amigo, cuidando de que estuviese siempre boca abajo, y en un descuido de los que le rodeaban, sacó de su bolsillo un sobrecillo con unos gemelos de plata dentro, que prendió con cuidado de un alfiler en el interior de tan preciada pieza.

Con un pase cambiado por la espalda inicia Calero la faena, luego vendrán tres ayudados por alto y sendas tandas por la derecha y la izquierda. Finalmente dos trincheras y una trincherilla premonizan la muerte del astado, la cual acontece después de una extraordinaria estocada que basta para que el cornúpeto doble las manos.

Para la crónica del festejo, el revistero que cubría la información escribió en sus notas: «Faena clásica en la que destacaron dos magistrales pases de pecho, de verdadero maestro, que provocaron el delirio de los tendidos, ante lo cual no le quedó otra opción al señor Garchitorena que conceder al diestro la oreja de su oponente, segunda de la tarde hasta el momento».

Mientras el matador, acompañado de su cuadrilla, saborea una clamorosa vuelta al ruedo mostrando en su mano el bermejo apéndice auricular, Avelino Blanco Torres, ese veterano banderillero madrileño en la madurez de su carrera, daba gracias a Dios, para sus adentros, por haberle permitido superar la tremenda cornada que le infirió un morlaco de Miura, en Zaragoza, un aciago 16 de mayo del año anterior, cuando toreaba también a las órdenes de *Calerito*, con quien formaba fijo en cuadrilla desde 1901.

VIII

Como seguidores de un mecánico ritual, areneros, mulilleros, alguacil, presidente, director de la Banda y torilero cumplían escrupulosamente con su cometido, por lo cual saltó a la plaza el tercero de la tarde, marcado con el número 22, precioso de pinta, berrendo en jabonero, es decir, de manchas negras y blancas en sucio, algo amarillentas, como de color hueso.

El animal estaba muy bien presentado, con romana y leña en la cabeza como para llenar la tahona de un horno antiguo, lo que hizo sonar una atronadora ovación en su honor cuando fue desencajonado en la plaza de toros el día de la muestra.

A éste lo había dejado Calero para que cerrase plaza e impresionase al público con la espectacularidad de sus defensas. Así fue, la aparición del jijón en el ruedo provocó un hondo suspiro entre el respetable, incluso la afrentada moza que se vio rechazada en el baile tapó su rostro con las manos.

«¡Qué trapío!», comentó el veterano aficionado del tendido uno a su amigo. «¡No sé si la vieja madera del callejón resistiría el embate de semejante animal!», prosiguió.

Pero, a pesar de la magnífica lámina mostrada por el bicho, no gustaron al matador las cosas que hacía este *Estornino*, así «bautizado» por el ganadero por el color de su pelo, tapizado con manchillas blanquinosas y redondas.

El novillo barbeaba el callejón y no salía de su querencia junto a toriles. Era un manso *pregonao* que sólo buscaba la dehesa, de ahí que Calero le hiciese una señal con la cabeza a *El Chato* para que fuese a por el marrajo. Y en estos momentos, tan duros para un peón, Ramón Laborda masculló con rabia: «¡Aquí estoy yo. Si me libré del atentado cometido en París, hace diez años, cuando iba a torear a las órdenes de Félix Robert y un loco perteneciente a la Sociedad Protectora de Animales me desceñó un tiro con muy malas intenciones que me hubiera costado la vida si no me hubiese apuntado a la nariz, este descastado cornalón no me va a poner en evidencia ante Joaquín. Además, para algo tendrá que valer el haber sido banderillero con derecho a muerte a las órdenes de *Lagar-tijo*, *Frascuelo*, Mazzantini o *Reverte*, y más tarde rehiletero con *Cocherito de Bilbao!*».

La brega de *El Chato* fue de auténtico maestro; tanto es así, que si la hubiese llevado a cabo en la capital de España, bien seguro que la Banda de Música de Las Ventas hubiera entonado de nuevo una jota, como aquella que escuchó en el año 1895 cuando su paisano *Villita* le permitió intervenir en quites y la plaza, literalmente, se puso boca abajo.

«¡Qué torero ha estado *El Chato!*», le comentaría más tarde el aficionado del tendido uno a su amigo, que andaba en la difícil tarea de iniciarse en el mundo de los toros y al que todavía no le daba tiempo nada más que para fijarse en el comportamiento del matador.

El bravo subalterno aragonés había desengañado por completo al marrajo al quedarse muy quieto y bajarle las manos con el capote, pero... a Calero seguía sin gustarle; por eso decidió no banderillearlo en silla, como insistentemente le solicitaba el público, sabedor de que Joaquín era un consumado especialista en esta modalidad y que si no era ante ese ejemplar, último de la tarde, se iban a quedar sin poder ver tan arriesgada suerte.

A continuación, pensativo, circunspecto y cariacontecido, montera en mano, pasó a brindar la muerte de aquel «prenda» a don Mariano Catalina, ganadero de hermosas reses de bravo que pastaban en Monreal de Ariza y que se hallaba en un burladero del interior del callejón, en el tendido tres.

«¡No es lo que usted se merece, pero no me queda otro dentro del chiquero para poder brindárselo y demostrarle así mi amistad y mi gratitud por todo lo que ha hecho por mí para que llegue a ser figura del toreo. Va por usted!». Estas fueron las palabras pronunciadas por el matador antes de lanzar la montera a su homenajeado.

«¡Curioso personaje este Catalina!», le dijo *Bonifa* a *El Estirao*. «¡No sé si lo conoces; está como loco por hacerse con una gran ganadería. Tenía unas cuantas cabezas de semimorucho que cruzó con un semental de Lizaso, comprado en Tudela. Posteriormente añadió a su camada una punta de vacas adquiridas en Ejea de los Caballeros a Celestino Miguel y a su vez mezcló su sangre con una cincuentena de hembras compradas a un tal Arilla, de Traibuenas, procedencia Zalduendo. Con todo ello logró ciento cincuenta cabezas de pura casta navarroaragonesa.

Como no estaba contento con el producto alcanzado, pudo cumplir el sueño de hacerse con la ganadería entera de Pobes y Santos, procedencia Miura y Concha y Sierra, que mezcló con lo suyo a la espera de poder confeccionar la más grande vacada y torada que hubo jamás en Aragón.

Ya ha lidiado en Barcelona, Bilbao, Zaragoza, Logroño, Huesca, Tarazona y Calatayud, mostrando una «D» como hierro, significativo de su procedencia Díaz, por lo de Pobes y Santos, y divisa encarnada y amarilla, como la enseña nacional. El toro que sale de todo esto todavía es un

poco pequeño, bastote y de poca cara, como todo lo navarroaragonés, pero parece que va embistiendo.

Joaquín va a tentar muchas veces a lo suyo!»,

IX

Ni un pase pudo dar Calero al malintencionado manso, pues tuvo que gastar sus energías en corretear detrás del animalito por toda la plaza.

Ante los gritos del público, que demandaba el establo como premio ignominioso a tan descastado animal, Joaquín tiró por la calle de en medio, montó su muleta y, a paso de banderillas, logró un metisaca de efecto rápido que consiguió dar en la arena con el buey que había traído don Federico desde Colmenar, después de provocarle un desagradable derrame.

Sudoroso, Calero apoyaba sus manos en la vetusta madera del callejón, pensativo. No tenía previsto un final así, tan deslucido, para la gesta que había escrito en tan particular ruedo.

El matador era consciente de que la tarde había ido de más a menos, y tal circunstancia le provocaba una especie de ansiedad que terminaba en una extraña sensación, como si dejase algo inacabado. No podía explicarlo, pero sentía como si un mal postre hiciese olvidar dos extraordinarios platos anteriores.

«¡Maldito *Estornino!*», mascullaba mientras enjuagaba su boca, pastosa todavía, después del esfuerzo realizado.

«¡Con la estampa que tenía y no servía ni para tirar de una carreta!», se lamentaba en voz alta.

De pronto una idea se adueñó de su mente, revolucionando sus neuronas: «¡Regalo el sobrero!», le dijo a *El Chato* en un alarde de generosidad y vergüenza torera.

«¡Maestro!», le respondió con serenidad el veterano y sabio banderillero, que apreciaba a Joaquín como si perteneciese a su propia familia,

«El bicho que ha quedado enchiquerado se llama *Cañón*, está marcado con el número 8 y es jabonero, casi blanco, precioso de pelaje también, pero usted sabe que tiene el trapío justo para saltar al ruedo y más después de las hechuras de este malintencionado que ha pasaportado a mejor vida. Si sale a la plaza el novillo, al público le va a parecer chico y no le va a dar importancia a nada de lo que se haga ante él.

Además, usted ya ha cumplido. ¿Qué necesidad tiene de pagar de su bolsillo un cuarto novillo y exponerse a una cornada que poco más le iba a dar, que no fuese un enorme disgusto?!».

Ante la razonable tesis de su amigo, Joaquín optó por refrenar su locura y marchar para la fonda, pues era verdad que, como entrenamiento para el futuro doctorado de octubre, lo realizado esta tarde era suficiente: a los dos primeros, que se dejaron más, les había cortado una oreja a cada uno con dignidad, y con el «malaje» del tercero había estado en totero, jugándosela siempre y sin perder las composturas en ningún momento. Por lo tanto, aunque el triunfo no había sido apoteósico, pues ese *Estornino* impidió redondear la tarde, se puede decir que el espada había salido airoso del compromiso.

Y así lo reconocía el público que, tras haber contemplado el espectáculo con interés, abandonaba el recinto, poco a poco, con evidentes muestras de agradecimiento hacia el valeroso diestro. Mientras, en la puerta, un grupo de curiosos, en su mayoría niños, aguardaba la salida de los toreros para poder estrechar sus manos o simplemente acariciar sus vestidos, en otro tiempo tan resplandecientes que ofendería mirar sus caireles y alamares, y ahora con las luces semiapagadas casi ocultas por la pátina del tiempo.

«¡Para un pueblo pequeño es un lujo utilizar el traje nuevo!», avanzó *Bonifa*, por la mañana, a sus compañeros de terna.

«¡Enhorabuena, Joaquín!», era la frase más repetida por los aficionados mientras el matador y su cuadrilla iniciaban su viaje de retorno, de nuevo a pie y perseguidos por un enjambre de chiquillos, desde la plaza de toros hasta la posada de Sémper, entrañable hostel ubicado en la carretera nacional, junto al puente del río Manubles, famoso entre los viajeros por la calidad de sus viandas y el magnífico servicio ofrecido por sus propietarios, y más, todo hay que decirlo, desde que la infanta Isa-

bel lo frecuentaba alguna tarde que otra, acompañada de su camarilla, la temporada que recibía baños en Alhama de Aragón.

X

En una habitación de la fonda, Joaquín se despojaba, parsimoniosamente, de su terno grana y oro ayudado por un muchacho conocido como *Chicorro*, aunque su verdadero nombre de pila era el de Toribio Gil, aspirante a novillero, nacido en Zaragoza, que se había acercado hasta Ateca, viajando camuflado entre los paquetes de un vagón de Correos, para acompañar a su maestro y amigo en tarde de tanta trascendencia para su carrera, por quien sentía auténtica devoción desde que pudo ver con sus propios ojos cómo daba cuenta, de un espadazo hasta la cruceta, de la temida *Matea*.

En una palangana llena de agua, lava el diestro su sudoroso cuerpo mientras el joven *Chicorro* repite una y otra vez: «Ha estado enorme, Joaquín!, ¡qué naturales!, ¡qué tres estocadas!, ¡si lo hace en Zaragoza ahora mismo la prensa destacaría en titulares la aparición de un torero de época!».

Mientras, en una dependencia de la planta baja, junto al comedor, el sobresaliente y los cuatro de cuadrilla se desprenden de sus ropajes. Después los introducen, meticulosamente doblados, en sus respectivos atillos de sencillos cuadros estampados en dos tonalidades de color marrón de la manera que mejor pueden, pues el almacén de bebidas del establecimiento no es demasiado amplio para llevar a la práctica tales menesteres con absoluta garantía de éxito.

Simultáneamente a sus labores de aseo, unos y otros, con alegría, ofrecen su opinión sobre el planteamiento de las faenas realizadas por su matador y los problemas presentados por sus oponentes. Entretanto, en un rincón de la habitación, sentado sobre una caja de sifones rellenos con agua de seltz, el muchacho, Martín *el Barberillo*, observa mudo y absorto al peonaje. Dirigiéndose a él, Avelino Blanco le comenta: «¡Mala suerte, hombre; si ese tercero hubiese demostrado otras intenciones, seguro que Joaquín te hubiera dejado intervenir en quites!».

«¡Otra vez será!», contestó ligeramente contrariado el chaval.



A la derecha de la imagen, la fonda de Sémper, año 1914. (Archivo F. Martínez).

XI

A las ocho en punto de la tarde era la cita. No faltarían a ella ni los toreros ni don Ignacio Garchitorena, muy ilustre alcalde de la villa, que había decidido invitar a cenar de su propio bolsillo a quien tanto había hecho por la localidad, y a sus compañeros.

El menú, seleccionado por el mismísimo *baranda*, estaba compuesto por sopas de ajo con guindillas, huevos fritos con jamón, barbos del Manubles rebozados, albóndigas de carne con perejil y ricos componentes de la matanza elaborados en la propia casa, entre los que destacaban las bolas de arroz, el chorizo en adobo y las güeñas fritas en aceite de oliva virgen traído expresamente desde los campos de Sestrica. Todo ello regado con magnífico vino tinto pisado en los lagares de Godojos.

Como postre se sirvió el conocido pastel de mostillo, cocinado por la misma mesonera, y que tanta fama había adquirido entre los clientes asiduos del establecimiento. Todo ello complementado con fruta de Torrijo de la Cañada, almojábanas de Daroca y escarchados de Calatayud.

El broche final a tan delicioso banquete lo puso un aromático café de puchero y unas copas de licor, elaborado en las destilerías de la localidad, con mucho cariño, por don Francisco Sánchez y don Bienvenido Campos.

Durante la cena, y como es lógico, se habló de toros; y entre cucharada y cucharada, el señor Garchitorena propuso a Calero que se hiciera cargo de la programación de los festejos que iban a tener lugar en las fiestas de septiembre, a lo que el diestro aragonés se excusó alegando no poder complacer los deseos del señor alcalde, puesto que pensaba tomar la alternativa en octubre, en una de las corridas de la Feria del Pilar de Zaragoza, pero que, si todo iba bien, estaría dispuesto a organizar para 1911 dos novilladas: una en fiestas y otra en Ferias, para las cuales contaba ya, desde ese mismo instante, con dos de los comensales de esa noche, *Barberillo* y *Chicorro*, para ocupar sendos puestos en los carteles, por supuesto, acompañados de algún becerrista más.

Con un apretón de manos, entre Calero y el señor alcalde, quedó cerrado el trato, pues cuando hablan los hombres sobran los papeles. Sólo quedaba ya esperar al año siguiente.

EPÍLOGO

Durante semanas, quizá meses, los amantes de la Fiesta de los toros en Ateca disfrutaron hablando de su tema favorito en las tertulias que se organizaban en el pueblo, unas veces en el marco de la casa-café de doña Magdalena Erruz, junto a la plaza del Mesón, y otras en el café de don Mariano Olmera, junto a la carretera, siempre rememorando aquella tarde del 6 de febrero de 1910, año de las aguas, cuando en la fiesta de San Blas Calero dio cuenta de los *toros* jijones de Colmenar Viejo.

De esta manera, la gesta de Joaquín se engrandecía, a medida que pasaba el tiempo, como una bola de nieve ladera abajo, y los vecinos de la localidad se deshacían en elogios hacia su héroe, pues su maestría ante el toro y la generosidad demostrada como ser humano al hacerse empresario y restaurador de su plaza de toros les había calado muy hondo. Tanto es así, que años después todavía se sigue calificando en Ateca aquel domingo, de templado invierno, como de grande y majestuoso por los que presenciaron el acontecimiento.

Fue el día en que Calero, con su toreo, hizo quitarse el sombrero.

CUENTO DE OTOÑO

Fernando JUBERÍAS CALVO



CUANDO aquella tarde del 29 de marzo de 1939, apoyado en una pila de cajas en la dársena del puerto de Valencia, vio partir al coronel Casado rumbo a Marsella a bordo del navío británico «Galatea», un tremendo cansancio se apoderó del comandante M. y comprendió que todo había terminado. Pocas horas antes, aquel cobarde coronel había declarado en la radio que todo estaba previsto en los planes del Consejo, que estaba garantizada la clemencia de los vencedores.

El comandante M. abandonó el puerto camino de su casa, abatido, con la cabeza inclinada hacia el suelo, como si los adoquines pudieran desvelar la estrategia que a partir de ese momento debería emprender y que, en resumidas cuentas, como tantas otras veces a lo largo de estos últimos años tenía un solo nombre: sobrevivir.

A mediados de octubre de aquel mismo año lo conocí. El otoño se había presentado de repente en Ateca y las hojas de los chopos alfombraban los caminos en matices ocres. La guerra había terminado y, afortunadamente para nosotros, no tuvimos que lamentar la pérdida de ningún miembro de la familia ni sufrir mayores consecuencias que las producidas por la escasez general, por otra parte minimizada gracias a la excelente cualidad de administradora demostrada por mi madre a lo largo de este período.

Residíamos a doce kilómetros del pueblo, en un caserío formado por dos viviendas y un almacén rodeados de un magnífico bosque de pinos que todavía conserva el nombre de Montinuevo. El tiempo necesario para bajar al pueblo se medía en pedaladas de bicicleta, en el mejor de los casos, pues no eran pocas las ocasiones en las que teníamos que recorrer el camino andando.

¡Qué distinto es ahora! Hoy hemos recorrido cincuenta kilómetros a lo largo de estos parajes en tan sólo dos horas con ese magnífico todo-terreno que han estrenado mis nietos. ¡Qué agradable ha sido el día de hoy! He vuelto a ver rincones de este territorio que se empezaban a borrar de mi caprichosa memoria. La luz declinante de esta tarde otorgaba una textura especial a la tierra, equilibrio perfecto de tonos cálidos y fríos, propiciando así la evocación de recuerdos que habitaban en fondos muy profundos. Ha sido precisamente al pasar por las oquedades rocosas de Borbojón, donde ha renacido con la fuerza de un surtidor la historia del comandante M.

Aquella noche de octubre, la animada conversación y el trasiego de las cucharas buceando en un caldero repleto de rebollones nos impidió percibir el ruido de unos pasos que se acercaron a la casa. Aunque era tarde, nadie pareció conceder mayor importancia a la llamada. Fue mi padre quien bajó lentamente las escaleras, mientras yo me dirigía a la ventana. Del cielo, oscuro como el carbón, resaltaban pulidos diamantes con esa nitidez intensa que tan sólo se vislumbra en las noches de helada. La débil luz me permitía ver la silueta de un hombre alto y delgado, de pelo oscuro, y cubierto por un chaquetón de cuero negro.

Ya en el exterior mi padre, encogido y con las manos embutidas en los bolsillos del pantalón, parecía escuchar al recién llegado. Hablaban en voz baja y los recios cristales de la ventana no me permitían ni siquiera intuir el contenido de su conversación.

Al cabo de unos minutos mi padre entró en casa y al momento volvió a salir con un par de mantas que entregó a la silueta negra. Tras un claro gesto de despedida mi padre regresó junto a nosotros, se sentó frente a la hoguera con las palmas de las manos cerca del fuego y su mirada extraviada en las brasas, ausente por completo de su entorno. Así fue como el comandante M. se incorporó a nuestro paisaje.

Aquella tarde de abril, al abandonar el puerto de Valencia, un oscuro presentimiento le aconsejó despedirse del mar para siempre y, después de poner en orden los asuntos relativos a la compañía de transporte cuya dirección compartía con un cuñado suyo, decidió iniciar un éxodo hacia el interior que, tras varios meses de peregrinaje, le hizo recalar frente al vano de la puerta de nuestra casa. Esa noche, cuando lo vi por primera vez, ya se había convertido en un fugitivo.

A partir de aquel extraño encuentro mi padre adquirió la costumbre de salir a pasear después de la cena. Según supe mucho tiempo después, se encontraba diariamente con el comandante en una cueva donde éste había construido un refugio provisional. Creo que la decisión de visitarlo nació para paliar el sentimiento de culpa que engendró la noche en que renunció a su valor, no para evitarse problemas, sino para que nosotros no los tuviéramos. Por esta razón se vio entonces en la obligación de negar la hospitalidad de su casa a aquel hombre que con tanta dignidad se la había solicitado.

El remordimiento dio paso a la curiosidad y ésta al afecto y a la complicidad en un período tan corto, que en pocas noches mi padre conoció toda la historia de aquel hombre. Se sentaban junto a una pequeña fogata sobre la que temblaba un puchero cargado de café con coñac. A veces paseaban y mi padre le describía paisajes que a la mañana siguiente con la luz del día el comandante se encargaba de desvelar.

Así conoció el Viso, la fuente de la Almunia, Castillejos y una considerable superficie de aquel entorno. El bosquecillo de encinas sobre los llanos de Moros, hermoso y cerrado, le sedujo en cuanto lo vio. ¡Qué más podía pedir un fugitivo amante de la belleza!

La permanencia del comandante en estas tierras, contra lo que pudiera parecer, podía considerarse incluso agradable, habida cuenta de que a través de un ingenioso sistema le proveíamos de todo cuanto necesitaba, siempre y cuando estuviese en las poco surtidas estanterías de las tiendas.

En uno de sus paseos nocturnos mi padre y él habían construido un pequeño agujero junto a la base de un árbol, convenientemente señalado, en la confluencia del camino de los Siete Ríos con el del barranco Banderas. Cada dos días el dinero florecía como las setas de chopo junto con una nota que detallaba el parte de intendencia y acababa en una coletilla que decía: «Quedaros con las vueltas». Mis hermanos y yo, siguiendo las instrucciones previas de mi padre, bajábamos con esa misma frecuencia hasta el árbol mágico y mirábamos a los cuatro puntos cardinales antes de meter la mano en el hueco para luego continuar hasta Ateca sin resuello. A la entrada del pueblo nos dividíamos y cada uno compraba una parte del encargo en distintos comercios para no infundir

sospechas sobre los repentinos alardes de consumo y el origen del dinero. Ya de regreso hacia la casa ofrendábamos al árbol con la compra, manteniendo el mismo sigilo con el que éste nos entregaba sus frutos.

De aquellas aventuras en días alternos quedaban en nuestros apedazados bolsillos algunas monedas que íbamos guardando en una cazuela de barro y que mirábamos varias veces al día, no con los ojos del usureiro que necesitaba reafirmarse con el arqueo de su tesoro, sino con los de unos críos que estábamos siendo protagonistas de una experiencia singular.

El comandante evitaba acercarse por la zona donde se levantaban las dos únicas casas que había en el monte: la nuestra y la de los ingenieros. Ambas estaban unidas por un muro de piedra que se prolongaba por sus costados y doblaba en ángulo recto hasta formar un amplio patio rectangular con una puerta de entrada. Dentro y fuera de este recinto la actividad era intensa durante todos los días de la semana, ya que nuestro calendario no tenía días en rojo.

La plantación de pinos dirigida por un ingeniero jefe de la Confederación Hidrográfica del Ebro ocupaba a numerosos peones que venían cada día desde varios pueblos de la comarca. Todavía recuerdo a don Vicente Arturo Azpeitia, ingeniero especialmente eficiente, que se hizo famoso por su original procedimiento de seleccionar al personal.

Ordenaba poner en el patio, al aire libre, una mesa y una silla de su despacho y, una vez sentado, formaban en fila delante de él los aspirantes a peones. No les hacía preguntas. Solamente les decía que se dieran la vuelta, e inspeccionando la parte trasera de sus pantalones, eliminaba a aquellos que los tenían zurcidos, ya que, según su particular teoría, eran los más vagos, pues rompían los pantalones de tanto estar sentados.

El comandante M., convenientemente alejado, seguía todos estos movimientos ayudado por sus prismáticos metálicos forrados en cuero negro y cuya óptica, inexplicablemente, había resistido toda la batalla en el frente del Ebro.

La curiosidad del comandante y su necesidad de no permanecer quieto en el mismo sitio durante mucho tiempo propiciaban paseos cada vez más largos. Una vez llegó hasta el cauce del río Monegrillo, que se

mostraba poblado de una fascinante vegetación autóctona. Algunas especies, las que debían desnudarse, ya lo estaban casi por completo y resaltaban junto a las robustas encinas. El agua limpia y fría invitaba a seguir el cauce del río. El comandante prosiguió su paseo descendiendo por la orilla durante algunos kilómetros todavía, mientras el valle se iba abriendo.

De pronto, a lo lejos vio la carretera nacional de Madrid y junto a ella la vía del ferrocarril. El lejano ruido de un tren encendió su memoria aún anestesiada por el bálsamo de estos últimos días de su vida de refugiado que habían transcurrido de una manera sosegada en estos bellos parajes donde el azar le había traído. Percibió que comenzaba a cerrarse un paréntesis abierto la noche que llamó a la puerta de nuestra casa.

El miedo a ser visto por alguien le impidió llegar hasta la carretera y decidió regresar a su escondite remontando la ribera del río. Aquella noche soñó con trenes y reencuentros.

La mañana siguiente mi hermano y yo nos dispusimos a acercarnos hasta el árbol del dinero para hacer los encargos que tuviéramos encomendados en la nota escrita a lapicero que, invariablemente, aparecía cada dos días en el fecundo agujero. Había algo de niebla agarrada todavía entre los árboles que enmarcaban el camino tantas veces recorrido. Bajábamos con las manos en los bolsillos sin hablar. Siempre me ha gustado hablar lo menos posible a primeras horas de la mañana.

Nos dejábamos llevar por el favorable sentido del desnivel que tiene el viaje en dirección al pueblo cuando, a unos doscientos metros del lugar donde debíamos pararnos para recoger el dinero, vimos salir al camino una figura oscura, indefinida en la niebla que, conforme se fue acercando a nosotros, adquirió los perfiles nítidos de aquel hombre del chaquetón de cuero negro que no me costó identificar como el comandante M. pese a ser la segunda vez en mi vida que lo veía.

Mi corazón adquirió una velocidad inusitada y nuestras piernas se detuvieron en seco, sin saber muy bien si echarse a correr o derrumbarse en aquel mismo momento. Poco antes de que pudiéramos reaccionar ya teníamos ante nosotros a aquel hombre, pero al escuchar sus primeras palabras nuestros instintos vitales empezaron a recobrar la normalidad. Su voz pausada y de tono grave con un leve acento mediterráneo, que yo

en aquel momento no supe identificar por falta de referencias previas, nos saludó cortésmente, y tras rogarnos que a nadie diésemos cuenta del encuentro, nos entregó personalmente la nota y una cantidad de dinero muy superior al que había dejado durante los días anteriores.

Recuerdo de aquella conversación casi todos los detalles, pero sobre todo cómo nos prometió a mi hermano y a mí que si aquello acababa bien, todos nosotros podríamos tener una nueva vida confortable trabajando en una empresa de autobuses de Valencia.

Aún resuenan en mi cabeza las primeras palabras que dijo mi hermano una vez que el comandante se despidió de nosotros alejándose entre la bruma cuando retomamos el camino hacia el pueblo: «Hermano: de esta acabamos ¡todos con corbata!».

Por la cadencia con que se produjeron los hechos, ahora sé que en aquel momento el comandante ya había tomado la determinación de proseguir su viaje hasta llegar a Madrid, donde podría contactar con un familiar suyo que le facilitaría la supervivencia a la espera de que mejorasen los tiempos y poder regresar a Valencia.

Llevaba treinta días demorando su éxodo por estos parajes y el «General invierno» se dejaba notar cada vez con más fuerza. La última tarde fue cayendo teñida de azules, grises y violetas que desleían las sierras y montañas convirtiéndolas en manchas de color dominadas por la línea blanca de la cresta del Moncayo. Ya de noche, en la oscuridad, mi padre y el comandante tuvieron un último encuentro. Le comentó su plan de llegar a Madrid tomando un tren al día siguiente en la estación de Alhama de Aragón. Cuando se despidieron le entregó a mi padre una tarjeta con su dirección en Valencia.

Rodeado de oscuridad, se tendió junto a las brasas y con los ojos cerrados terminó de urdir el plan a seguir al día siguiente. A punto ya de dormirse recordó una noche negra como aquella en la que salvó la vida gracias a la compasión de un alférez del Tercio de Almogávares que, tras descubrirlo en pleno frente de batalla, le proporcionó un escondite donde pasar aquella noche maldita. Fue en Mediana, en un ataúd de los muchos que se apilaban en el almacén de intendencia que el alférez Ricardo Calvo custodiaba.

Al principio temió por su vida, pero los derroteros por los que transcurrió la conversación con aquel militar disipó todas sus dudas. Ambos estaban hechos de la misma madera y solamente las circunstancias les obligaban en aquellos momentos a ser enemigos. Efectivamente, antes de amanecer volvió a ser un hombre libre y su idea sobre la guerra se enriqueció con profundas reflexiones sobre la condición humana.

El cielo no podía mostrarse más limpio en aquel último amanecer sobre las paredes de Borbojón. Recogió sus enseres después de afeitarse con tanto esmero como si fuese a asistir a una ceremonia. Sus pulidas botas desafiaban al polvo del camino. Poco antes del mediodía, desde lo alto del cerro de El Viso oteó las casas y el vivero. Se despidió de aquel paisaje con un brillo en los ojos, reservado sólo para las grandes ocasiones.

Continuó caminando aún durante algunas horas. A media tarde escuchó a lo lejos el silbido de un tren y distinguió en el horizonte los brillos que el sol arrancaba de las vías del ferrocarril. Ya sin perder de vista esta referencia se dirigió hacia la estación. Su chaquetón abrochado, cuello levantado, aspecto relajado; había que conservar la sangre fría para adentrarse en el pueblo. Llegó media hora antes que el tren escogido. Se dirigió a la taquilla, sacó un billete y a continuación salió al andén mientras encendía un cigarrillo. El sol estaba cayendo y dibujaba largas sombras sobre el suelo.

Eso podía haber sido su tabla de salvación, pero no las vio. No vio las sombras proyectadas por dos hombres vestidos del color de los olivos hasta que dejaron de serlo, para convertirse en la extensión de dos frías pistolas que le helaron la piel. Justo en ese momento los frenos del tren chirriaron como presintiendo el fin del mundo.

Tres días más tarde mi hermano y yo bajamos al pueblo y, en un corrillo de hombres que hablaban a media voz, escuchamos que una persona importante había sido detenida en Alhama. En aquel momento entendí el silencio obstinado que mi padre mantenía desde hacía unos días y, sobre todo, comprendí que mi hermano y yo jamás usaríamos una corbata.



AYUNTAMIENTO
DE ATECA



Asociación Cultural
NATURATECA



DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE ZARAGOZA